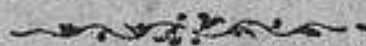


PINCELADAS.



CUADROS DE COSTUMBRES,
DESCRIPCIONES Y LEYENDAS DE LA ZONA
ORIENTAL DE ASTURIAS

POR

D. ANTONIO FERNÁNDEZ MARTÍNEZ

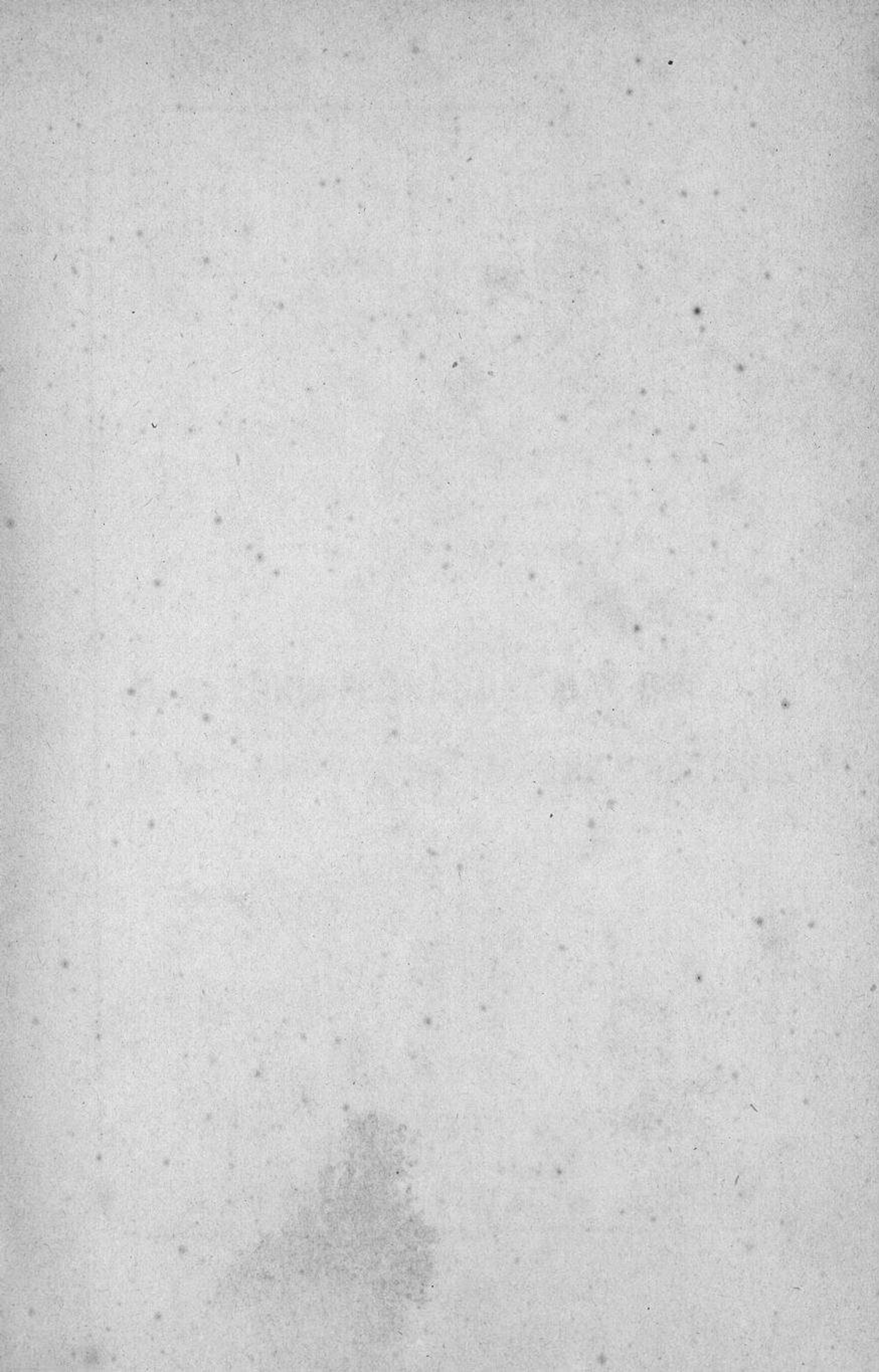


LLANES

IMP. DE MANUEL TOLEDO

1892.







C.B. 3217782

87.11
FEB

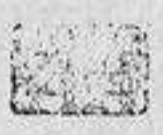
PINCELADAS.



CUADROS DE COSTUMBRES,
DESCRIPCIONES Y LEYENDAS DE LA ZONA
ORIENTAL DE ASTURIAS

POR

D. ANTONIO FERNÁNDEZ MARTÍNEZ



LLANES

IMP. DE MANUEL TOLEDO

1892.



A-3630

REPRODUCTION

OF THE

1911

Es propiedad del autor, quien
se reserva todos los derechos.

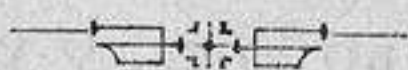


1911



PROLOGO--DEDICATORIA.

A LOS LLANISCOS RESIDENTES EN ULTRAMAR.



Muchos de vosotros han cruzado el océano en aquella dichosa edad en que todo sonríe al hombre, por que todavía no lo es; en los primeros años de la vida, cuando el espíritu, exento de dolorosas experiencias, se abre confiado á la realidad y acoge con avidez impresiones engendradoras de afectos, poco definidos, aún menos analizados, pero que, á pesar de su vaguedad, producen hondas huellas cuyos relieves son más inalterables que los de un grabado en bronce.

Al desembarcar en ese país empezasteis una existencia nueva. Los trabajos y cuidados propios del hombre cayeron en montón sobre vuestras débiles cabezas infantiles..... El niño pereció al choque. Su muerte fué de aquellas que no se anotan en los registros de defunciones; el cuerpo no se descompuso, al contrario, comenzó á desarrollarse con inusitada energía. El espíritu tampoco abandonó la carne; lejos de ello, se puso á la altura de la nueva situación soportando valientemente la pesadísima carga.....

Y sin embargo, lo repito: el niño pereció al choque, Si alguna vez en el transcurso de vuestra vida tratáis de evocar recuerdos de la infancia, tendreis que remontaros á los tiempos en que morábais en el apacible rincón donde vísteis la luz primera. Cuando más, hallareis algunos de esos preciosos recuerdos reproduciendo en vuestra imaginación el viaje..... Al pisar la tierra americana terminó la edad dichosa en que todo sonríe al hombre, por que todavía no lo es, y vanamente atormentareis la memoria buscando en imágenes posteriores la candorosa frescura y el suave perfume que exhalan las que percibisteis antes.

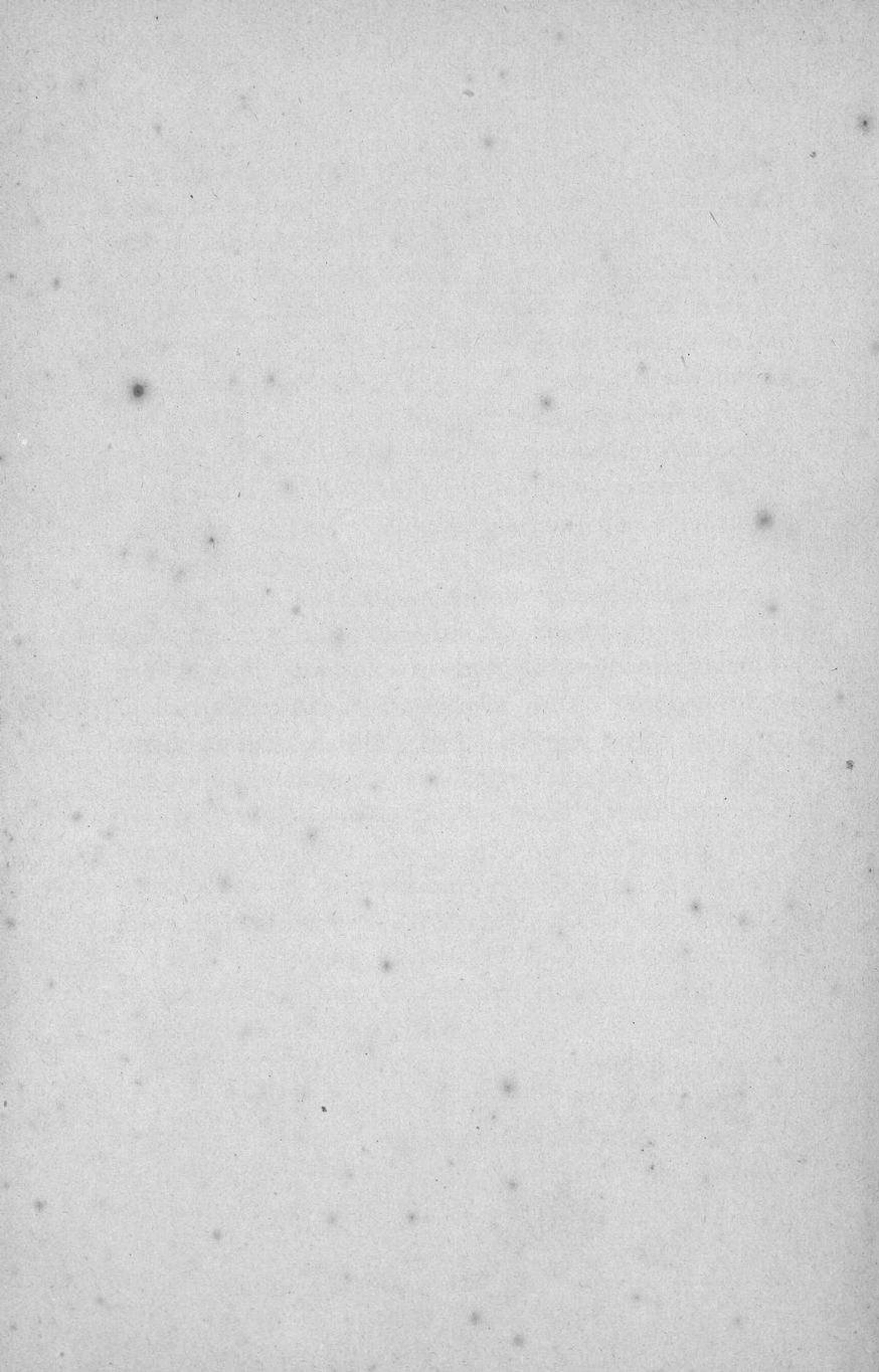
Pero éstas, aunque parecen borradas por la superposición de otras más recientes, se conservan indelebles en el alma. El continuo acarreo de los acontecimientos las ha recubierto de una corteza que las protege, impidiendo su destrucción, y basta desenterrarlas para que muestren sus encantos en toda su primitiva lozanía.

He aquí por qué os dedico estas «Pinceladas.» Si encontráis en ellas verdad y su lectura os hace creer, siquiera sea por un momento, que respiráis el ambiente de la región llanisca, despertando los más dulces recuerdos de vuestra niñez..... pensaré que la corteza encubridora tenía bien poca consistencia, puesto que cedió á los esfuerzos de un obrero tan torpe.

ANTONIO FERNÁNDEZ MARTÍNEZ.







AL OTRO MUNDO.

AL OTRO MUNDO

—Ello, Pacho ¿tú qué piensas jacer co' 'l to jiyu?
¿Mándaslu pa' la Habana?

—Sí, home, sí; pa' Otubre. Periquín ya tien doce años y e' tiempu de encaminalu pallá, á ganar lo que Dios i dé de gracia; que por mal que i vaiga, nunca será, si Dios quier' un burru de carga como el so padre.

—Y ¿tienes á 'onde mandalu?

—Pídenmelu los rapaces de Antón el Jollau, que tienen una tienda en 'a Habana; pero dicen per ahí que son hombres de malas cuentas co los probes. La mio Pepa diz' que no quier de nengún modu: que Periquín vaiga con ellos, y creo que tien' razón. Mandaréselu á Bartolo Gómez, aquel rapazote que estevo per acá el otro añu: tamién me lu pidió, y esi e' honrau á carta cabal; ningunu diz' una palabra mala de elli. Lo peor e' las perras pal embarque; si me va en 'a tiyera como el añu pasau, no sé de 'onde to sacalas sin empeñame.

—Home, querrá Dios otra cosa; siempre no e' lo mesmu. Los hombres unas veces tienen mala suerte, y otras.....

—Y otras peor; y la mio estrella e' de las más condenadas. ¿Qué val' que unu trabaye jástasa rompese el lombu, si depués no hay un gorre que i compre una teya? En fin, ello dirá. En último casu pedirélo prestau, que, gracias á Dios, no falta quien dáme lo. A Pacho podrán tachalu de probe, pero no de tramposu; y por eso, porque siempre cumplí con quien debía, cuando me jaz falta, jallo las puertas abiertas .

Y bien abiertas las necesitó el infeliz. Aquel verano ganó en la tejera.... para pagar apenas las soldadas de su gente. Le dió el sol de valde, como suele decirse, y el sol de Castilla, primo hermano del sol del Ecuador.

Aniquilado por el cansancio físico y el tormento moral de su poca suerte, llegó á su casa con el hatillo á la espalda y se dejó caer exánime en un escaño junto al hogar. Apenas tuvo aliento para referir á su esposa en pocas y mal coordinadas palabras, el triste resultado de su expedición veraniega.

Pero la excelente Pepa, con un corazón más grande que su pobreza, que es cuanto hay que decir. en vez de lamentarse ó acaso recriminar al desgraciado, como no pocas hubieran hecho en su lugar, le echó los brazos al cuello diciendo:

—¿Traes salud, mio jiyu? Pos me traes el mayor bien del mundiu.

Y las puertas se abrieron de par en par, y hubo *peras pa' l' embarque* de Periquín. Sólo que Pacho, al

verse metido como nunca lo había estado en el abismo del adeudar, sentía un desasosiego, una inquietud, que no le dejaba dormir. A las consideraciones que Pepa le hacía para desvanecer su preocupación, contestaba invariablemente:

—Si el rapaz tien' suerte, elli cumplirá por mí. Pero si tien la mesma que so padre, que e' lo más seguru, ¿cómo cumplo yo?

Del mismo modo que la ola más grande absorbe y borra la más pequeña, así estas cavilaciones de Pacho fueron desvaneciéndose por el cuidado mayor de la partida de Periquín, cuando los primeros días de Octubre llegaron.

Todo estaba preparado. El niño había ido á la escuela con asiduidad durante el verano y sabía leer bastante bien, escribir no tan bien, y contar un poco peor; pero en fin, llevaba los gérmenes de una educación intelectual, lo que no era tan poco. Bartolo Gómez le esperaba al otro lado de los mares con los brazos abiertos y Pepa había preparado un equipo digno de un estudiante, sino por el lujo de las ropas, por su relativa abundancia y admirable adaptación á las necesidades posibles de Periquín. Todo era pobre, todo era barato, pero era *todo*. Merece especial mención el traje completo de lanilla que el día de la Virgen del Rosario estrenó el muchacho, y que fué el pasmo y la envidia de todos sus camaradas.

Periquín no cabía en sí de gozo. Los cuidados de que era objeto, los frecuente arranques de ternura de su madre y el desusado cariño con que le trataba su padre,

llenábanle de felicidad. Para colmo de placer, ya no le mandaban á la escuela; y si bien el viaje era una nube negra que se cernía en lontananza y presagiaba grandes pesares, á juzgar por la sombra que derramaba algunas veces sobre el semblante de los cariñosos padres, esto no podía afectar á Periquín, cuyos pocos años le hacían incapaz de comprender la gravedad del acontecimiento que iba á verificarse.

Pepa, cada vez que sus labores campestres la llevaban cerca del mar, lanzaba una mirada rencorosa á la vasta planicie de agua, como pudiera hacer con un ladrón que acechase el instante oportuno de robarla un inestimable tesoro: y Pacho, al fijar sus ojos en el niño, y ver su debilidad é inocencia, sentíase invadido de una especie de remordimiento, con la duda de si no había algo de egoismo en entregar á una criatura tan tierna á los azares del mundo, sola y lejos de su familia. El recuerdo de la fisonomía franca y honrada de Bartolo Gómez, *el rapazote del otro año*, que iba á ser el timón y sostén de Periquín, calmaba los paternales temores. Y así, fluctuando entre la inquietud y la esperanza, fueron corriendo los días y llegó la fecha memorable de 19 de Octubre.

—¿Está ya arreglado el baul, Pepa?

—Ya, Pacho.

—A ver.....

—¡Quita de ahí esas manonas, que too lo regüelves. Mira: aquí está la ropa blanca. En esi rinconín van las latas de quesu pa' Bartolo. Esa costalina e' la de las ablanas.....

—¿Por manera que nada falta?

—Nada.

—Pos amarralu, y que lu lleven pa' la Villa. ¿Enonde está Periquín?

—Joy á despidise de los parientes.

—Yo vo' á ver que jacen Pepe y Salvador; tamién van á Llanes á despidir los jiyos, y vamos xuntos.

Y allí quedó sola Pepa, deshaciéndose en lágrimas al arreglar los últimos preparativos.

Cuando vió salir el baul sobre la cabeza de una robusta mocetona que había de llevarlo á Llanes, la pobre madre prorrumpió en sollozos como si aquel humilde equipaje fuera un ataúd que encerrase los restos de Periquín.

Faltaba el último y más cruento de los dolores.

Un poco antes de anochecer volvió Pacho acompañado de su hijo y de su amigo Salvador.

—¿Llevaren el baul?—preguntó.

—Sí, balbuceó Pepa.

—Güenu; pos.....

Aquí se detuvo. No sabía cómo decir á aquella madre que se despidiese de su hijo.

Profundo silencio reinó algunos instantes en la habitación.

¡Silencio elocuente!

Todos los corazones sentían ese malestar que presiente las grandes catástrofes. Pacho miraba á Pepa, y temblaba ante la idea de provocar con sus palabras la explosión del dolor maternal. Pepa no quitaba los ojos de Periquín; en aquella mirada ansiosa, intensísima, retratabanse los tormentos que sufría su amante corazón,

La escena era un martirio que no debía prolongarse, y así lo comprendió Pacho.

—Vamos, Perico, despídete de to madre—dijo con tono seco para ocultar su emoción.

—¡Mio jiyu de las entrañas!—gritó Pepa. Y como torrente que se desborda, se abalanzó sobre Periquín cubriéndole de besos y lágrimas.

—Bae, muyer, que no e' pa' tantu!—dijo Salvador interviniendo.—El rapaz no se va del mundiu. Per esas tierras ya estevi yo dos veces, y golví: ¿Pos no había de golver?

Pero aquella madre no oía. Loca frenética, estrechaba contra su pecho al hijo idolatrado, y fué necesario arrancársele á viva fuerza.

—Vámonos, vámonos en seguida—dijo Pacho precipitadamente.

Y salieron perseguidos por los lamentos de Pepa, que, apoyada en el quicio de la puerta, los miraba irse llena de angustia.

—Adios, Periquín del almal....Acuérdate de mí!.....
Escribi prontu, por Dios, hiju míu,....en quantu llegues!
....Ya dan güelta al muriu....Virgen Santísima, que ya no lu veré más!

A esta idea, rápida como el pensamiento, echó á correr tras los fugitivos y se agarró nuevamente á su presa.

Incomodóse Pacho, y repeliendo enérgicamente á su mujer, se alejó con Periquín, en tanto que Salvador se quedaba para contener á la afligida madre.

—Insufribles son estas muyeres—decía poco despues Salvador cuando se unió á los que le esperaban en la

carretera.—Con sus alaridos, pónenlu á unu tochu. Lo mesmu jecio la mía; colgóse del nuestro Antón y bien creí que no i dexaba huesu sanu.

—¿Arrancáronte alguna muela daque vez, Salvador? preguntó Pacho.

—Y tres tamién.

—¿Doliérente?

—¿Que si me dolieren? ¡Bae que tienes unas preguntas! ¿Pos no me habían de doler?

—Güenu: figúrate que esas muelas teníaslas en corazón y las arrancaban de allí. Pos ¡recoime! eso yos pasa á las probes muyeres. ¡Qué han de jacer sino quexase!

La comitiva se puso en marcha con dirección á Llanes.

Un poco antes de llegar á la Paz, Pacho acertó el paso con Periquín, y después que sus compañeros se adelantaron lo bastante para que no pudieran oirle, enderezó al muchacho el siguiente discurso.

—Oyeme bien, Perico, hiju miu, y acuérdate de lo que vo' dicite. Vas pa' la Habana y allí no tendrás el brazu de to padre que te ampare.,....E' verdá que vas á güenas manos, porque Bartolo e' cosa de provechu; pero Bartolo no e' to padre, y como te portes con ellí, así se portará elli contigo.,...Sé hombre de bien; el hombre honrau en toas partes tien' entrada.,...Sé dócil y trabajador.,...Mira que no vas allá á jolgar.,...y que pa' los descudiaos no hay gloria.,...Si tienes suerte, serás algo; si no la tienes, siempre te dirá mejor que per acá, teniendo salú y cumpliendo con to obligación. Ya ves á to padre: tca la vida trabayando como un rocín y agora pa' embarcar un jiyu, tevo que metese en un pozu de

‘onde no podrá salir en jamás. Esta tierra no e’ más que miseria, mio jiyu, y si yo había tuvido, como tú, un padre que me había encaminau pa’ Cuba de rapaz, otra cosa sería de nós. En fin, lo esencial e’ que tengamos salú.....y que Dios te bendiga.

Así habló Pacho sin dejar de caminar, y de este tenor fueron las exhortaciones que, después de un rato de silencio, continuó haciendo á Periquín hasta que se incorporaron á sus compañeros ya á la entrada de Llanes

Al rayar el alba, la diligencia estaba dispuesta. Pacho, Salvador y Pepe conversaban al pié de ella con Domingo, indiano que había venido á pasar la temporada veraniega y regresaba á Cuba á reanudar sus interrumpidas tareas, llevando el encargo de cuidar de los muchachos durante el viaje. Estos miraban con curiosidad el pesado armatoste que tenían delante y que había de llevarlos hasta Santander.

—Cúdiame bien á Periquín, Domingo—decía Pacho.

—El probetucu e’ tan criu tovía que no se cómo i dirá.

—No pases pena por él—respondió el indiano—Le miraré como si fuera mi propio hijo, y no tendrá falta ninguna. Después que esté por allá.....Aquella es buena tierra y Bartolo gran persona. Pedro estará allí como en la gloria.

—¡Dios lo quiera!—exclamó Pacho.

¡Señores, al coche!—dijo el mayoral.

Comenzaron las despedidas. Pacho abrazó á su hijo, pálido y tembloroso, pero con los ojos secos.

Periquín se colocó en frente de Domingo en uno de

los asientos de la portezuela. Alrededor de ésta se agrupaban los padres y algún curioso.

De pronto oyóse la voz del mayoral que, desde el pescante, excitaba á los caballos. El coche se bamboleó y arrancó pausadamente.

—Escríbinos sin parar, Periquín—Dijo Pacho siguiendo á la diligencia que iba al paso por el empedrado.—y no olvides nada de lo que te dixi.

—Güenu, padre.

Al llegar á la carretera, el mayoral hizo chasquear vigorosamente el látigo sobre las caballerías y éstas partieron á un trote vivo.

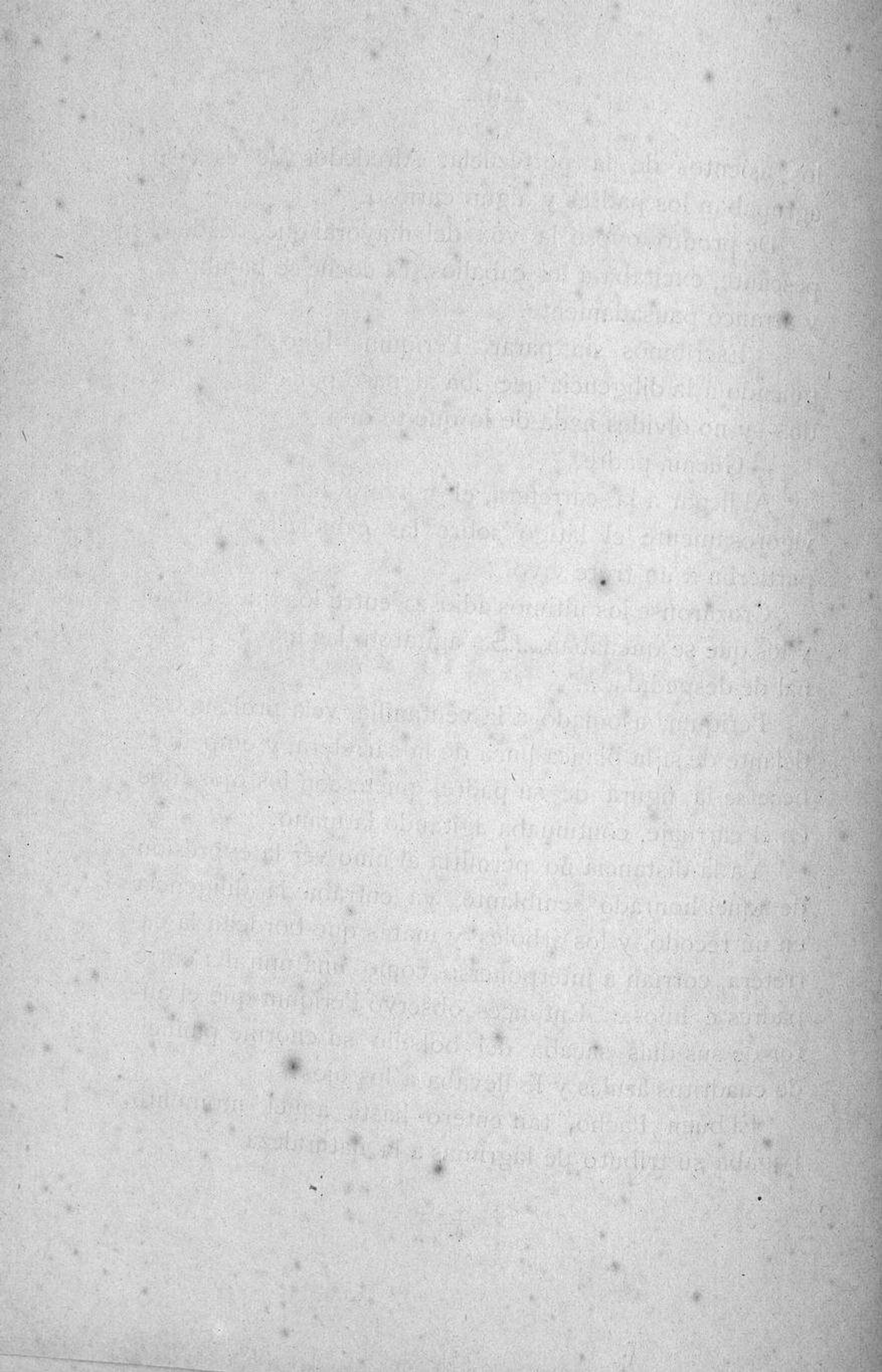
Cruzáronse los últimos adioses entre los que se iban y los que se quedaban.....Se agitaron las manos en señal de despedida.....

Periquín, asomado á la ventanilla, veía prolongarse delante de sí la blanca línea de la carretera, y empequeñecerse la figura de su padre, quien, con los ojos fijos en el carruaje, continuaba agitando la mano.

Ya la distancia no permitía al niño ver la expresión de aquel honrado semblante; ya entraba la diligencia en un recodo, y los árboles y matas que bordean la carretera, corrían á interponerse como una muralla entre padres é hijos.....Entonces observó Periquín que el autor de sus días sacaba del bolsillo su enorme pañuelo de cuadritos azules y le llevaba á los ojos.

El buen Pacho, tan entero hasta aquel momento, pagaba su tributo de lágrimas á la naturaleza.





LA AGUYETA DE DOLORES.

LA AGUJETA DE DOLORS

— ¿Tráesme aguyeta, Pepe?

— No te la trayo.

— Portéstite dentonces!

— Sé lo que jago.

Un paxarin me dixo

lo que tu eras,

cuando yo arrentaba

pe la tiyera;

que andabas en paliques

co' los indianos,

sin importate un pitu

lo que jablamos

cuando nos vimos

de noche en el to güertu

pa' despídnos

—
¿Acuérdate de aquello?

Por mor del agua

(porque llovía sin tinu)
tenías la saya
echada per encima
de la cabeza;
y, metiendo la boca
de la mio oreya,
dixístime al escuchu:
«Ve sin recelu,
y de que yo te olvide
no tengas miedu;
que he de querete
jástasa que estos ojos
cierrè la muerte.»

—
«Cuando venga el veranu,
la to Dolores,
mientras que tu trabayas
ente los gorres,
jará los menesteres
de la labranza.
No dirá á romerías;
del campu á casa.
Y si de lo que dices
puedo fiame
(que no sé: palabrinas.....
las lleva el aire.....)
cuando tu güelvas,
casarános el cura.....»
«¡Que Dios lo quiera!»

Díxite yo y marchéme
per esi mundiu,
y trabayé en Castilla
como un berrugu
por ver de ganar algo
pa' lo tratau;
y ya al venime, sepi
con que descaru
faltabas á lo dichu,
corriendo bromas
con esos de la Habana
que andan agora
pe las caleyas,
engañando á simplinas
con so fachenda.

—
«No diré á los santuarios;
del campu á casa.»
¡Cumplisti el compromisu
muy bien, rapaza!
No quedó ni un *san veisme*
que no te viera;
jaciaste una almíbar
con esi pelma
jiyu de la tia Rosa,
que vieno esti añu
y según me dixerén,
no trexo un quartu.
Pero tien fraque,

y eso pa' las palurdas
e' lo bastante.

—¿Acabesti? Pos güenu;
me toca agora.

El paxarín que dices
joy paxarona.

El cuentu, arreglaríalu
como unas perlas,
porque la tal e' páxara
de mucha cuenta.

E' verdá que no estevi
siempre en mio casa,
y que joy á funciones,
anque contadas.

Santa Marina,
San Roque, los Santucos,
la de la Guía.....

—
No sé si á alguna otra.
¿Pero quién, piensas,
que se empeñó en llevame
casi á la juercia?
Joy la bachillerona
que te dió el soplu;
Rita, que está alampada
por tener mozu,
y anda siempre en chismucos
co' los rapaces,
á ver si pesca algunu

mas que sea el diantre....
¡Está güen cuadru,
con so cara de torta
y oyos de gatu!

—
Unas veces con burllas
porque no iba,
y otras con sos palabras
tan meladinas,
jéciome dir al cabu
contra mio gustu
á todas esas fiestas.
Molióme muchu
pa' salir co' la suya;
y, después de eso
escribióte una carta
llena de cuentos.....
¡La muy....morcona!
¡Oyos de gata falsa!
¡Cara de torta!

—
Si andan esos de Cuba
pe las caleyas
engañando á simplinas,
eso.....allá ellas.
A mi nengún nacidu
puede engañame;
ya sé que de los hombres
no hay que fiase;
que al que, con so monita,

pasa por santu,
si lu vieran per dientro
vieran al diablu.
¡Con güena daba
quien quixera reise
de esta rapaza!

—
Pero si los indianos
gastan fáchendá,
á tí nada te emporta!
será que puedan.
Tocante á lo que dices
de esi del fraque
no vo á day un bufidu
cuando me párle.
Si trexo ó no perrinas
nada sabemos.
¿Pidióte ácasu algo,
pa' dicir eso?
No lu disprecies.....
por más que á mí no e' cosa
que me interese.

—¿Cónque no te interesa?
¡Güenos estamos!
Dixístime bastante
de los indianos
pa' que yo te coñoza
las aficiones.....
Bae, que te diviertas!

Adios, Dolores!
Puedes jacer to gustu,
que lo parllau
ente nos, acabóse.

—¡Mejor babayu!

—¿Qué me dicías?

¡Miren la sinvergüenza
como se explica!

Pero no hay que enfadase;
sigui tu antoxu,
y, si se preporciona,
pesca esi mozu.

*Yo no te lu disprecio,
tendrá lo suyu....*

—¿Jéciote cascaritos?

¡Pos zampa el ruscu!

—.....Y si, con sos millones,
te jaz marquesa,
llevarásme de paje....

—¡Ya lo quixeras!

—Jasta el güen día....

—Que me lu des tú prontu...

—¿Con quién?

—Con Rita....



EL CONDE MUÑAZAN.



LEYENDA.

EL CONDE MURRAY

LEYENDA

Si, oprimiendo los hijares de su poderoso trotón de guerra y empuñando con la diestra la terrible hacha de armas, se lanzaba frenético sobre una turba de agarenos, el espanto invadía el corazón de los hijos de Mahoma, los cuales desaparecían como blancos fantasmas, envueltos en sus turcos albornoces.

Aquella siniestra mirada que relampagueaba á través de la rejilla de su bruñido casco, lanzaba rayos de muerte. ¡Ay del infiel que osaba ponerse al alcance de su fuerte brazo! Con el cráneo hendido por espantoso golpe rodaba por tierra para no volver á levantarse.

Los que más tarde presenciaron las hazañas de su sobrino el Cid, decían de éste con entusiasmo: «¡Tiene en sus venas sangre de Munio Rodríguez, conde Muñazán!»

Era Munio en la pelea la gloria de su padre el célebre conde D. Rodrigo Álvarez de las Asturias. Pero si, enfrente del enemigo de la patria, honraba el nombre de

su linajuda estirpe. terminado el combate y vuelto á sus lares coronado con los laureles de la victoria, se convertía en un baldón de ignominia para el apellido de sus antepasados, un azote para la comarca asturiana donde moraba, y una fuente de infinitas amarguras para el noble conde D. Rodrigo Alvarez, quien, al tener noticia de sus monstruosos desafucros, se preguntaba con lágrimas en los ojos, si era posible que él hubiera dado el sér á semejante hijo sin haberle trasmitido algo siquiera de su caballerosa hidalguía, de su compasión para el desvalido, de su amor profundo á todo lo grande y noble.

Sin freno en sus bastardas pasiones, el conde Muñazán no reparaba en los medios á trueque de satisfacerlas. Descreído, en aquellos tiempos de fe, lanzaba á la santa faz de Cristo la injuria de sus sarcasmos y hacía de los templos teatros de orgías sacrílegas en compañía de otros desalmados como él. Hasta el amor á la patria le faltaba, entonces que ardía como un volcán en todos los pechos, y sus proezas contra los árabes no eran debidas á generosos sentimientos, sino á instintos sangui-narios: no era el hombre que, á impulsos del sagrado entusiasmo del patriotismo, se convierte en héroe para librar del invasor el país que le vió nacer, sino la fiera que rasga un cuerpo palpitante, sin más fin que satisfacer el satánico goce de despedazar.

II.

En el sitio que hoy ocupan las ruinas del monasterio de San Antolín de Bedón, veíase, en el año de gracia de 1152, una humilde cabaña.

Vivía en ella la más hermosa joven del contorno, al par que la más desventurada. Su belleza era de esas que deslumbran al primer golpe de vista: sus facciones irreprochables, tenían una expresión de dulzura y candor tal, que el verla evocaba en el espíritu la idea de un ángel envuelto en la perecedera vestidura de la carne. En cuanto á su desgracia, era de las que cavan en el alma una profunda fosa, un abismo, que los años, arrojando incesantemente paletadas de olvido sobre todos los recuerdos, no consiguen colmar. Con pocos días de intervalo había perdido á sus padres, y decíase que su prometido, aquel á quien jurara eterna fidelidad cuando, obedeciendo al doble llamamiento de la religión y la patria, marchó lleno de entusiasmo á combatir al agareno, había perecido en un encuentro.

¡Sola en el mundo á los 19 años!

Al pasear la hermosa joven su mirada por el agreste y sombrío paisaje de San Antolín, aún más ennegrecido para ella por los pesares que le destrozaban el alma, sentíase como el naufrago en medio del océano: y así como aquél se agarra con la energía de la desesperación á la frágil tabla que encuentra cerca de su mano, la pobre joven se asía á la remota esperanza de que no fuera cierto lo que decían de la muerte de su prometido.

Abrazada á esta promesa de futuro consuelo, encaminábase á la caída de la tarde á un humilladero que había entre la espesura de un bosque cercano, y allí prostrada á los piés de una tosca imágen de San Antolín, oraba con fervor pidiendo al santo mártir la vuelta de ausente.

Pero los días pasaban, llevándose cada uno un trozo de la querida esperanza, y el bien amado no volvía.

III.

¿Qué hado maléfico pone al lobo en la pista del cor-
dero, y á la inocente paloma en las garras del gavilán?

¿Por qué ley fatal del destino, la víctima, que no
puede vivir sino lejos del verdugo, ha de encontrarse con
él para ser sacrificada?

Al débil y abandonado que necesita un vigoroso
apoyo ¿por qué ha de acercársele inevitablemente, no la
mano que le sostenga, sino el brazo que le inmole?

Misterios son, que no puede descifrar la mezquina
inteligencia humana.

El conde Mufazán, sorprendido por violenta tempes-
tad en una partida de caza, encontróse, al estallar el pri-
mer trueno, muy lejos de su castillo. La noche se acer-
caba, y en el reducido horizonte que podía abarcarse
desde el punto en que se hallaba Munio Rodríguez, no
se veía una mala choza que pudiera servirle de albergue.

Ignorando hacia dónde encaminarse, el Conde se
abandonó al instinto de su corcel.

La noche cerró por completo. El caballo marchaba
rápido en medio de las tinieblas, frecuentemente rasga-
das por cárdenos relámpagos, y el jinete dejábase llevar
lleno de inquietud.

De pronto apercibió un débil resplandor á poca dis-

tancia, producido por los rayos de luz que salían de la ventana entreabierta de una cabaña. Aproximóse Munio y lanzó una mirada al interior.

De rodillas ante una imagon, veíase allí la huérfana de San Antolín absorta en su plegaria. La notable belleza de la joven, realzada aún más por su actitud humilde, encendió en el pecho del Conde impuros deseos, y amarrando el caballo á un árbol, empujó bruscamente la puerta de la choza que cedió con facilidad á su esfuerzo

.
.

Vanas fueron las súplicas de Munio, sus pomposas ofertas, y hasta sus amenazas. Exasperado, al ver que se estrellaba contra una virtud incorruptible, quiso por medio de la fuerza satisfacer su torpe apetito, y se entabló entre aquellas cuatro paredes una lucha repugnante, en la que todas las ventajas estaban de parte de Muñazán; pero la joven, con ese vigor nervioso que da al más débil la inminencia del peligro, pudo con un violento esfuerzo desasirse de los brazos del Conde y se lanzó al exterior de la cabaña.

Al pretender seguirla Munio Rodríguez recibió en pleno rostro un vivísimo relámpago que lo dejó deslumbrado con su luz espectral; y cuando pudo volver á mirar, las tinieblas más densas envolvían los alrededores.

Vióse obligado é permanecer allí hasta el crepúsculo, rumiando á solas su inútil cólera; y á los primeros albores del día, como tigre que rompe las rejas de su jaula, salió en busca de la presa codiciada.

Todo fué inútil: la joven había desaparecido, como si en su terror hubiese ido á buscar protección en las olas tormentosas del vecino mar.

El Conde Muñazán, defraudado en sus pesquisas, tornó al sitio donde había amarrado su cabalgadura, y montando en ella, se alejó, no sin lanzar á la cabaña una mirada iracunda llena de amenazas para el porvenir.

Mas de una hora había transcurrido, cuando la huérfana, transida de frío y de horror, penetró en su choza; y después de asegurar la puerta, dejóse caer en el lecho, sin fuerzas para sostenerse más. Había pasado aquella noche terrible en el estrecho hueco del humilladero, azotada por la lluvia y pidiendo á San Antolín que la librase del miserable perseguidor

IV.

Muñazán desconocía aquellos lugares y no pudo ver el diminuto edificio oculto entre la espesura del bosque.

Para un hombre como él, habituado á ver que todo cedía ante su paso dominador, la resistencia de la joven constituía un crimen de lesa capricho; y estas faltas, supuesto que lo sean, cuanto más perdonables son menos perdonadas. «El amor propio (dice un escritor) es un globo lleno de gas comprimido, del que salen tempestades á la menor picadura.» Y tratándose del amor propio de uno de aquellos caballeros de la edad media, sin ley ni religión ¿á qué crueles castigos no se exponía el atrevido que osaba herirle?

Hé aquí por qué Munio, al verse rechazado, se consi-

deró burlado. La fuga de la huérfana, que le había impedido cometer una falta irreparable, consideróla como injuria sangrienta hecha á los fueros que le daban sus blasones y á su dignidad de mozo libertino; y en el mismo punto decidió vengarse cumplidamente, como correspondía á un hombre de su fama.

Algunos días después taldeaba de nuevo las colinas de San Antolín, montado en su brioso corcel.

Había cerrado la noche; pero esta vez el relámpago no culebreaba en el espacio, ni el trueno hacía resonar sus ecos en las hendiduras de las rocas. El cielo sin nubes dejaba ver los innumerables mundos que pueblan la inmensidad, ante cuya grandeza, nuestro planeta es átomo imperceptible. Ni el más leve soplo de brisa agitaba los árboles, y, en medio de aquel silencio, destacábase poderosa la voz de las olas que se pulverizaban en la playa.

Acercóse Muñazán á la vivienda de la huérfana, guiado como la primera vez por los rayos de luz que salían de la ventana abierta. Una sonrisa feroz plegaba sus labios, y sus ojos brillaban como los del gato en la oscuridad.

Súbitamente crispó los puños y su boca lanzó una sorda blasfemia.

¿Qué había visto?

Con las manos enlazadas y el rostro resplandeciente de dicha, dos jóvenes sentados en un escaño conversaban en voz baja. Ella era la huérfana de San Antolín; él, el amante llorado que, sano y salvo, tornaba á aquel nido de amor, dispuesto á cumplir una promesa que ha-

había dado después de entregar su corazón. Pronto un sacerdote iba á unir aquellas dos existencias hasta entonces tan desgraciadas, y días de felicidad sucederían á los dolores pasados. Esto era lo que se decían en voz baja; tan baja, que su eco no conmovía siquiera al aire que les rodeaba, pero que en cambio era bastante para hacer vibrar sus almas, templadas al unísono por la misma aspiración.

El espectáculo de aquel idilio, que destruía sus proyectos, hizo á Munio un daño horrible. La furia de los celos nubló su cerebro, sintió el ansia loca, el imperioso deseo de cortar aquella felicidad en sus comienzos, y, blandiendo uno de los acerados venablos de que tan bien sabía servirse en la caza, le arrojó con toda su fuerza sobre los enamorados.

Oyóse un ¡ay! tristísimo, y la joven cayó á tierra bañada en sangre. Antes de que su amante hubiera podido ver de donde procedía la agresión, un nuevo dardo lanzado con la misma destreza le atravesó el pecho, y, después de vacilar algunos instantes, el desdichado se desplomó sobre el cadáver de su amada, estrechando en su agonía aquellos queridos despojos, y depositando sobre la pálida frente de la joven, al mismo tiempo, el primer beso de amor y el último suspiro.

Penetró en la cabaña el conde Muñazán y durante largo rato contempló silenciosamente su obra. La cólera que le cegara momentos antes se había desvanecido, y ¡cosa extraña! él, acostumbrado á derramar sangre humana en las batallas; guerrero implacable que perseguía al enemigo hasta exterminarle, sin otorgar jamás el

perdón que los vencidos le habían pedido con frecuencia, postrados a sus piés; él, que después de horrendas carnicerías, celebrara tantas veces la victoria con la sonrisa en los labios y el gozo en el corazón, sin que el más pequeño grito de su embotada conciencia hubiese turbado nunca sus alegrías de vencedor, ante aquellos cuerpos inmolados por sus manos sintió un profundo malestar apenas pasada su ira. Algo se removió en el fondo de su pecho ante aquellos semblantes desencajados y lívidos cuyos ojos abiertos é inmóviles miraban sin ver y reflejaban la luz como vidrio mal tallado. Un rumor-confuso agitó su alma: era el remordimiento que despertaba.

Y ese rumor fué creciendo... creciendo... hasta aturdirle los oídos, y por fin, la conciencia pronunció claramente estas palabras: —¿Qué te habían hecho?

Estremecióse.

Miró en torno suyo y pudo ver cómo la conciencia escribía en las paredes aquella pregunta.

Volvió á fijar sus ojos en los cadáveres, y también los yertos labios de los amantes parecían murmurar: —¿Qué te habíamos hecho?

Tuvo miedo ¡él, Munio Rodríguez y huyó.

¡Vano empeño el de quien pretende huir de sí mismo! El caballo, herido cruelmente por la espuela, emprendió una carrera desenfrenada, amenazando despeñar al jinete por aquellos riscos, y el ruido de su galope, repercutiendo en los montes parecía decir: —¿Qué te habían hecho?

Y las olas al romperse sobre la pedregosa playa

con su ya lejano rumor, y los árboles, con el ruido de sus follajes, y las estrellas con sus centelleos, torturaban siempre aquel espíritu con este grito:—¿Qué te habían hecho?

V.

Transcurrieron cinco años durante los cuales el conde Muñazán trató de ahogar la voz del remordimiento con el estruendo de los combates y de las cacerías que en otro tiempo despertaban su entusiasmo, pero inútilmente: el recuerdo de aquel crimen permanecía fresco en su memoria, y los cadáveres de las víctimas, la cabaña alumbrada por amarillenta luz, todos los detalles, en fin, de aquella escena de horror, habíanse fotografiado, digámoslo así, en aquella alma de tal modo, que, en sus noches de insomnio, creía verlos reproducirse con todo el relieve de la realidad.

La Tradición refiere que arrastrado Munio providencialmente hácia San Antolín por tercera vez, tuvo allí la aparición milagrosa de los dos jóvenes que, con los ojos fijos en su asesino, le mostraban las heridas aún vertiendo sangre. Pero no desvirtuemos el arrepentimiento del Conde presentando á éste empujado por un poder sobrenatural que le lleva al bien. Si la culpa fué solamente suya ¿porqué no lo ha de ser del mismo modo la penitencia?

El hombre no es una masa homogénea: es un compuesto de ángel y demonio, y todas sus facultades, sus

pasiones y sus pensamientos, son armas de dos filos que producen el bien ó el mal, según la dirección que se les imprima. Si en el ser humano predomina el demonio, el ángel se reduce, parece que se aniquila y decimos del hombre: «Hé ahí un monstruo.» Pero el ángel está allí, y del mismo delito saca alientos para atacar al enemigo con el mortífero dardo del remordimiento: mina las energías para el mal, y el monstruo cobra miedo; las destruye con su labor infatigable, y entonces el malvado tiene por fin conciencia de su rebajamiento moral, mide toda la extensión de sus faltas, comprende á fondo lo que hay en ellas de abominable é insensato, y cae desde lo alto de su soberbia.

Pero cae en los brazos de Dios.

.
.

En la primavera del año 1157 una multitud de obreros poblaba las soledades de San Antolín de Bedón.

Tratábase de edificar un monasterio, debido á la piedad de Munio Rodríguez, quien se desprendía de todos sus bienes para dejar sobre la tierra aquel testimonio de su arrepentimiento.

Y no era esto solo. Decíase que el Conde había experimentado un cambio profundo; que había envejecido mucho en los últimos años, pues no teniendo á la sazón más de cuarenta, parecía sexagenario; y, por último, (y esto era lo que más asombraba á los que le conocían) que había decidido irrevocablemente encerrarse hasta el fin de sus días en el monasterio de su fundación para hacer penitencia.

—¡Buena falta le hace!—decían algunos.

—¡Bah!—añadían otros —El diablo hartó de carne...

Sucedió como se decía. Algunos años más tarde, cuando se terminó la edificación, el conde Muñazán, abandonando los lujos mundanos por el tosco sayal, encerróse en el convento de San Antolín con otros hombres no tan necesitados como él de la clemencia divina.

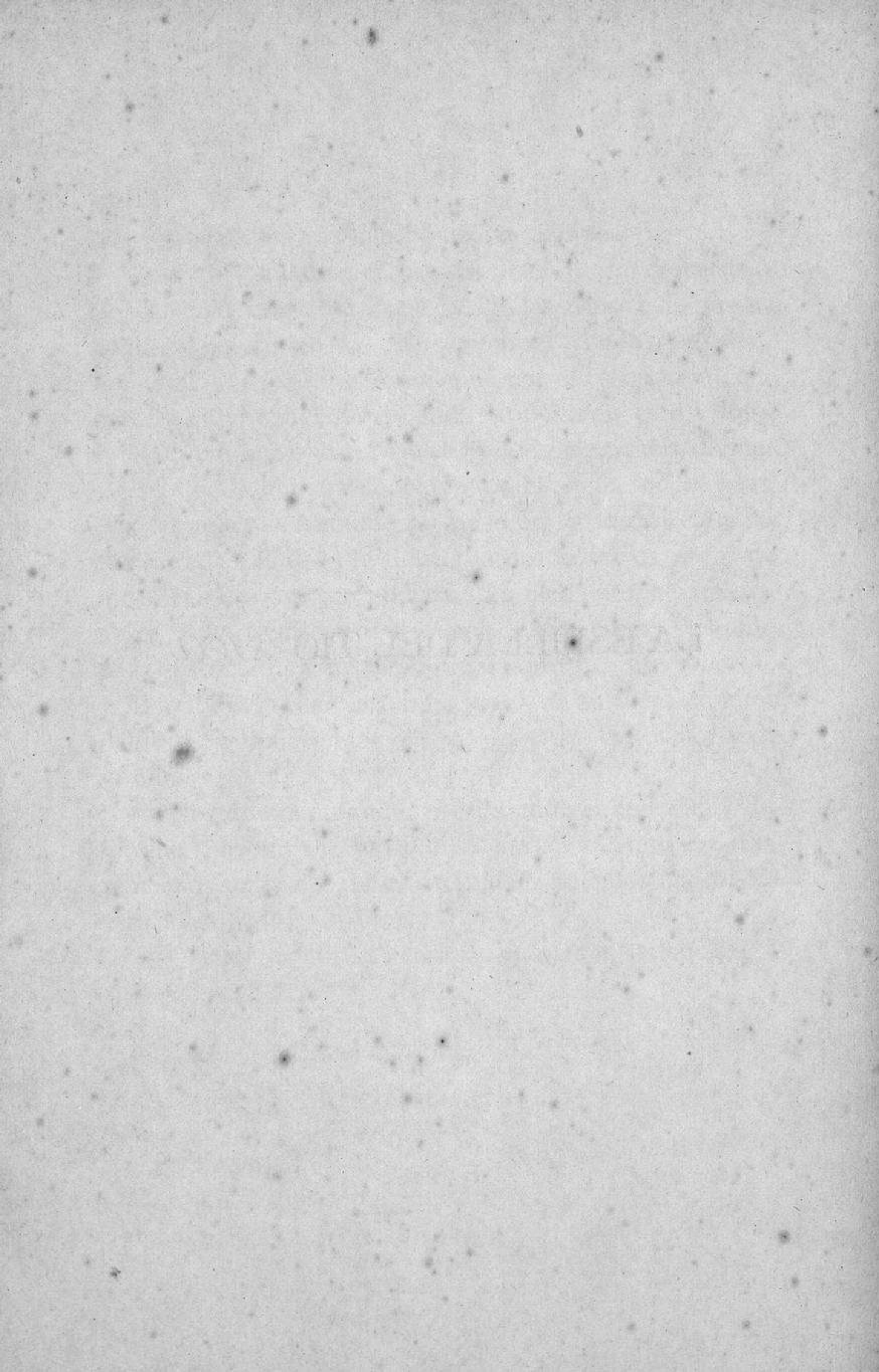
El que le hubiera conocido en el siglo, no hubiese dicho que aquel humilde religioso era el terrible Munio; sus miradas, fijas en la tierra, ya no lanzaban rayos de muerte; su brazo, tan poderoso en otro tiempo para manejar el hacha de armas, apenas tenía fuerza bastante para sostener una pequeña cruz; aquel espíritu soberbio y despótico, era, en la última etapa de su vida, un alma débil que gemía doblegada bajo el peso del dolor y de la duda.

Dolor que le aniquiló, precipitando su muerte, y duda que le acompañó hasta el solemne momento de traspasar los umbrales de la eternidad, manifestándose en estas palabras.

--¡Señor, Señor! ¿Alcanzaré vuestra misericordia?



LA ESBILLA DEL TIO XICO.



I.

—¡Ave María Purísima, qué montón!—dijo Isabel al penetrar en el portal.

—Sin pecado concebida—contestó la tía Ramona con socarronería.—¿Abúltate muchu? Pos ha ser pa' esta noche.

—¡Cristo! Menester teníamos puxar bien, si queríamos cabalu.

—No puxaremos muchu, no, que bien de ellos somos—observó el amo de la casa.—Si el montón jora una caldera de pulientas, puede que te paeciera pocu pa' tantos.

—¡Josus María! Güen juelle necesitábamos!

—Y habías de entainar más á coxer la cuchar' que lo que entainas pa' coxer las panoyas.

—Pos no ero tan comiona como elli cree.

—Dentonces, esas xorobas que tienes ¿Con qué se nan? Digo, puede que sea hinchazón.....

—*Puede.....*

—¿Pero qué jaces ahí espitada? ¿Te amixas ó qué?

—Ya vo'. Esto' mirando en 'onde sentame.

—¡Ahí!—dijo un mozo, dando al mismo tiempo un violento empellón á Isabel que la hizo caer encima de un enristrador.

—¡El demontres del rocín!

E Isabel levantó la mano sobre su acometedor, pagando el importe del empellón en un fuerte espaldarazo.

El agredido no se dió por satisfecho, y se disponía á continuar las hostilidades, cuando le detuvo la voz del tío Xico.

—Ya estevo güenu—dijo éste.—Paez' que teneis muchu viciu! Pos á ver como lu gastais trabayando. Tú, Andrés, coxi las xuncas, que ya hay bastante esbillau pa' los tres enrestradores que sois; y tú, Sabel, á day panyas. Con eso jareis las paces.

Así se hizo. Hasta aquel momento, Andrés había estado mano sobre mano, porque, siendo el mozo más hábil del pueblo para trenzar las porretas y juncas, había manifestado desdeñosamente que «mientras que las esbilladoras no entainaran más, no i daban abastu;» palabras de que se aprovecho el tío Xico para estimular el celo de la reunión con estas otras:—Vergüenza vos había de dar: decisiete muyeres que sois y no jaceis tarea más que pa' dos enrestradores! Mangollonzonas!—La exhortación produjo el efecto apetecido, y, cuando Isabel entró, la pila de panojas ya deshojadas, llegaba á una respetable altura, á pesar de que no eran mancos los dos muchachos que se habían puesto á hacer ristras desde el principio.

Pero, lejos de servir de conciliación el trabajo en común, produjo el efecto contrario. Andrés, que estaba resentido por que el tío Xico «i había quitau el revesín,» decidió vengarse trenzando más deprisa que nunca, con lo cual Isabel sudaría la gota gorda para suministrarle las panojas á su debido tiempo. La moza inmediatamente «se comió la partida,» pero no dijo palabra, y, allá en su fuero interno, se propuso luchar como buena y vencer, si era posible, á aquel monstruo de ligereza.

Entablóse el pugilato. Era de ver al principio á los dos combatientes. La manaza de Andrés veíase dirigida continuamente hácia Isabel en demanda de panojas; se ignora cuándo, ni cómo, las colocaba en la ristra, pero es lo cierto que esta crecía de un modo extraordinario. Por su parte Isabel no se descuidaba; las panojas salían del montón, juntábanse de dos en dos, alisaban sus porretas é iban á parar á manos del mozo como si obedeciesen á algún impulso mágico. Delante de la muchacha se iba haciendo rápidamente el vacío en la pila, y ese vacío crecía al compás de la ristra de Andrés.

El espectáculo era curioso y la reunión concentró sus miradas en él. Cesaron las conversaciones; durante algunos minutos no se escuchó en el portal otro ruido que el que producían las porretas al ser arrancadas y los golpes de las panojas al caer en el montón. Esto da la medida del interés que había despertado la tarea de Andrés é Isabel, por que debe tenerse en cuenta que el silencio en una esbilla es fenómeno enteramente desconocido; sucede con frecuencia que hablen todos los asistentes á un tiempo, pero que llegue un instante en el

cual ninguno tenga qué decir, eso nunca se había visto hasta que Isabel y Andrés se pusieron á enristrar juntos.

El más complacido de todos los espectadores era el tío Xico. Veía que «las sos panoyas íbanse acomodando guapamente,» y una sonrisa de satisfacción vagaba por sus labios.

Pero Andrés, cuanto más avanzaba en la obra, iba adquiriendo mayor soltura, al paso que Isabel, cuyo trabajo la obligaba a inclinarse continuamente, se cansaba por momentos y veíase que no tardaría en llegar el en que tuviera que confesarse vencida. La vergüenza de semejante confesion hizo á la moza resistirse cuanto pudo, y por último discurrir una extratagemata para precisar al enristrador á ir más despacio; la cual consistió en entregarle las panojas según las cogía del montón en vez de unir las y alisar la porreta como hacía primero. Así descargó la mayor parte de su tarea en el mozo, quien tuvo que detenerse frecuentemente para hacer «lo que en ley de Dios no i pertenecía.» No tardó en protestar de ello.

—Eso no e' dar panoyas —dijo.

—¿Pos qué mejor las quiés?

—Pa' dámelas así, érame igual coxelas yo del montón.

—Gana de parllar no más.....

—¡Si gorgutís, vos cuelgo!—vociferó el tío Xico, el cual comprendía que aquella disidencia no era favorable en manera alguna á sus intereses.

—Paezme que ya tien' bastante llargura—observó la tia Ramona aludiendo á la ristra.

Midiéronla con una caña que tenían para este objeto y resultó exacta la observación.

—Aprendi, Juaco.—dijo el tío Xico encarándose con uno de los enristradores.—¿Ves qué prontu cabó Andrés?

—Tamién la mio riestra está ya,

—Pero tú tenías la metada jecha cuando prencipió elli.

—Güenu: todos no somos lo mesmu—repuso Joaquín con muestras de mal humor.

Volvió á tejer Andrés y volvió Isabel á darle paño-
jas, pero esta vez mejor avenidos que la primera. El mo-
zo comprendió que su antagonista no carecía de armas
de defensa, ni de habilidad y resolución para usarlas, y
en adelante fué más considerado. Isabel era de buena
pasta; vió el cambio de conducta de Andrés y, depo-
niendo la mala fe con que se había defendido, tornó á
cumplir concienzudamente su obligación.

—Tiu Xico, cuéntenos un cuentu—dijo una muchacha.

—¡Sí, sí!—dijeron todos.

El aludido reflexionó antes de responder. ¿Dudaba
si daría ó no gusto á la reunión, ó era que andaba excu-
driñando los rincones de su memoria buscando el cuen-
to más á propósito para satisfacer á los peticionarios?
Misterio es ese que el tío Xico no explicó á nadie; pero
yo que conozco á aquel buen hombre, juraría que su si-
lencio no era debido ni á lo uno ni á lo otro. Perecíase
por contar cuentos en todas ocasiones, pidiéranse los ó
no; sabía muchos y, por añadidura, no ignoraba que,
entreteniéndole la atención de varias personas simultá

neamente ocupadas en un trabajo mecánico, se favorece la obra en lugar de perjudicarla, circunstancia que por sí sola hubiera decidido el tío Xico á contar, no digo un cuento, sinó una docena de ellos. Con estos antecedentes, mis lectores creerán, como yo, que las vacilaciones del tío Xico eran pura comedia. Aparentaba dudar, para que su actitud sirviera de estímulo á la curiosidad de los oyentes, (ya que está en nuestra naturaleza el apreciar en más aquello que más nos cuesta): en una palabra, difería la concesión del cuento á los solicitantes sólo para darles «engayas».

Por fin se decidió.

—Bae, vos lu contaré—dijo.—Pero antes dexádemme que eche un cigarru.

—No tarde muchu—le contestó Isabel.

—¡Al instante, muchacha, al instante!

Y puso manos á la obra.

Pero el echar un cigarro no era obra de poco más ó menos para el tío Xico. Primeramente, de un bolsillo del chaleco sacó un librito de papel de Sardón, una navaja y una especie de herradura forniada de tabaco húmedo y retorcido; arrancó del librito una hoja que puso en los labios, sujetándola por una punta, y, después de volver aquél al bolsillo, igualando con cuidado los extremos de la herradura de tabaco, tomola con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda y empezó á cortar con la navaja pequeñas porciones que fué depositando en la palma de la misma mano. Cuando juzgó que ya tenía bastante para un cigarro, guardó lo demás, desnuzó lo cortado, estregándolo con las dos manos, depo-

sitólo en la hojita de papel y, ayudándose con la navaja, logró al fin liarlo. Dobló el extremo inferior para que el tabaco no se cayera, puso el cigarro en la boca, metió la navaja en el bolsillo, sacudió las manos y respiró con fuerza, como una persona que se quita de encima algún enorme peso.

No obstante, puede decirse que hasta entonces nada había hecho comparado con lo que todavía le quedaba por hacer.

Transcurrieron algunos segundos, que el fumador consagró al descanso, y, después, reanudó la tarea sepultando la mano en uno de los bolsillos de su chaquetón, y extrayendo los objetos siguientes: una piedra de chispa, un eslabón y un pedazo de yesca: de esta cortó un trocito del tamaño de una alubia, le adaptó sobre la superficie más plana del pedernal, é hiriendo sus bordes con el eslabón, al séptimo golpe uno de las chispas se introdujo en la yesca, quemando algunos de sus filamentos. Agitóla el tío Xico en el aire, á fin de que tomase incremento el fuego; deshizo la dobladura inferior del cigarro y por el hueco metió la materia combustible, tapando después con la uña del dedo pulgar para que no se desprendiese aquel fuego sagrado.

Y aquí fué donde el tío Xico necesitó reunir todas sus energías, cocentrándolas en la boca. El tabaco era húmedo y se resistía al fuego; la yesca, aprisionada dentro del papel, extinguía su lumbre por falta de oxígeno. Comenzó una lucha desesperada entre el fumador y su cigarro: las mejillas de aquél se hundían en la boca por los huecos de ambas quijadas formando dos grandes po-

zos, al paso que los tendones y venas, hinchándose prodigiosamente, presentaban un aspecto parecido al de las cordilleras que se dibujan en un mapa. Sonoros chasquidos, semejantes á la explosión de una vegiga llena de aire, denunciaban el poderoso esfuerzo de aquella máquina neumática; pero el aire salía incoloro de la boca del tío Xico, prueba indubitable de que el cigarro no quería darse á partido.

Sin embargo, el fumador no se desanima. Sigue chupando, cada vez más enérgicamente. Llega un momento en que el papel toma un color negruzco alrededor de la yesca; al color negruzco, sucede un anillo rojizo.... ¡Es el fuego ya! Una de las bocanadas de aire aparece ligeramente blanquecina ¡Firme, tío Xico! De V. es el triunfo si no desmaya!

Pero, no hay necesidad de animarle: ha visto el éxito y menudea las succiones. ¡Desmayar! No hay temor de que eso suceda. El triunfo se acentúa cada vez más; ya no es aire incoloro ó ligeramente blanquecino lo que se escapa de aquella boca: son espesas nubes de humo pestífero que amenazan asfixiar á las esbilladoras solteras. (Por fortuna el tío Xico no empezó su cuento y ninguna de ellas está aún con la boca abierta.) Las casadas, lo mismo que los enristradores, aspiran con delicia el humo, en tanto que el atleta vencedor se recuesta en su silla baja, coronado, no de laureles, por que no hay justicia en la tierra, pero sí de aquellos blancos torbellinos que atestiguan su triunfo y envuelven su cabeza, como el humo del incienso envolvía las de los dioses y héroe de la antigüedad pagana.

II.

Mientras el tío Xico preparaba y encendía el cigarro, varias muchachas se pusieron á jugar á *las coloradas*. Rita (aquella Rita de quien he hablado en otra ocasión) presentó las tres panojas de color rojo que son necesarias para obtener el privilegio de «echar penitencias;» otras jóvenes mostraron dos, hallazgo que las libraba del castigo, pero sin otorgarles tampoco autoridad para imponerle, y Mariquina, la más joven de todas, tuvo la desgracia de no hallar ninguna panoja de aquel color, por lo cual cayó sobre ella todo el peso de la ley del juego. Rita impuso á Mariquina como penitencia el dar un beso á Andrés; pero la penitente protestó indignada, negándose en absoluto á cumplir el castigo. Insistió Rita, la apoyaron las demás jugadoras, no obstante su carácter neutral, y esto dió motivo á la siguiente respuesta de Mariquina:

—¡Bae, jiyas, paeceis tochas! Primero esbillaba co' los dientes deciseis noches apegadas, que yo jeciera eso.....¡Pa' elli estabal

Fué necesario conmutar la penitencia. En vista de que Mariquina no quería besar la cara de Andrés, dijéronla que besase la parte posterior del candil, lo que hizo muy contenta, y volvió á sentarse límpiándose los labios con el revés del delantal, precisamente cuando el fumador, reeostado en su silla, saboreaba el triunfo que había obtenido.

Era llegada para el tío Xico la ocasión de cumplir su promesa y, conociéndolo él así, dió principio á su relato en estos términos:

—Lo que vo' á contavos no e' cuentu, aunque lo paeza. Yo ero testigu de que pasó tal y conforme vo' dici-voslo. Todos conoceis á mio compadre Vitor, y habreis-lu vistu mil veces en Iglesia dándose golpes en pechu con una juercia que paez' que va á espeazalu. Confiésase cuando paga la contribución, ó sea cuatro veces al año; en 'as procesiones, oservareis que siempre va co' la velina en una mano y la borlla del estandarte en 'a otra. En fin, que yo creo que se comería los santos, si no jora por miedu á que i dieran daque empachu que lu llevara la trampa. Pos habeis de saber que esi hombre era en sos mocedades el xurador más empederniu del pueblu y que echaba y no midía por toda la corte celestial sin importai una jaba rayona ni el cielu ni el infiernu. Era el escándalu de la taberna; porque dentonces no pasaba lo que agora, que cualquier babayín paez que tien' en 'a boca el retrete de un cuartel, sigún lo que sal' per ella; dentonces pa' que el hombre echara un *cristo* había de estar muy incomodau. A más de ser increíble y amigu de xurar, Vitor jacia gala de selo, y cuando los otros mozos i lo reprendíamos, era cuando elli echaba mayores bocayadas. Pos, señor: que una noche estábamos en 'a taberna, y no sé quién sacó la convesación de pantasma y ánimas en pena; el mio compadre, que xugaba á la brisca, en quantu oyó parllar de aquello tomó la palabra y allí habíais vistu jacer escarniu de todo lo más sagrau y burllase de los *inocentes* (como elli di-

éía) que creían semejantes cosas. Tanto dixo, que algunos jórense de allí por no oílu. Yo salí tamién en compañía de Fermín y Jacinto, pero no por que nos asustara lo que decía el rocín de Vitor, pos ya estábamos jechos á ello, sinó pa' poner en práctica un proyeutu que habíamos pensau. Como una hora depués marchóse mio compadre en direición á so casa. Eran más de las once y media y estaba muy escura la noche. Tenía que pasar el sujetu per xunta un muriu que estaban jaciendo en la llosuca del difuntu tiu Meregildo el *Colmeneru*: el camín era estrechu y al otru llau había una poza, por manera que, pa' pasar per allí, tenía que arrimase al muriu. Jéciolo así, cuando, sin saber cómo, sintió que i jalaban de la chaqueta. Golvióse, y no vió á nengunu detrás, pero, creyendo que sería daque broma, enfadóse y dixo:—¡Por vida de.....! El que quiera dicime algo, que se me ponga delante.—Ni por esas: naide paeció. Dentonces Vitor dió algunos cuatro ó cinco pasos sin novedá, jastasa una distancia del muriu como dende aquí á aquella puerta, y allí sintió que i daban otu jalón y al mesmu tiempu sonó un ruidu como de arrastrar jierros. Golvióse otra vez el mio compadre, y nada: no se vía un alma. Ya no gorgutió, y trató de sigui'r pa' lantre; pero, á mi ver, estaba con quantu podía de camangu. por que, tan prontu como sintió otu tirón y el correspondiente ruidu de jierru, apretó á correr per aquellas caleyas en tal manifestura, que, quien lu había vistu dixera que aquél hombre iba á matase escontra daque pareo. Quanto más corría, mas jalones i daban y más juerte era el ruidu, bien atrás, bien á un llau, bien

á otro; y el probe Vitor, que, amiraba á toas partes y no vía alma nacida, golvíase tochu.....

— El casu no era pa' menos — observó una majer.

— Este voy guapamente. A todos los que empuercan la lluengua diciendo esas animaladas que se oën per ahí, yos había de pasar otro tantu—dijo la esposa del tío Xico.

— Pero, tia Ramona—objetó Joaquín, en tanto que remataba su ristra—cuando al hombre no se i arreglan las cosas bien, enfádase, como é xustu, y, enfadau más val' que arreviente con un xuramentu que no con una mala obra. Sobre todo, los mozos que teñemos la sangre jirviendo.....

— Valientes mazcayos estais—repuso la tia Ramona.

— Pero, ¡cabó Juaco antes que Andrés?—exclamó Isabel.

En efecto, por aquella vez *el monstruo* había sido derrotado y Juaco se llevaba la palma de la victoria, con asombro de todos.

Sin embargo, no duró mucho la sorpresa. Cuando el mozo levantó su ristra para ponerla en un rincón sobre las demás, vióse que tenía muy pocas panojas, y al asombro sucedió una estrepitosa burla.

— ¡Podrás pa' con ella!

— ¡Si paez una riestra de ayos!

— ¡A como los das?

— ¡El ayeru, el ayeru!

Estas y otras frases análogas se oyeron en el portal, en medio de grandes risotadas.

—¡Juaco, mi criu!—gritó el tío Xico—¿tú que llabores jecisti? Co' la jarina que dé esa riestra no tengo yo pa' un diente!

La paciencia del mozo no era de las más sólidas. Colocó la ristra de mala manera encima de las otras; volvióse después muy ceñudo y, como oyese que aún sonaba por lo bajo entre las esbilladoras aquello de «el ayeru, el ayeru,» acabó de exasperarse. Empuñó su garrote, que había puesto junto á la pared cuando empezó á enristrar, acomodóse el cuello de la chaqueta con bruscos ademanes y, mirándo torcido al corro, dijo, ó más bien, escupió estas palabras:

—¡A güenas noches!

En seguida se encaminó hácia la puerta.

—¡Hombre! ¿Así te vas? Paez mentira que tengas tan poca correa—le dijo el tío Xico.

—No vieni yo aquí—contestó Joaquín con voz ronca desde el umbral—pa' servir de comedia. ¡A la pa' 'e Dios!

Y dando un tremendo portazo, desapareció.

—¡El ayeru, el ayeru!—gritaron algunas esbilladoras.

—Dexádelu, porque paezme que va tan corridu per esas caleyas abaxu como el mio compadre cuando i jalaban las ánimas de la chaqueta.

—¿Y en qué paró aquello? Con estas cosas no cabó de cuntánoslo—dijo Andrés.

—Cabaré, cuando caben esas bachilleras de parllar y riise.....

—¡Callade, paletinas!

Restablecióse el silencio, y el tío Xico prosiguió del modo siguiente:

—Como iba diciendo, Vitor corría esprítu co' los esmengones que i daban y co' 'l ruidu que se i metía pe las oreyas, pero amigos de Dios, tovía i faltaba un sustu muchu mayor. Al llegar á la caleyina del *Perru*, jallóse en metá' del camín una pantasma vistida de blancu; remataba en un picu arriba y era tan altísima que no paecía cosa de esti mundiu. Cuando vió aquél basalar-tón delante, Vitor, que ya estaba bien maduru co' lo que i había pasau, paróse dando diente con diente y se ponió á rezar salves y padrenuestros y á decir: «Alma del otru mundiu ¿qué me quiés?» y dentonces la pantasma doblóse pel mediu el cuerpu y, col picu de arriba, dioi á mio compadre en 'a morra. El golpe no joi grande, pero el probe Vitor no pudió más y cayó á tierra sin conocimientu. Costoi el sustu quince días de cama y no golvió á xurar en so vida; tan escarmau quedó, que, después, dió en metese pel iglesia, y ahí lu teneis agora; no hay otru más beatu que elli en toa la provincia.

—Pos á estar yo en so peleyu—dijo Andrés—puede que la pantasma no lo había pasau tan bien.

—¿Qué ibas á jacer?

—¿Qué iba á jacer? Garrar una llágrima de San Pedro bien grande, y, cuando la pantasma se dobló, por si era de esti mundiu ó del otru, doblala yo de un güen morrillazu.

—No e' lo mesmu parllar dende aquí que vese en un lance de esos—observó el tío Xico.—Y has sabete que si á malas se iba, la pantasma no tenía pa' empezar con Vitor.

—¡Hola! Cuando elli diz eso e' que conocía al de los hábitos blancos.

—Puede que lu conociera.

—¿Quién joi? ¿Quién joi?—preguntaron varias voces.

—Pos joi..... (Y el tío Xico se detuvo, conforme á su inveterado sistema de «dar engayas.»)

—Bae! ¿No quier' dicilo?—preguntó Isabel impaciente.

—Sí, muyer. No seas tan repentina. La pantasma era Jacinto. Ya vos dixi que, antes de salir de la taberna Vitor, nos jomos yo, Jacinto y Fermin, pa' poner en práctica un proyeutu.

El proyeutu era dar á mic compadre un güen sustu. Yo habia pescáu una calderina vieya que andaba rodando per casa y no sirvía pa' maldita la cosa por motivu á estar llena de juracos: quité á mi padre como tres brazas del cordel que tenía pa' 'l congre, 'marrelas al asa de la calderina y, en el otrú cabu del cordel, poní un anzuelu de durdu. Con estos aparexos escondíme detrás del muriu del difuntu tío Meregildo y esperé á que pasara Vitor. Tardó una güena hora tovía, así e' que me duró bastante la muera, pero al fin sintílu escarriar, aprepapé el anzuelu y, cuando pasaba el mozu, espíteilu per dentro de la chaqueta, por si acasu echaba mano, que no diera con elli. Esti joi el primer jalón que i dieren al mio compadre las ánimas. Depués andevo tódu el llargor de la cuerda sin conocer nada; pero dentonces tiró de la caldera, y la caldera tiró de elli, asustólu, y con eso, Vitor echo á correr. Quantu más corría, mayores calderadas daba escontra las pareas, y así joi á parar á la ca-

leyina del *Perru*, en 'onde estaba Jacinto engüeltu en un sábanu que había 'marrau á la punta de un palu. El mio compadre cabó de espritar con semejante visión y perdió el conocimiento. Llevámoslu pa' casa, después de quitar el anzuelu que tovía llevaba engavitau en 'a chaqueta, y los quince días que el probe mozu estuvo en 'a cama, Jacinto, Fermín y yo pasamos un güen camangu por lo que pudiera asuceder. Tamién nós escarmentamos, y no golvimos á dar bromas por el orden de esa á nengunu.

—Algo pesada joi—dijo Andrés.—Si allega á morise.....

—No había estau muy güenu pa' nós.

—Esto ya se 'cabó—dijo una esbilladora con la última panoja en la mano.

—Y esto 'cabarase muy prontu—contestó Andrés, que estaba terminando una ristra. El otro enristrador había concluido la suya y, como no quedaba maiz bastante para otra, dió por terminada su labor.

Pronto hizo lo mismo Andrés. La tia Ramona empujó hácia un rincón las panojas sobrantes y todos se levantaron disponiéndose á retirarse.

—¿Cuántas jeciéste?—preguntó el tio Xico á los mozos.

—Trece—dijo uno de ellos.

—Como muchas, muchas, no son; pero otra vez jareis menos. Ya vos llamaré pa' colgalas.

—Sí, sí—repuso Andrés.—Pa' eso ya nos llamará elli; lo que jacia falta era que nos llamara pa' deseolgalas, pero dentonces no se acuerda de nós.

—Creeis que me llaman á mí tampocu? Mientras que ando per juera buscando algo que traer pa' casa, las muyeres cuélganse de las riestras, échanlas á tierra y, cuando yo vengo, alcuentro las pareas más llimpias que una patena.

—Así e' la verdá—dijo la tia Ramona.—Pero tamién alcuentras la borona caliente, y eso bien te sabe.

—¡Pardios, créotelo!

—Con que, jasta otrú día.....

—Jástasa la peresbilla—respondió el tio Xico.—Paezme que lo que hay pel mundiu no nos dará trabayu pa' más de una noche.

Y así se disolvió la reunión. Todos fueron desfilando, la tia Ramona cerró la puerta y, pocos momentos después, rompían el silencio de la noche los cánticos y «jerrinchidos» de los dos mozos, á los cuaies respondieron con energía todos los perros de la vecindad.



— Crecía que me habían afeitado también. Mientras
me ando por fuera buscando algo que traer pa' casa, las
miradas malignas de las mujeres echaban a tierra y
cuando yo veía alcentro las caras más lindas que
una patena.

— Así es la vida en la Ramona. — Y en la vida
siempre la botona calienta y eso bien te sabe.

— ¡Hijos, crecidos!

— Con que hasta ora en la Ramona.

— ¡Hasta la parca! — respondió el tio Rico. —
Pues me que lo que hay por mundo no nos dá nada
pa' más de una noche.

Y así se desfiló la comedia. Los que fueron desfilan
de la la Ramona cerró la puerta y pocos momentos
después rompió el silencio de la noche los cantos y
espetáculos de los dos mozos a los cuales respondió
con con carga todos los perros de la comedia.

PA' LA TIYERA.

PA LA TIYERA

—Prontu va á jacer un añu
que aquí, en esti mesmu güertu,
te dixi adios, al marchame
co' 'l tiu Fermín el *Melenu*
pa' la Ribera de Aranda
á trabayar como un perru.....

—¿Como un perru? Enjamás ví
que trabayaran.....

—Pos güenu;
yo vilos.

—¿De que te ríes?

—De nada. Güelvo á mio cuentu.
Al despedinos, jecisti
promesas que llevó el mesmu
diantre en cuantas que vinieren
los de la Habana.

—¡Magüetu!

¿Quién los amiró siquiera?

—A otu can con esi güesu,
Dolores; yo no lu trago.
Quedóme muy güen recuerdu
de aquello que me dixeran
qun pasó ente el adefesiu
del jiyu de la tia Rosa
y la nieta de to güelu.
Dí tú, que ero un enfeliz
sin más raigores en cuerpu
que un criu recién nacidu;
y que, por suerte, esto' jechu
á deliriar con veletas
que cambean según el vientu.
—Dígalo sinó Ritona,
que te dexó por.....

—¡Un cuernu
pa' tí y pa' ella!

—¡Ave María,
qué voz! ¡Paeces un becerru!
—Pos e' la verdá: ¿Qué bruxa
descurriría esi cuentu?
Si yo parllaba con Rita
era sin nengún empeñu
pa' con ella, y co' 'l aquel
de enterame del enredu
que traíais ente manos
tú y el otu.....

—Po' supuestu;
¿cómo si yo te creyera!

—Que me creas ó no, e' ciertu,

—Dentonces ¿por qué engarrastes tú y Perico el *Felecheru*?

—Joi por custión de un emboque.

—O de una *boca*... ¡de infiernu!

La que tien' la to Ritona,
que á un santu i quita el peleyu,
cuantu más á una inocente
como yo.

—*Como*.....

—Así mesmu.

Contábate mil levantos,
poniendo lo blancu negru,
y tú en todo la creías
y te ajogaba el venenu.
Por último presentóse
Periquín el *Felecheru*
á jacei la rcscá, y ella,
que no está pa' perder tiempu,
vió al rapaz encaprichau,
dioi cara, ponióte ceyu,
enfadéstite con ella,
riñisti co' 'l galán nuevu,
engarrastes, macucióte
y te llevó el esperpantu
de la moza. Depués visti
que el mal no tenía remediu
y' pa' quitate la pena,
busquéstime de consuelu.

—¿Te jartesti, paletona?

—Tú sí que eres güen paletu.

—¡Si no sabes lo que parllas,
tan siquiera! A lo primeru
dices que, al contame Rita
el enamoricamientu
que te entró co' 'l indianete,
ajogábame el venenu....
¿A mí! Bae, me da la risa!
¿Pos no te mandé á paseu
cuando vieni el otru añu?
¿Te jeci acasu mal terciu
apegándome á to saya
en 'os bailes? Dí ¿no e' ciertu
que te dexé en libertá
de jablar con to.... *embelesu,*
y que no golvi á mirate
jástasa fines de Eneru,
que parllamos una noche
en 'a jila del *Robecu?*
Pos si yo no te amiraba
¿por qué había de ser venenu
pa' mi lo que tu jecieras?
¿Qué me emportaba? Y sien pechu
me jacía cascaritos
samejante gatupcriu,
como tu dices. sería
por tenete algún afeutu,
y dentonces no sé cómo
había de dame celu,
que cortejase Ritona
con Perico el *Felecheru.*

Que me macució..... ¡Recolle!
¡Cuando besó el santu suelu
de la primera guantada
que i sacudí ente el pescuezu
y la oreya! Y si no acuden
á echame mano al momentu
los que andaban per allí,
tiencn que tocar á intierru
por el mozu de..... to *amiga*...
¿Piensas que yo tengo sueru
por sangre? ¡No me conoces!
Que te busqué de consuelu
pa' mió pena.... ¡Mentecata!
No paez' sino que en pueblu
no hay más mozas que tú y Rita.
—Pero ven acá, morenu:
si no te emportaba nada
mió tratu co' 'l habaneru,
¡á santu de qué me dices
que por saber el *enredu*
parllabas co' la fulana?
—Pos díxitelo al efeutu
de que..... el saber nunca asobra.
Y cuando hay un folasteru
que tien' fraque, y anda á guzma
de una moza del to pelu,
y ella que lo agüele ponse
como cabra con cencerru,
y se i revela una suerte
que i baxa del quintu cielu

y no conoz' la intención
con que bien aquel corteju,
aunque nada nos emporte,
gústanos abrir el güeyu
y estar al tantu del casu,
enterándonos por mediu
de las rapazas paletas
que, del unu al otru estremu
del lugar, corren las voces.
Asucedió que co' 'l helu
que nos vieno per Nóviembre,
se heló tamién el deseü
del indianu po' la moza;
dió fin al pocu dineru
que traía en 'a fatiguera
y se joi con vientu frescu
pa' las tierras de la Habana,
'onde diz que no hay iviernu.
Cabósenos le comedia,
y, no teniendo otru empeñu
yo con Rita, retiréme.

—Eres el mayor zopencu
que se crió con borona
y friëra en tou el conceyu.
Si tantu dió que riir
el nuestro cortejamiento,
¿por qué después me busquesti?

—Yo no te busqué.

—¡Está güenu!

Buscaríate yo acasul

—Tampocu.

—Tu no estás cuerdu.

¿Cómo pudo ser dentonces?

—Me 'magino que el alcuentru
joi pura causolidá.

—Ya; en 'a jila del *Robecu*.

Y depués ¿por qué siguiesti?

—Siguí..... por matar el tiempu.

—¡Probín! y con qué frescura
lo diz!

—....Y co' 'l pensamentu
de que me aprendieras algo.

—¡Angelucu! A esti borregu
y da siempre por tomar
á las mozas por colegiu!

—Como usabas jabla fina
tratando co' 'l habaneru,
pudieras dame lecciones.....

—Si acasu daretu un piensu,
que e' lo que te jaz más falta
pa que mejores de pelu.

—Muchas gracias, Dolorinas;
se te agræce el òsequiu,
pero guárdalu pa' otro
que lo use.

—Sí por ciertu;

jora cargu de concencia
el dátelo á tí.

—¡Mal geniul!

—Déxame en paz.

—Dexaréte.

Mañana salgo del pueblu
pa' la tiyera.

—Güen viaxe.

—Y,... si me lo pide el cuerpu,
te escribiré dende allá.

—No me jaz falta.

—Al momentu
contestarás.....


—Pa' ti estaba!

—Queda con Dios.

—¡Vete al cuernu!



LA CUEVA DE LAS MANTAS.

——
(MEMORIAS DE UN COLEGIAL.)

LA CUIVA DE LAS MANANAS

I.

«¡Celorio! ¡Cuántos recuerdos de los primeros años de mi juventud evoca este nombre! Aún me parece ver deslizarse por los claustros de aquel Convento las sombrías figuras de los reverendos padres que guiaron mis primeros pasos en la senda del saber: todavía escucho los murmullos de sus conversaciones á media voz, cuando, á la caída de la tarde, paseaban sus robustas humanidades por el *Pradón*, encaminándolas hácia el *Mirador*, para contemplar desde allí el majestuoso descenso del astro del día, que, al aproximarse á su ocaso, cubría de dorados reflejos la superficie del mar y las elevadas cumbres de las montañas.»

«Era, en verdad, maravilloso espectáculo el de aquel baño de oro que la pródiga naturaleza derramaba sobre sus obras, como lo era hasta el más prosáico detalle de aquellos paisajes ideales, dignos de la decantada Suiza. Pero ¡cuán cierto es que las cosas son del color del cristal con que se miran! Sufriendo bajo el severo régimen

del Colegio que me privaba de la libertad, precisamente en la época de mi vida en que más ardientemente la deseaba, yo no podía encontrar belleza en nada que de cerca ó de lejos se asociase á la idea de aquel presidio disfrazado con el nombre de Convento: no había para mí ni flores en los campos, ni luz en el aire, ni poesía en los frondosos bosques y en la inmensa llanura de agua cuyas olas iban á romperse con estrépito sobre las rocas que sirven de base á las tapias del Cementerio, dejando en ellas el blanco sudario de sus espumas. Aquella existencia carecía de encantos para una imaginación de diez y siete años. Los negros hábitos derramaban una sombra tan densa delante de mis ojos, que todos los objetos me parecían vestidos de luto: luego el estudio, el árido estudio..... los castigos subsiguientes á toda falta de aplicación.... Hoy, que ya toco los bordes del sepulcro y el cristal ha cambiado de color, siento una delicia extraordinaria al traer á la memoria los que me parecían malos ratos en mi adolescencia. Hasta recuerdo con placer la voz gangosa del padre Sebastián concienzudo profesor de latín, cuando me decía: «Hoy no ha sabido V. la lección; de consiguiente, esta tarde no hay paseo. Para mañana me presentará V. copiada ocho veces la lección no sabida; bien entendido, que toda falta de ortografía será castigada con una copia más.»

«¡Sí, padre Sebastián! ¡Yo evoco tu memoria con gozo, y desde el fondo del alma te doy gracias por lo que entonces llamábamos tus severidades! Me enseñaste una lengua muerta que apenas me ha sido útil en mi larga vida, es cierto; pero tú fuiste quien infiltró en

mi espíritu la fuerza de voluntad que me ha servido para vencer otras dificultades de más cuidado; tú el que hizo despertar mi inteligencia del letargo de la ignorancia; merced á tu tenacidad para enseñarnos, aprendí que nada hay inaccesible á la inteligencia humana con tal que se busque con verdadera fe; que los altos muros, puestos á la investigación, lejos de ser defensas infranqueables, son poderosos estímulos para enardecer al hombre y hacer más meritorio su triunfo: contigo aprendí que, el que busca, encuentra más pronto ó más tarde, y el que anda llega, siempre que uno y otro persistan en sus propósitos.»

II.

«El correr de la pluma me apartaba del objeto, que propiedades de viejo son la prolijidad é incoherencia en sus discursos. Vuelvo, pues, al asunto y pido perdón al benévolo lector por mi falta, la cual no por reconocida es menos censurable.»

«Voy á narrar, como Dios me dé á entender, uno de los episodios de mi vida estudiantil que más impresión me hicieron, fijando al propio tiempo el origen del nombre la «Cueva de las Mantas» con que se designa una cavidad abierta en roca viva existente en la hermosa playa de la *Fuente Grande*, en Celorio; origen que muy pocos ó ninguno de los actuales vecinos de esta aldea conocerá, y, por tal motivo, conviene hacerle constar aquí para que no se pierda en lo que ha dado en llamarse, la noche de los tiempos.»

«Entre los compañeros del colegio hallábase el primogénito del marqués de.... Era un muchachuelo de mi edad, de bastante buen ver, y tan pagado de su aristocrático linaje que desde su ingreso se nos hizo profundamente antipático. A todos nos miraba por encima del hombro, como suele decirse, y en las pocas veces que se dignaba conversar con algunos de nosotros, los menos *plebeyos*, se entiende, emitía tales conceptos que hubíamos de convencernos de que aquel ilustre fatuo tomaba al pié de la letra la distinción entre sangre roja y azul, y creía realmente de este último color la que corría sus venas.»

«Grande fué nuestro regocijo cuando hicimos el descubrimiento. Desde luego se acordó dar al *Marquesito* una broma de las más pesadas para curarle de aquellos humos ridículos que trastornaban su cabeza. Discutióse en conciliábulos secretos el cómo y el cuándo: la broma debía verificarse fuera del Colegio, por ser imposible dentro de él eludir la vigilancia de los padres; teníamos que aprovecharnos de un día de paseo y realizar la travesura á espaldas del padre que nos acompañase, pues éste no había de consentirla; además, necesitábamos un cómplice ajeno á la clase estudiantil. Como se ve, la empresa tenía sus dificultades, y fué necesario poner á contribución los más conspicuos ingenios del Cuerpo, los cuales con sus luminosos informes ilustraron el asunto, y por fin todo quedó arreglado en teoría, con la singularidad de que hicimos entrar en el complot á la misma víctima.

«Para ello dijímosle que se trataba de hacer una

gran merienda, y que habíamos sobornado al demandadero Lucas, quien la haría preparar calladamente, para el día que conviniéramos, en casa de la tía Potajes, persona muy apreciable y muy renombrada por su habilidad culinaria. Fingimos escotar al efecto y no consentimos que el *Marquesito* pagase nada, reservándole la gloria de gratificar al demandadero el día del gran suceso.»

«Llegó éste. La víspera por la noche supimos con gran satisfacción que el día siguiente habría paseo *extramuros*, en el cual seríamos acompañados por el reverendo padre Fr. Tomás Zavala, profesor de filosofía: excelente sujeto, cuyo único defecto era el de perecerse por las discusiones filosóficas y armarlas en la punta de una espada. Era de ver el buen señor cuando se emitía delante de él una opinión contraria á la suya en algún punto de Lógica ó Psicología: gesticulaba como un energúmeno. con los ojos casi fuera de las órbitas, la nariz dilatada, la respiración fatigosa, y lanzaba unas voces tan estentóreas que podían oirse á un kilómetro de distancia. Si el debate se suscitaba en paseo, el buen padre echaba raíces y no se movía del sitio hasta dejar pulverizado á su contrario con algún argumento incontestable. De esta flaqueza suya pensábamos aprovecharnos para llevar á feliz término la maldad proyectada.»

«Media hora antes de la del paseo, y cuando andábamos impacientes por el claustro bajo, esperando con ansiedad el momento deseado, presentósenos Lucas el demandadero llevando pendiente de la diestra un grueso bulto, y nos dijo sonriendo con socarronería:

—Aquí está la merienda.

—Bueno:—contestó el que hacía de director de la conspiración.—Llévela V. á la playa y ocúltela en la cueva.... ya sabe V.

«Luego miró al *Marquesito*. Este, comprendiendo la significación de aquella mirada, introdujo la mano en el bolsillo y con gesto de príncipe alargó á Lucas un par de pesetas. El demandadero las cogió avidamente, marchándose en seguida á cumplir su comisión.»

«Llegado el momento y dada la orden de partida, comenzamos á desfilar por el patio: los dos colegiales mayores se colocaron á ambos lados del padre Zavala, según costumbre. y uno de ellos, sin esperar á salir del empedrado portalón, enderezó al entusiasta filosofo la siguiente pregunta:

—Padre Zavala: ¿qué es la muerte eterna?

«Cuadróse el reverendo mirando á su interrogador.»

—Pregúntolo—añadió el estudiante—por que hoy he tenido una discusión con éste (y señaló á su compañero). El dice que el alma humana no es inmortal, toda vez que hay muerte eterna.

—Es que tú sostenías—contestó brúscamente el aludido, tratando de meter á barato la cuestión—que la vida y la muerte son incompatibles....

—Distingo: la vida.....

—No hay distingos.

—Déjame hablar....

—¡Silencio!—tronó el padre Zavala, afirmándose sobre sus piernas en la misma postura y lugar en que le sorprendió la primera pregunta, y ya tan fijo en el sitio como la iglesia sobre sus cimientos. Estoy seguro de

que entre esas dos cabezas no se puede juntar un adarme de seso. Mentira parece que curseis filosofía y no sepais discurrir. La muerte eterna, grandísimos zánganos, es...

«No oimos más. Convencidos de que el reverendo tenía cuerda para un buen rato, le dejamos en compañía de los dos acólitos, quienes debían atizar con objeciones el fuego de los entusiasmos del filósofo en el caso de que se apagase, y emprendimos precipitada marcha por el camino de los Álamos con dirección á la cueva encantada donde estaba oculta la merienda que á todos se nos había de indigestar, y muy particularmente al *Marquesito*.»

III.

«Aquello fué un relámpago. En menos tiempo del que se necesita para referirlo, un colegial entró en la cueva y sacó el fardo: otros dos estudiantes se arrojaron sobre la víctima para sujetarla, trabajo enteramente inútil, pues la sorpresa no dejaba mover pié ni mano al *Marquesito*. Desliado el envoltorio apareció su contenido, consistente en las dos mantas mejores que pudimos hallar en nuestras camas. Diez y seis manos asieron febrilmente una de las mantas colocándola horizontal á la altura de medio cuerpo, y arrojado en ella nuestro aristócrata compañero, dió principio un manteo de los más vigorosos que se han dado en españoles colegios. El cuerpo del desgraciado *Marquesito* se elevaba como un globo para volver á caer pesadamente en las más grotescas posturas, en medio de la rechifla general.»

—¡Arriba con él!

—Ahora si que es *eminentísima* su señoría.

—Lo malo es que le dura poco.

—¡Por Dios, que me matais!

—No hay cuidado, *Sr. Marqués*.

—¡Vamos, otro pinito!

«Entre tanto, los que no habían tenido cabida en la primera manta, cogieron la segunda en la misma forma que los otros, y pidiéronles que les arrojasen al *Marquesito*.»

«En efecto: lanzado éste oblicuamente como por una catapulta, atravesó el espacio, yendo á caer en el nuevo potro de tormento que le tenían preparado, para continuar allí sus peligrosas ascenciones.»

La algazara crecía.

—¡Basta en esa!

—¡Echadle para acá!

—Ahí le teneis!

«Y nuestra víctima iba de Herodes á Pilatos sin que nadie se compadeciese de ella; antes al contrario, encarnizados con aquel divertido peloteo, era de temer que las fuerzas del *Marquesito* se agotasen antes que las nuestras, cuando una voz terrible que el eco repitió en las cavidades de las rocas sembró de repente el pánico entre los atormentadores.»

—¡Bribones, pillos! ¡Allá voy yo!

«Por el camino de los Alamos y todo lo de prisa que le permitía su corpulencia, avanzaba jadeante el padre Zavala con una cara de furor que infundía espanto.»

«Aquella voz apocalíptica, confirmada por la expre-

sión de cólera que se reflejaba en el semblante del reverendo padre, produjo en nosotros el efecto que puede suponerse: como bandada de gaviotas desaparecimos del campo de nuestra fechoría, dejando allí las mantas, y sobre ellas, desencuadernado y exánime, al desgraciado estudiante que en mala hora había tenido la ocurrencia de alardear de su encopetada alcurnia, el cual, sin alientos para levantarse, quedó tendido cuan largo era esperando la llegada de su salvador.»

IV.

«Caro nos costó aquel desahogo.»

«Tuvimos filípicas tremebundas, dietas forzadas, lecciones dobles, calabozos, en una palabra, de todo. Hasta oí decir que se habían extraviado algunos latigazos, y que, por acaso, se los vino á encontrar en las costillas nuestro director de manteo.»

«Pero el remedio fué mano de santo para el *Marquesito*. Cambió de conducta con nosotros y aún de ideas, comprendiendo que, si entre alguna clase de personas la igualdad no es una farsa, es entre los estudiantes. A veces, sin embargo, sus antiguas ínfulas de aristócrata apnntaban la oreja, pero entonces, para tornarle más humilde que un cordero, bastaba pronunciar estas palabras mágicas:

—Qué ¿ya no te acuerdas de la Cueva de las Mantas?» (1)

(1) Aquí el colegial puso su firma enteramente indescifrable. Aun en el curso de la anécdota que acabo de trascribir hay palabras y hasta renglones ilegibles que me ha sido preciso interpretar con cierta libertad.

Adviértolo francamente al lector, quien, por consiguiente, puede negar su crédito á los pasajes que le parezcan menos verosímiles.

IN ÆTERNUM.

MUSEUM IN AETERNUM

I.

Veíame obligado á permanecer en aquella aldea unas cuantas horas bien á pesar mío. El vuelco de la diligencia había sido causado por la rotura de un eje y era necesario esperar el paso de otro carruaje. El correo pasaba á las diez de la noche y eran las seis; cuatro horas pues de parada. Esto, suponiendo que hubiera asiento en el coche correo, por que de otro modo tendría que estarme allí hasta el día siguiente por la tarde. ¡Delicioso porvenir me esperaba!

Acostumbrado, sin embargo, á contratiempos análogos, me resigné bien pronto. Dejamos volcado en el polvo de la carretera el infame cajón que nos había llevado hasta allí, del cual salimos arrastrándonos, pero milagrosamente ilesos, los tres viajeros que me acompañaban y yo, y nos dirigimos al pueblecillo que se veía á corta distancia.

Era pintoresco en extremo. Multitud de casitas, desparramadas en un pequeño valle, se destacaban á trechos entre el espeso follaje del arbolado, perdiéndose detrás de una colina en cuya cumbre se elevaba la iglesia dominando el caserío y descollando sus blancos muros de moderna construcción sobre las humildes y ennegrecidas paredes de los demás edificios, como si quisiera simbolizar en este contraste la pureza de la idea religiosa enfrente de las mezquinas pasiones del mundo.

A un tiro de pistola de la carretera, y á la entrada de la aldea, vimos el cementerio, pequeño recinto cerrado por cuatro viejísimas tapias de groseros pedruscos desmoronadas ya en algunos sitios. La hiedra cubría en gran parte aquellos vetustos paredones, y creo que á ella debían el tenerse aún en pié más que á la cal empleada en su construcción. A impulsos de la curiosidad me detuve en aquel sitio, en tanto que mis compañeros se alejaban comentando con calor el accidente que había hecho un paréntesis en nuestro viaje.

La vista del lugar donde se duerme el sueño eterno lleva siempre al espíritu melancólicos pensamientos. El silencio que reina en derredor de las tumbas habla al alma con más elocuencia que todos los discursos. Es el sepulcro una misteriosa conjunción entre el pasado y el porvenir, pero sin presente que sirva de enlace á esas dos faces del infinito. En el transcurso de la vida vemos el porvenir que se precipita hácia nosotros con su carga de acontecimientos, los cuales constituyen presentes de odiosa desigualdad para los seres humanos: á unos les echa encima un pesadísimo fardo que les abrumba y tal

vez les aplasta; á otros les coloca debajo un pedestal sobre el que se elevan gozosos, y terminada su ciega obra, para lo que ha necesitado hacerse *presente*, se convierte en *pasado*. He aquí nuestro juicio. Pero ¿es exacto? No. Ante la tumba, el velo cae de nuestros ojos, y la ilusión, análoga á la del que yendo en un tren á gran velocidad se figura que la tierra pasa dando vueltas por delante de él, desaparece. Allí vemos que no es el camino el que corre bajo los piés del viajero, sino el viajero quien anda un camino inmóvil: no son los obstáculos los que se precipitan sobre el hombre, sino el hombre quien va á estrellarse contra los obstáculos.

Mirad un sepulcro; lanzad con los ojos de la imaginación una ojeada retrospectiva sobre la existencia del hombre que le ocupa; vereis un ser humano que viene corriendo á lanzarse al abismo de lo desconocido; percibis sus gritos de júbilo ó de dolor, según las impresiones que experimenta en su desordenada carrera; el nimbo de luz de la vida le rodea, y se traduce en pensamientos, proyectos, acciones buenas y malas..., De pronto, los gritos cesan bruscamente, la luz se apaga en un instante, y el cuerpo mudo é inerte desciende á la tierra. ¿Qué quedó de aquella existencia? Allí nada más que un recuerdo: aquel cuerpo es una materia esencialmente idéntica á la que le rodea.

¿Y el espíritu? ¿Se destruyó al propio tiempo que cesaron sus manifestaciones terrenales? Absurdo. La materia de ese cuerpo experimentará infinitas evoluciones, pero existirá siempre; ni un solo átomo será destruido. ¿Y había de ser de peor condición la parte más noble

del hombre, esa parte que piensa y ama, que ahora reza y cree, ahora maldice y duda, é imagen de Dios, vive simultaneamente en el pasado, el presente y el porvenir, siquiera sea de un modo imperfecto?

II.

La puerta del cementerio de aquella aldea no se hallaba en mejor estado que sus tapias: las tablas carcomidas por los temporales dejaban ver el interior del lugar bendito. Sobre ella leíase una inscripción, no muy vieja al parecer, y tan sentida, que no pude resistir el deseo de copiarla en mi cartera. En casi todos los cementerios de los pueblecitos asturianos se ven inscripciones semejantes, pero ninguna he leído tan delicada ni que más claramente revelase el alma de un verdadero poeta.

Decía así:

Quando las campanas
elevan sus ecos,
pidiendo oraciones
para los que han muerto,
no me dejes tan solo en la tumba,
por que tengo miedo!

Es decir:—A esa hora en que el día agoniza, en que las sombras de la noche invaden el espacio y borran los objetos, asemejando á la muerte, al envolver en sus tinieblas el alma del ser que abandona el mundo; á esa hora llena de melancolía que recuerda al hombre los seres queridos ausentes para siempre: á esa hora tan bien escogida por la iglesia para pedir al vivo que rece por sus muertos, ¡acuérdate de mí! Piensa que mi cuerpo reposa bajo esas hierbas agitadas por el viento que crecen sobre mi tumba. Pies indiferentes vienen á

hollarla sin reparo, y esa presión me ahoga.....¿Te asombras? Los muertos también sienten! Sienten el olvido de los que amaron, porque los muertos están solos con sus recuerdos y no pueden olvidar.....¿Que tu pensamiento me acompañe! ¿Que alguna vez la tierra que me cubre, sufra el peso de tus rodillas y reciba el santo rocío de tus lágrimas! Tengo miedo, mucho miedo á tu indiferencia: ¿no sabes que el dolor de los vivos es la mejor recomendación para el alma de los muertos?

El interior del Camposanto, que se veía por los intersticios de las tablas, acusaba un abandono casi completo; solamente en un rincón descollaba sobre aquel fondo verde una blanca losa, indicadora de que había allí un ser cuya muerte mereciera el privilegio del recuerdo. Deseoso de leer su nombre, escalé con facilidad las derrumbadas paredes y en pocos momentos me hallé junto á la losa. Era de mármol, y estaba cubierta en gran parte por la tierra sobrante de otra sepultura inmediata más reciente en la cual empezaba á brotar la hierba. Con el auxilio del bastón separé la tierra que tapaba los caracteres, no sin trabajo, pues las lluvias la habían apelmazado bastante, y leí un nombre entre dos signos admirativos:

¡CONSUELO!

Ni una fecha, ni el obligado *requiescat in pace* que se lee en todas las lápidas; solo aquel grito del alma, como si el sobreviviente no hubiera tenido fuerzas para decir más, ó lo hubiera dicho todo en aquel nombre. Hay palabras que encierran un poema, como hay libros voluminosos que no dicen nada.

¿Quién sería el autor de aquella dedicatoria? Un padre se hubiera atendido á las fórmulas usadas en los epitafios. ¿Un esposo? Tal vez, pero no era probable. La losa parecia muy nueva, y la tierra depositada sobre ella testimoniaba el olvido: un esposo hubiera sido menos romántico, pero hubiera olvidado más tarde.

Acaso un amante. A la muerte de su amada sintió un dolor profundo, cruelísimo, que grabó sobre aquella tumba en una exclamación: dolor que se evaporó como nube de verano, como el llanto de un niño. Pero ¿es posible sentir mucho y olvidar tan pronto?

Vivísima era la curiosidad que yo experimentaba por despejar la incógnita, empresa nada fácil en aquel lugar solitario, y no encontrando ningún otro detalle digno de atención, volví á escalar la cerca y encaminéme hácia el pueblo para reunirme con mis compañeros de viaje. Cuatro horas pasamos allí esperando el correo, que por fortuna iba desocupado. Durante este tiempo nos hubiéramos aburrido soberanamente á no haber tenido la suerte de entablar conocimiento con el médico de la aldea, del que la amena conversación nos hizo pasar un rato delicioso. Obsequiáronos aquel señor como si fuéramos antiguos amigos y llevó su amabilidad hasta el extremo de ir á despedirnos al coche. En el camino me refirió lo que yo deseaba saber: la muerte había destruido una dicha conyugal en sus comienzos arrebatando á Consuelo de los brazos de su esposo á los pocos días de su matrimonio. Tres meses más tarde, aquél exhalaba también su último suspiro, yendo á ocupar la sepultura cuya tierra cubría el nombre de «Consuelo»

El desdichado no pudo resistir el rudo golpe de la pérdida de su felicidad, y, á contar desde el día de la muerte de su esposa, viósele decaer rápidamente hasta que espiró.

No obstante, el sabio doctór que me refería esto, y que había asistido al difunto, diagnosticaba la enfermedad, dándola un nombre científico muy raro, que decía haber leído en sus libros.



El doctorado no es un título de grado, sino un título de posgrado que se otorga a quienes han obtenido un título de grado y han cursado un programa de estudios de posgrado. Este programa de estudios de posgrado debe ser de carácter académico y de investigación, y debe ser aprobado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) o por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

CORRESPONDENCIA.

CORRESPONDENCIA

I.

(Carta de Pepe Sanchi
á la señora doña
Dolores Pisandera
Per Llanes: en 'a Torca.)

Depués de mil trabayos
y cuatro mil belenes
que pasan per el mundú
los hombres que no tienen
con qué mandar á un ciegu
que cante, toque ó rece,
por fin allegué á ésta,
'onde, pe la presente,
todos estamos güenos:
yo, Juan, los dos Manueles
(el *Pintu* y el *Rabucu*)
y el tiu Perico Lepe.
Todos mandan memorias
pa' tí y pa' la so xente.

Me alegraré que, cuando
estas letras alleguen
á to poder, te jallen
tan saludab'le y juerte
como la noche aque'la
(jocio ocho dies ayeri)
que me mandesti al cuernu
por mor de..... ya me entiendes.
No quiero renombralo,
pos jora eso molete
sin gana y sin sustancia;
de aquello no te acuerdes.
Yo siento muy de veras
lo que pasó; y las pestes
que dixi y me dixisti
el demoniu las lleve,
dexándonos querenos
como Dios manda. Des 'que
gelví la espalda á Asturias
y no vi mas el verde
de praos y de cuetos
no tengo dia alegre.
Ni canto, ni jerrincho,
ni pienso más que en esi
rincenucu dei alma
y en cuándo podré vete.
Como las arandinas
que van per 'onde quieren
y ya suben, ó abaxan,
dan güeltas y se pierden

de vista, ó como un rayu
con sos alinas güelven
al nidu que en to casa
baxu el alar jecieren,
así el mio pensamentu
vase per 'onde vieni
y arreblaga los rios,
y disprecia las puentes,
y salta las montañas,
y como un rayu mètese
pe la to puerta á dase
el alegrón de vete.
Pero allí no te alcuentra;
y viendo que no puede
saber 'ónde te jallas
el probetucu güelve
más negru que la noche,
más triste que la muerte...
¡Dolores, Dolorinas;
por Dios, que no cortejes
con esos de la Habana!
¡Si lo jaces, me pierdes!
Dayos un güen bufidu
si acasu te acometen,
(que, cuando se te antoxa,
güenos se te apreviousen),
y así veraste libre
de todas esas xentes,
y yo estaré tranquilu;
y cuando el tiempu allegue

diremos pa' l' iglesia
xuntos, á que nos eche
la bendición el cura,
unciéndonos pa siempre.
Adios, jembra; te pido
que daque vez te acuerdes
de esti hombre, que no piensa
pa' nada en 'as muyeres,
juera de so Dolores.
Jasta la tuya

PEPE.

P. S.

Memorias á to madre.
á Quica la *Culiebre*,
al tiu Ramón el *Bígaru*,
á Nati, Sunción, Treni,
Colasa, Teresina
y al tiu Juan el *Pecebre*,
de parte de to amigu,
que lo e' de veras

PEPE.

II.

(A José Sancho
de la Juraca.
En 'a tiyera
de Villaparda..)

Muchu me alegro
de que te jalles
güenu; per esta
no hay novedades,

más que la muerte
de Antón Gonzali
que al dir al cierru
que tien' so padre
en 'a veguina
de Miramares,
cayó roldando
del cuetu Grande
y rompió el llombu;
ya lu enterraren.
Hay dos muyeres
agonizantes,
que son; Pepina
la de Cabrales
y la tia Curra.
Tamién to madre
sufre amenudu
de sos achaques,
pero al veranu
puede que sane.

—
De lo que dices
de los trabayos
que hay per el mundiu,
jágome cargu;
pero bien sabes
que aquí pasamos
la pena negra
pa' mocar algo.
Prontu tendremos

encima el sallu,
no hay una herba
per estos campos
ni en 'os jenales
y aunque jagamos
los impusibles
arreventando
co' la labranza,
siempre ha faltanos.
Si son asina
de probetayos
los de esi pueblu,
no han de pesavos
al dar la la güelta
muchu los cuartos.

—

Ayeri joise
Mariano el *Tuertu*
que era ya el últimu
de los tiyeros.
Cabóse el baile
pa' muchu tiempu,
y no queda otru
devertimientu
los dies de fiesta
más que el del xuegu.
Co' la baraxa
jacen dineru
muchas *tajuras*;
mete á una miedu

el viciu que anda
per esti pueblu.
Falta jacía
un escarmientu
pa' poner orden,
pos no hay respetu
ya á los pedriques
del cura nuestro,
que va á golvase
tochu de á jechu
si no consigue
poner remediú.

—

Eres el mozu
más celosote
que hay en Asturias.
Si me conoces,
sabrás que no uso
contemplaciones;
y sin el ruidu
de grandes voces,
con una fresca
despacho á un hombre.
Co' los indianos
no me provoques,
pos estó' jarta
de esas custiones
que ya me afieden;
como te portes
según me dices

en tos palotes,
vivi tranquilu.
Dai esprisiones
de nuestra parte
á Juan Margolles,
y al tiu Perico,
y á los bodoques
Pintu y Rabucu;
y no te inoxes
más con to amiga
que lo e'

DOLORES.



MAS CORRESPONDENCIA.



Preciso es que ocurra algún suceso extraordinario en casa de Benito Collera para que toda la familia se halle reunida á las nueve de la mañana.

Y no sólo está reunida, sino agrupada alrededor de la única mesa que hay en la habitación donde se verifica la escena que voy á describir. Pepa, cónyuge de Benito, apoya una cadera en el borde del citado mueble y cruza las manos sobre el vientre; Rosa, hermana de Pepa, está sentada enfrente de su cuñado. con el codo derecho sobre la mesa y la cabeza descansando en la mano correspondiente; Sunción, hija del matrimonio, moza tan sobrada de carnes como falta de ropa, acaba de llegar con una montaña de hierba en cima y, sin hacer más que tirar la carga, reluciente de sudor, colorada como una amapola y cubierta de hierbecillas desde el pelo hasta los pliegues más bajos de la saya, se ha situado entre su madre y su tia, dejando caer de golpe el busto sobre el tablero en que se apoyan aquellas, el cual ha crujido al recibir tan pesada mole. Con la postura que ha adoptado Sunción, sus curvas posteriores, ya muy

pronunciadas por naturaleza, destácanse como los muelles de un carruaje, mientras que las anteriores se desbordan por encima de los brazos. En proporción al abultamiento que han experimentado las formas, menguó la saya por detrás, dejando al descubierto.....

Afortunadamente nadie puede enterarse, salvo el lector... con los ojos de la imaginación; y éste puede mirar (aunque no debe) seguro de que la moza, ni cambiará de postura, ni se pondrá más colorada de lo que está.

Elías, granujín de nueve á diez años, hermano de Sunción, ha cogido un taburete poniéndose de rodillas en él y colocandlo sobre la desdichada mesa (que milagrosamente no se derrumba) los dos codos para apuntalar la cara, cuyas redondas mejillas comprimidas por las manos, ejercen presión á su vez en los ojos, rasgándolos hácia las sienes.

Todos miran gravemente á Benito, quien, sentado y en mangas de camisa, permanece silencioso con los ojos fijos en un plieguecillo de papel rayado que tiene de lante.

Como se habrá comprendido trátase de escribir una carta. La primera que cruzará los mares para ir á alegrar el corazón del hijo enviado á Cuba el último otoño.

Trascurre un breve rato sin que Benito manifieste intenciones de poner manos á la obra. En todos los semblantes empieza á pintarse la impaciencia: Elías se cansa de su inmovilidad y varía de postura.

Por fin, el cabeza de aquella familia se inclina hácia adelante: «Ya era tiempo,» dicen para sí las mujeres y

lanzan un suspiro de satisfacción. Mas ¡oh desencanto! Benito alarga el brazo para apoderarse de la caja de cerillas que está junto al plieguecillo de papel, enciende una y con ella el cigarro que tiene en la boca; después se rucuesta nuevamente en el respaldo de su taburete y en diez minutos no da más señales de vida que el movimiento de sus párpados y el del cigarro al ser trasladado con la punta de la lengua de un extremo á otro de la boca.

La impaciencia de los espectadores crece: Elías revuelve sus piernas como si un ejército de pulgas hubiera traspuesto las fronteras de sus calzones de mahón.

—¡Mejor tamborilada que vas á llevar, si no te estás quietu!—le dice su madre.—¡Te aseguro que va á ser *de mi flor!*

¡Bae! Yo canso... ¡Asina!

—Pos, si cansas, aguanta ó vete per í juera.

El muchacho conserva todavía un resto de curiosidad y opta por la primera intimación.

Pasado otro ratito, durante el que sólo se oye el ruido que produce la respiración de los circunstantes, Benito vuelve á incorporarse.

Renacen las esperanzas de todos con este movimiento; el que es objeto de ellas detiéndose, parece vacilar..... Su cuñada, viendo la vacilación, no puede resistir más y exclama:

—¡Tavía no va de ésta!

Benito la mira y sigue callado.

—¡Güen bazu te tocó en suerte, mió jiyu!—insiste:

Rosa.

Ni por esas.

—Pero hombre ¿cabras ó qué jaces?—dice Pepa.

— ¡Falta que había empezau!—contesta Rosa.

—Se vos figura—dice por fin Collera muy sosegadamente—que no hay más que ‘garrar la pluma y allá vá. E’ menester pensalo.....

— ¡Ni que joras á poner un memorial á la reina!

—No vo’ á poner un memorial á la reina—dice Benito, parodiando el acento de su cuñada con cierto dejillo gangoso.—Vo’ á escribir á un jiyu, e’ verdá; pero como no coxo la pluma tan amenudu como la guadaña, no se me arregla.

—El comer y el arrascar no quier’ más que empezar—apunta Sunción para animarle.

—Puede que tengas razón. muchacha: vamos velo agora mesmu.

Y, dichas estas palabras, Benito echa mano á la pluma, la estrega contra el pelo, destapa el frasco de la tinta y hunde aquella en éste con la misma delicadeza que emplearía para poner un estadoño en el correspondiente agujero del carro.

— ¡Pero esti frascu no tien’ tinta!—exclama mirando el punto, que ha salido seco, á pesar de haber dado una furiosa acometida al fondo del tintero.

Para cerciorarse, Collera repite la operación y obtiene el mismo resultado.

—No e’ milagru— observa Pepa.— Tenía un poquín que nos emprestó el Sr. Maestru ya va ma’ ‘e tres meses y co’ ‘l calor, secaríase. Mandaremos al rapaz á ca’ de Ramón el *Citote*, que esi tien’ bien de ello.

—Pos ve sin parar —dice Benito á su hijo.—Pero, lleva el frascu, pollín!—añade viendo que Elías echa á correr,—¿Onde lo vas traer sinó?

Mientras el rapaz vuelve con la tinta se procede á la vigésima lectura de la carta del ausente, que está ya ilegible de puro arrugada y mugrienta. ¡Como que ha tenido que pasar por las manos nada límpias de todos los parientes y amigos! Pero Benito la sabe de memoria y lee sin grandes tropiezos. El indiano dice que está contento; tuvo la suerte de dar con un principal bondadoso y entrarle por el ojo derecho, merced á lo cual el chico hállase como el pez en el agua. Está «bien comido, bebido, lavado y planchado;» el trabajo no le mata y le pagan por él más de lo que merece. Por San Martín enviará un piquillo á su padre para que pague las rentas y tenga con qué habilitarse.» -

—Bien despunta Usebio —dice Benito cuando termina la lectura.

—Como no nos lu maleen...—contesta Pepa.

—Elli tien' un fondu de lo mejor; y con esos cimientos y el güen ejemplu que vió en so casa, no e' fácil que lu echen á perder.

—Las malas compañías pueden muchu, Benito. Así principió el jiyu de Cleto y ya visti en qué paró después.

—¡Siempre habeis de dir á lo peor! ¿Habíamos nós de tener tanta disgracia...?

La llegada de Elías interrumpió á Collera. El muchacho pone encima de la mesa el tintero, con una tan pequeñísima cantidad de tinta que hubiera cabido en un dedal.

—El *Citote* no dirá á pedir por rumbos—observa Benito después de hacerse cargo de la cuantía del regalo, —En fin, como dicen, «del llobu un pelu.» ¿Díxote algo?

—Preguntóme que pa' qué lo quería.

—Eso sí; más amigu de saber que ellí, no hay otro. Y ¿qué i respondisti?

—Que era pa' escribir á Usebio.

—Debisti contestai que era pa' llavame las manos Miren que i emportará.....

Destapado nuevamente el tintero, Collera introduce en él la pluma y sácala cargada del negro líquido, empezando á trazar un rasgo sobre el papel con mucho agarrotamiento de dedos, torcedura de boca y fuertes resoplidos.

Aquella primera letra, aquella *ce*, grande, hermosa, llena de tortuosidades y gorda como un diente de pradera, va á tocar á su término. Siete paletadillas de tinta ha costado pero ya la pluma llega á la parte inferior é inicia el cambio de dirección hácia arriba, cuando una catástrofe imprevista viene á hacer fracasar la obra: clávanse los puntos en el papel, resisten el impulso que quiere darles la mano, muellean y por fin se desprenden bruscamente, lanzando un lavativazo que acribilla el semicírculo de la letra.

Benito lanza un terno y quédase mirando el desastre sin saber qué hacer; pero Pepa, más avisada, exclama:

—¡Llámbligo, llámbligo de seguida, por si nó después no se quita!

Collera obedece. Gracias á este fregoteo lingüístico palidecen los borrones juntamente con la letra. Pero la

pluma quedó inútil: uno de los puntos, enteramente comido por la roña, se ha roto.

Hay además otra víctima del siniestro: Elías, que al ver á su padre soltar aquella descarga sobre la letra medio hecha, á copia de tan penosos esfuerzos, rompió á reir desaforadamente y concluyó llorando á gritos por obra y justicia de su madre, quien irritada ante aquel desacato filial, propinó al rapaz la *tamborilada* prometida.

Como no hay plumas de repuesto en casa, trátase de enviar otra vez á Elías á la del *Citote*. ¡Que si quieres! Bueno está el muchacho para desempeñar mensajes. Ni ruegos ni amenazas logran vencer su terquedad, y cuando Pepa va á repetir el correctivo anterior, compadecida Sunción de su hermano interviene diciendo:

—¡Probetín! Déxenlu, que yo diré.

Y va la mozona á casa de Ramón el *Citote* y vuelve al poco rato con la pluma, y cobrando ánimos Benito, restaura la *ce*, y traza á continuación una série de letras de notable corpulencia. Tan grandes son, que la raya del papel no puede sostenerlas, sin duda por su excesivo peso, y van cayendo gradualmente, hasta que la última del renglón descansa en la línea inmediata.

Aprovechemos, para leer lo escrito, la trégua que el pendolista se toma. Dice así:

Cerido usevio

Entusiasmado con el satisfactorio éxito de su primer ensayo, Benito no tarda en empuñar nuevamente el arma gramaticida; escribe otro renglón que ya no cabe en el espacio comprendido entre dos rayas, después otro

que abarca dos espacios, y así continúan despeñándose las letras hasta la terminación del párrafo primero, que es leído con gran solemnidad por su autor á la familia.

Pudiéramos conformarnos con la lectura de Benito, que se oye perfectamente, pues los circunstantes apenas respiran por no perder ni una sílaba; pero como así nos privaríamos de admirar las veleidades ortográficas del pendolista, es preferible transcribir aquí el texto con todas sus pintorescas anomalías. A saber:

*Cerido usevio mealegra reces tas cortas
linas tea Llenen lamascon peta Saluce iopara
Mi deseo lanusta Es vena palo cegus Tes madar.*

—Y agora ¿qué más i digo?—pregunta Collera á las mujeres después de leer.

—Pon, que nos alegramos muchu de que esté acomodau tan guapamente—dice Pepa.

—Y que tenga juicio y no se dexé llevar po' las malas compañías—añade Rosa.

—Y que la *Parda ensiña* una barbaridá y prontu nos dará un xatín—agrega Sunción.

—Y que vo, ya pel libru segundu—concluye Elías.

—¿No vos pide más el cuerpu?—dice Benito.—Pa' poner todo lo que dicís, jacia falta un papelón como el que i mandan al Sr. Cura de Oviedo.

—Todo está dichu en cuatro palabras...

—Dichu, sí; pero escribiéndolo, medra una atrocidá.

—Pon lo que quieras dentonces.

—A eso vo.

La pluma de Ramón el *Citote* vuelve á culebrear sobre el papel y deja escrito lo siguiente:

*usevio pues mucho bien nos paee
eeai gas al contao ese acoModo icel Amo se
porte bien con Tigo pues deseo cetucun pas con
tu oBigacio pues asitape ziaran mas.*

Léese este párrafo con la misma solemnidad que el anterior; le aplaude el auditorio y, previos algunos comentarios é indicaciones, Benito escribe:

*usevio pues sabas cesTe ano Noe
boto nada pormo Tibo alaseca ianda mos
Mal conel ganao pues la Parda es tapa
Parir enaota te dire sies gato ogata.*

—Contesta á lo que diz' del dineru que piensa mandanos—advierte Pepa á su marido.

—Y digai que nos escriba más á menudu—dice Sunción.

—¡Y que ya vo' pel libru segundu!—repite el muchacho.

—A tí no te dan vela en esti intierru—le responde su padre.

—¡Pos yo quiero que Usebio sepa que vo' pel libru segundu... Asina!

—Yo si que vo' date un mazca-jabas que te frique esa lluenga, á ver si callas d' una vez.

Con este apercibimiento Elías cierra la boca aunque de mala gana.

Collera sigue escribiendo y un buen rato después lee estas líneas:

*usevio pues nonos Bendan mal
esos cartucos cepien sas mandanos pues acisien
pe estamos con Faltaco mosaves*

*pues sabas cesun Cion dize rescibas
mas amen udopace Sepauos deTi*

—Paezme que ya estevo güenu.

—¿No i mandas un abrazu de mio parte?

—¡Y de la mia!

—¡Y de la mia!

—Y memorias del sancristán.

—Y del tiu *Caifás*, que encargó muchu que no se nos olvidaran.

—Y de Juana la *Pandorga*, que siempre me pregunta por elli.....

—¡Y de la vaca parda y el gatu roxul! —grita Benito.

—¿Cabareis de atroneyame? Ya sé yo que pa' rematar una carta e' precisu poner memorias; pero didevos despacin y no amontoneis tanto xentíu de un golpe. Conforme yo vaya poniendo, dide cuntandó...

Docena y media de nombres tiene que escribir Collera y aún no da gusto á las mujeres, las cuales incluirían de buena gana á todos los habitantes del lugar; pero se agota la paciencia del buen hombre con semejante letanía, corta por lo sano y da fin á su trabajo en esta forma:

.....isaBes tecie ve tu Pade cesta desiendo avazate celoes

BENITO COLLERA

—Léimosla toda pa' que saquemos más sustancia— le suplica su cuñada.

Benito accede y cuando concluye, le dice su mujer:

—Está de lo bien. ¡Qué contentu va á ponese el mió jiyu al recibila!

—Paez' cosa de bruxería—dice Sunción, mirando fijamente cómo su padre introduce la carta en el sobre—que un papelín así pueda parllar y que Usebio, dende tan alluendi, sepa lo que diz' con echai la vista encima y sin que nós i digamos lo que ponió padre.

—¿Qué responderá el mió sobrinu?

—Cuando escriba, te lo diré—contesta Benito en son de burla.

—¡Mira qué milagru!

—Pos é' un milagru que vos no podeis jacer.

—Porque no tuvimos quien nos aprendiera.

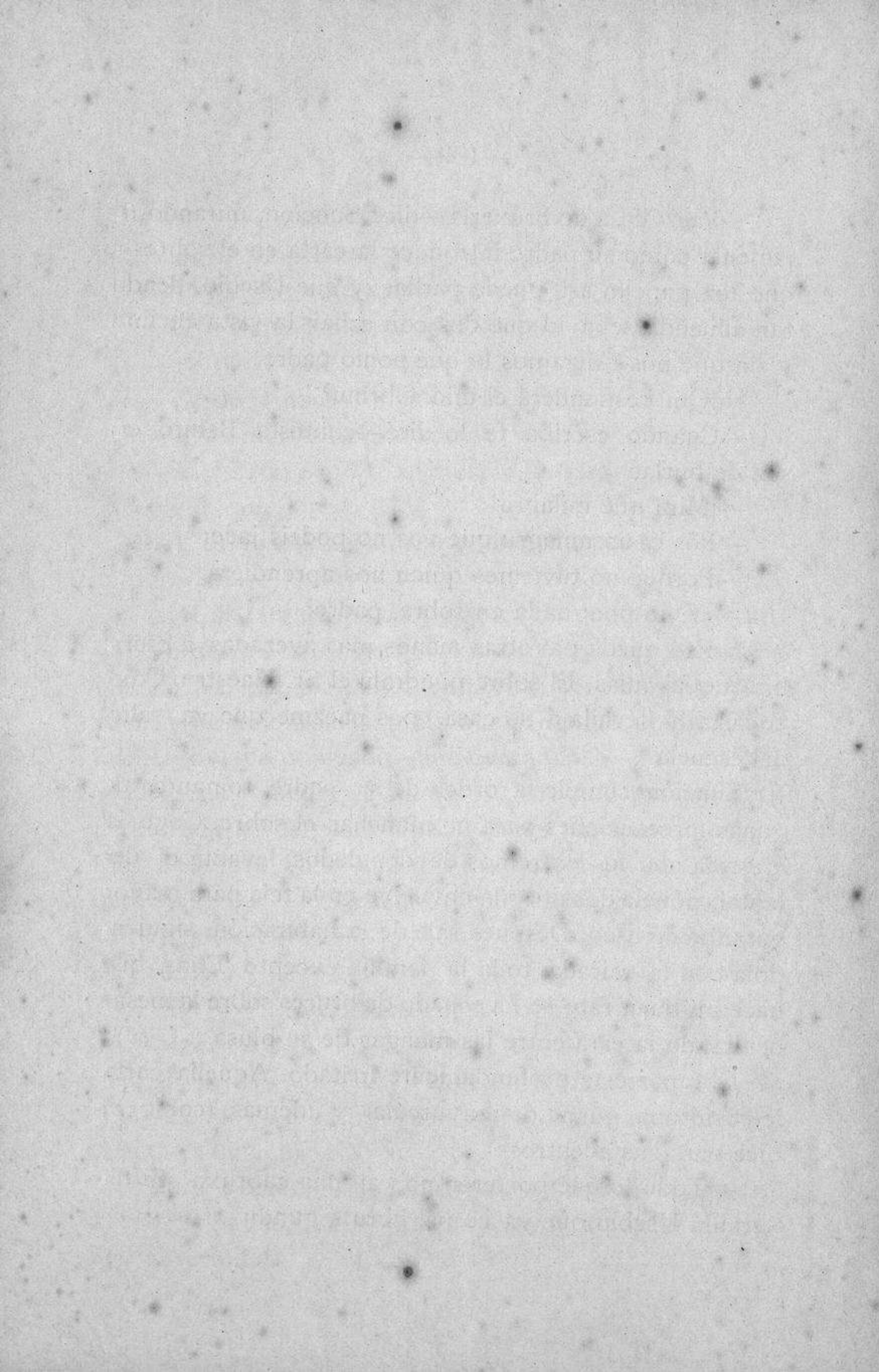
—¿Y no pon' nada en sobre, padre?

—Eso queda pa' otras manos más avezadas á escribir que las mias. El sobre pondralu el Sr. Maestru. Coxí la carta y llévaila á so casa, pos paezme que ya salió del escuela.

Sunción cumple la orden de su padre, tomando algunas precauciones para no manchar el sobre. Coge la epístola con los extremos de dós dedos, levanta el delantal, pónela debajo y la envuelve en la tela para mayor garantía de aseo. Después sale de la habitación, siguiéndola con la mirada toda la familia excepto Elías, que hace un buen rato se ha echado de bruces sobre la mesas ocultando la cara entre las mangas de su blusa.

El rapaz está profundamente irritado. Aquella carta le costó una guantada mayúscula; y además, (como el dice para sus adentros):

—Todo lo que ponieren no val' una cabruxa. ¡Si dixeran á Usebio que ya vo pel libru segundu....!



LAS DOCE PERRONAS DE ANTÒN.

THE GREAT BRITISH MUSEUM

Con el sombrero echado atrás, dejando al descubierto la frente y algunos mechones grises de pelo cerdoso; la cabeza alta, la mirada brillante, el inmenso paraguas al hombro á guisa de fusil, sujeto por la mano derecha que oprimía nerviosamente el puño de cuerno, en tanto que la izquierda se columpiaba siguiendo el compás de los piés, cuyos entachuelados zapatones herían vigorosamente el asentado de la carretera, caminaba nuestro héroe, á ratos entonando á media voz una marcha militar que había aprendido sirviendo al rey allá por el año sesenta y á ratos silencioso, pensando en los incidentes que le ocurrieron durante su corta permanencia en la villa y en el feliz desenlace del asunto que le había sacado de casa, y hasta de sus casillas.

La verdad es que el negocio era feo. Antón, viéndose falto de combustible, se tomó la libertad de podar... ¿qué digo podar? desmochar un frondoso roble perteneciente á su convecino Fael Quiñones. Y lo hizo una mañana en que llovía «si Dios tenía qué», figurándose el mentecato que la impunidad quedaba asegurada con el temporal, pues no era presumible que ningún cristiano anduviese por el monte. Pero «si po' lo menos,» como

decía la mujer de Fael: «las cosas jáganse que, saber, han sabese.» Viéronle Tivo Pradera y Ramón Trenca encaramado en lo alto del roble echando cañas abajo «como cuentu 'e risa» y verle, ir corriendo en busca de Quiñones y referirle el caso, fué obra de muy pocos minutos. Fael «no joi allá por no perdese en aquel mesmu autu,» pero fué á Llanes y sacó *la papeleta*.

Cuando Antón entró en el portal de la Casa Ayuntamiento y vió al demandante esperando que le llamasen para celebrar el juicio, «se i cayó la cara de vergüenza» y no tuvo fuerzas para levantarla hasta que Bruno Balmori, que también estaba allí, tomó cartas en el asunto diciendo á Fael:

—Véovos como riñidos; ¿e' que venis á tirar daque juicio?

Quiñones contestó afirmativamente.

—¿Y sobre qué, si se pue' saber?

—No e' nengún misteriu—dijo Quiñones; y enseguida, refirió el caso.

—Mala estevo esa aición.....

—¿Qué si estevo...?—interrumpió con calor Fael.—Déxola pa' ente infieles sin bautizar, pos esas cosas no son de cristianos.

—Asóbrate la razón, Fael; la verda' sea dicha—repuso Bruno.—Pero ente vecinos paez' mal la justicia. Todos necesitamos unos d' otros y e' menester perdonar pa' que nos perdonen.

—Lo que e' menester e' que pongamos una memoria, á ver si atornamos la sinvergüencería que hay en pueblu. Sino, van á comenos pe los piés.

—Paezme que nengún provechu sacas tú de que metan á Antón en 'a alcarcel y la curia i lleve la probeza que tien'. Si elli está en pagate daños y perjuicios, á más de la papeleta, de mi mal conseju debías levantar el brazu.....

—En eso esto'—dijo aquí el demandado.—Yo no me salo de la razón y paezme justu abonar á esti hombre el dañu que i jeci en so propieda', como también lo que emporte la papeleta.....

—Bien te rieras de librar á tan poca costa. No, no; *Refael* Quiñones no se conforma con eso y hemos ver lo que da la ley.

—Mal jechu, Fael—contestó Bruno.—Cuando el hombre su humilla y reconoz' sos faltas debemos compaecnos de elli. Otra cosa, jora tener el corazón más duru que un cantu.

Quiñones no se convencía; pero Bruno tampoco quedaba satisfecho con ver perdido su laudable trabajo de conciliación, y tanto insistió, y tan buenas razones expuso, que el demandante concluyó por ceder, recibiendo allí mismo de manos del demandado el importe de la papeleta.

Después fueron á una tienduca donde Antón compró un pañuelo de cretona «pa' la so jembra,» á quien «i faltaba muy pocu pa' andar á morru, pos el pañuelu que tenía era un puru juracu.» Estuvieron los tres en amistosa plática hasta muy cerca del medio día y entonces se separaron, emprendiendo Antón solo el regreso á su pueblo.

—¡Qué parcialón y deportosu e' Bruno!—iba pen-

sando el aldeano.—Si no había sidu por elli, á esta hora tengo la setencia encima de las costiellas y puede que me habían metidu ya en trullu... ¡Lo que val' un hombre de cabeza y de güen corazón! Ya puedo estai bien agraecidu... No se me olvidará, no; ¡unque viva mil años!

Al llegar aquí, las ideas de Antón siguieron otro rumbo.

—Marica diz que nunca me acuerdo de ella pa' llevai algo de la Villa..... Pos esta vez no podrá decir otru tantu—y Antón sacó el pañuelo que había comprado.—¡Tres riales!—añadió después de examinarle.—No me paez' caru. Y agora que me acuerdo, vo' ver lo que gasté pa' dai la cuenta á aquella... no sea que me trabuque y tengamos función. Catorce riales de la papeleta y tres del pañuelu, jacen..... ¡Cómo! Esta si que e' gorda. ¿A que no sé cuntar? A ver: estos tres dedos son tres riales; catorce, quince, deciseis y decisiete..... Justu, decisiete riales. ¿Dexé per allá alge más? Paezme que no. Saqué de casa venticuatro, por manera que me asobran..... Quien de venticuatro quita decisiete, queda en... No lo sé: pe los dedos sacarelo mejor. Jasta esti, cuntaba decisiete; co' 'l mañín, deciocho; los cinco del otra mano, decinueve, venti... y tres son ventitres, y el mata-pulgas que me quedo atrás, venticuatro. La cuenta. A ver cuantos son: unu, dos, tres... siete... Cabal; siete riales me asobran.

Para comprobar este resultado, Antón sacó del bolsillo unas cuantas monedas de diez y cinco céntimos; contólas, se detuvo, rascóse la cabeza, volvió á andar, tornó á detenerse, á contarlas y á introducir los dedos

entre el revuelto pelo. y después de pasar repetidísimas veces las monedas de una mano á otra, enumerándolas, exclamó estupefacto:

—¡Recolle! ¡Mas que me güelva burra no saco más que dos riales y una perrina...!

Y siguió andando, no ya con la cabeza alta y la mirada alegre sino cejijunto y de mal humor.

Ante aquella diferencia entre el dinero que tenía y el que debía tener quedó consternado. Lo primero que trató de averiguar fué la cantidad precisa que le faltaba. Haremos gracia al lector de la série intrincada de cálculos de que se valió para despejar la incógnita; baste decir, que anduvo más de un cuarto de legua antes de dar con ella. Por fin supo que el deficit ascendía á la enorme suma de «doce perronas.»

—¿Pero gastaríá yo algo más de los decisiete riales? No puede ser; nada merqué, juera del pañuelu pa' Marica; nada di (¡güenu ero yo pa' dar!) sacaos los catorce riales á Fael..... Pos dentonces ¿'onde diantres joren esas doce perronas? ¿Tendré daque juracu en bolsu? Tampocu—dijo después de volverle hácia afuera y reconocerle detenidamente.—Bien arremendau y recosidu está elli..... Esto e' pa' golverse unu tochu. Y ¿qué va decir la mio jembra? ¿Qué descarte i vo' dar? Tan ajorrada como ella e'..... Ya puedo tapame las oreyas por no oíla. ¡Bae, que el diablu nunca está jol...!

El soliloquio de Antón fué interrumpido por un accidente inesperado: el aldeano acababa de tropezar con uno de los montones de piedra que bordean la carretera y no pudo terminar la frase. El sombrero fué rodando

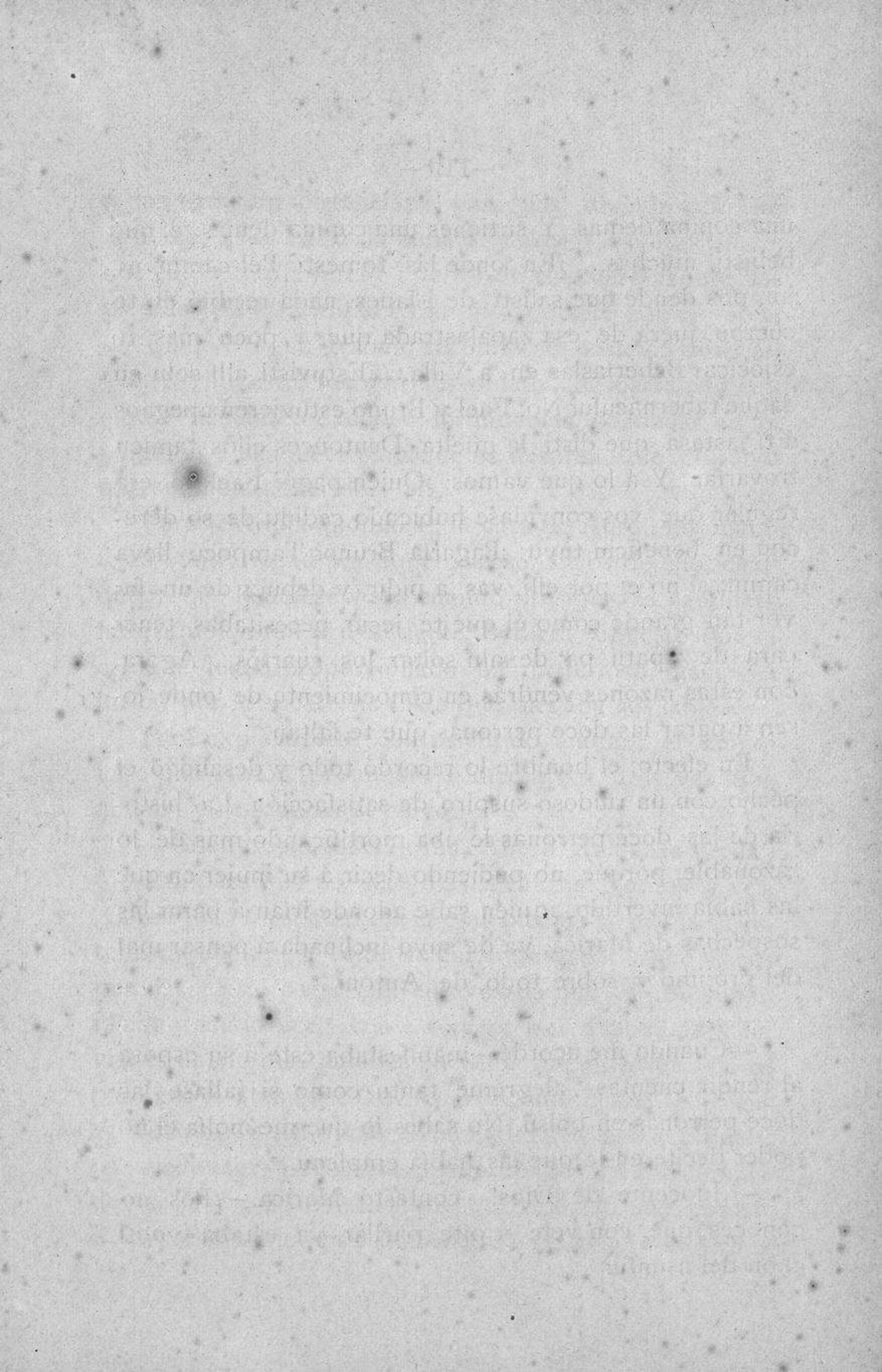
á dos varas de distancia; el paraguas, abandonado por la mano, bajó hasta la cuneta y Antón cayó al suelo, quedando con la mitad inferior de su cuerpo sobre las piedras y la otra mitad en íntimo contacto con el polvo.

Costóle algún trabajo recobrar la posición vertical. Conseguido esto, recogió los objetos desparramados y siguió adelante, dándose formidables palmadas en el pantalón y chaqueta para que se desprendiese el polvo que se había adherido.

Pero ¡extraña anomalía!; la cara de Antón no manifestó contrariedad por aquel suceso. Lejos de ello, cualquiera que le huiese visto cuando prosiguió la caminata interrumpida tan bruscamente, hubiera supuesto que la caída le había proporcionado un misterioso placer, á juzgar por la socarrona risita que plegaba sus labios.

Para explicar este contrasentido anotaré el monólogo que Antón pronunció á media voz, á la vez que andaba y se sacudía el polvo:

—Güen rocín estás jechu, Antón, valga la verda'. Mentira paez que no seas más alcanzau. Vamos á ver: ¿Cómo justi á espatarrate 'n esas piedras siendo la carretera tan ancha? ¿Y cómo se entiende que tú, que sacas una cuenta sin parar, por enrevesada que sea, no supieras va pocu lo que jacen catorce y tres? Dende la Villa vienes dando más patadas en vanu que en firme: ¿no te paró eso la atención? Otra cosa: ¿Cómo e' que se te encandilan tantu los ojos? ¿estás malu? No; nada te duel'. ¿Asucedíerente cosas apaeccidas antes de agora? Sinfinidá de veces. Y ¿cuándo? Siempre que tomesti una copina demás. Pos siendo así, al asucedete agora, é' que tienes



LA FERIA DE SANTA LUCÍA.

LA PENNA DE SANTA GIOIA

I.

Cosa excelente es hallarse en condiciones ópticas de apreciar con entera exactitud los objetos que nos rodean para no caer en errores que siempre son dañosos (porque está en su naturaleza serlo) y que, algunas veces, ocasionan perjuicios irreparables.

Sobre todo, el concurrente á una feria, necesita más que nadie del primero de nuestros cinco sentidos. Allí se reúne una inmensa muchedumbre de gentes, honradas en su mayor parte, sin duda alguna, pero que van con objeto de hacer negocio, y, cuanto mayor sea este, tanto mejor se realizan las miras del negociante. El que va á vender, aunque sepa con exactitud el valor de su mercancía, si puede óbtenerle doblado, lo hace sin el menor escrúpulo. Como no puede realizar un lucro tan exorbitante sinó aprovechándose de la simplicidad ó ignorancia del comprador, resulta el contrato una verdadera estafa. y, sin embargo, es lícito, frecuente y hasta justo y racional bajo cierto aspecto. Si el género, por

una circunstancia cualquiera, se deprecia de un modo considerable en tales términos que su propietario tenga que perder en la venta, ¿hallará éste algún comprador tan bondadoso que le diga: «Ya sé que eso vale veinte y te ves obligado á darlo por quince; toma los veinte para que no pierdas?» Claro que no; y como el caso no sólo es posible, sinó efectivo muchas veces, de ahí que, el que venda, procure tomar la revancha, si ya le ha ocurrido, y si no, conseguir un fondo de utilidades para ponerse á cubierto de una contingencia semejante.

Pero, dejémonos de disquisiciones mas ó menos filosóficas acerca de la mala fe, proverbial en las operaciones mercantiles, y vamos á la feria, teniendo cuidado de «abrir bien el ojo,» no porque vayamos á vender, ni á comprar, sinó por que vamos «á ver lo que hay» y, para este fin, nada más adecuado y provechoso que llevar los ojos abiertos.

Por otra parte, la feria no está exenta de peligros ni para los mirones: el piso nada deja que desear en punto á lodo, y esta sustancia es tan irritable de suyo que, si la pisamos, acomete furiosa á nuestros pantalones llenandolos de viruelas; las piedras, confabuladas con el fango se colocan al paso del transeunte distraido, quien, ignorando que le detienen por los pies, avanza confiadamente la parte superior del cuerpo y con esta acción temeraria coloca el centro de gravedad fuera de la base de sustentación, lo cual suele valerle dejar estampada su figura en el fangoso pavimento; los que llevan madreñas no acostumbran guardar todas las consideraciones debidas á los callos de las personas calzadas

de otro modo, y, si destrozan un pié, suelen incomodarse con su propietario porque tuvo la poca precaución de ponerle debajo. Hay, pues, que ver donde se pisa y procurar que no nos pisen. El ganado sabe perfectamente que no es responsable de los desafueros que cometa, y algunas vacas aprovechan sus privilegios para obsequiar con una patada ó un *encunamiento* al curioso que, desconociendo las reglas de la tauromaquia, no acertó á echarse á tiempo fuera de la suerte. Para estos casos conviene saber aquellos consejos de la zarzuela *En las astas del toro*:

Si la oreja izquierda tuerce,
hácia la derecha irá;
y, si tuerce la derecha,
por la izquierda tomará:

y, por consiguiente, llevar los ojos muy abiertos para poder apreciar esas corteses indicaciones orejiles de las bestias de puntas y encomendarse á la Santa patrona del ferial.

No faltará alguno que conteste con el Barón de la mencionada zarzuela:

Me divierto como hay Díos
si á la par mueve las dos.

Para todo hay remedio en este mundo menos para la muerte, y el de la dificultad expresada en los anteriores últimos versos es el siguiente, según Montes, Lagartijo y otros autores respetables: «Teniendo en cuenta que el movimiento de una oreja determina el lado por donde está el peligro y marca la salida por el lado contrario, la oscilación de ambos apéndices á la vez signi-

fica de un modo evidente que la salida más segura y cómoda es por el rabo.»

Todo es cuestión de agilidad.

A más de los expresados riesgos, hay otro que, si bien en este honrado país es algo raro, no puede decirse que sea totalmente imaginario, puesto que han ocurrido casos, circunstancia que nos pone en el doloroso compromiso de sospechar que seguirán ocurriendo. Me refiero á la curiosidad que manifiestan algunas personas de saber la hora marcada por el reloj que llevan ustedes en el bolsillo; esas personas ordinariamente son gentes muy bien educadas, enemigas de causar molestias de ninguna especie al prójimo y, en vez de preguntar lo que desean saber, lo cual obligaría á ustedes á echar mano al bolsillo, introducen la suya, enterándose por sí propias y procurando que ustedes no se enteren. Sucede también á los expresados sujetos, que se dejan olvidado en casa el pañuelo, y sabida es la incomodidad que proporciona la privación de esa prenda, sobre todo en tiempo frío; por consecuencia, toman el de cualquier descuido, interpretando sus generosos sentimientos. Como esa especie de *curiosidades é interpretaciones* no á todos agrada, para evitarlas, conviene estar alerta á fin de decir la hora al que insinúa deseos de *tenerla*, y mostrar al buscador de pañuelos la tienda en donde podrá adquirirlos baratos, aunque no tanto como él quisiera.

Muy entretenido con estas reflexiones, dirigíame paso á paso á la feria, *quebrando* con frescura y serenidad en la misma cabeza de las reses que hallaba en la carre-

tera. Verdad es que iba delante de mí un jóven torero del país, acompañado (el jóven torero) de su esposa y de otra muchacha: esta vanguardia ilustrábame acerca de las intenciones pacíficas ú hostiles de los cornúpetos, lo cual contribuía no poco á dar aplomo y dignidad á mi marcha, que, de otro modo, hubiera sido algo más tortuosa.

Así como al aproximarnos á una ciudad encontramos á cada paso indicios de la exuberancia de vida que no puede contener y que se desborda irradiando en todas direcciones, al acercarme á la feria veía multitud de detalles característicos que la denunciaban. Aquí una mujercita con una cuerda amarrada á una pata del animal llamado por los judíos inmundo: allí un hombre que venía detrás de dos vacas uncidas; y, entre éstas, un ternero casi colgando del cordel que le sujetaba por el pescuezo: más allá una vacada completa, cuyas reses llevaban en los cuartos traseros sendas cuchilladas indicadoras del fin próximo de los pobres animales: á veces un grupo de mujeres, con sus correspondientes cestas, cruzábase conmigo dejando tras sí un olor á queso de Cabrales que tiraba de espaldas: ya, veía venir á un aldeano con la ahijada horizontal á lo largo de los hombros y los brazos apoyados en ella, colgando hácia adelante: ya, eran unos cuantos ginetes que pasaban hablando y riendo á carcajadas y que, al cruzarse con el carruaje que iba en dirección opuesta lleno de gente, interpelaban á los de arriba, salpicaban á los de abajo de lodo, insultaban al cochero y seguían á trote largo sin dárselos un ardite de las maldiciones con que eran

correspondidos: muchos, tan poco madrugadores como yo, dirigianse á la feria, unos de prisa, otros lentamente, según el carácter ó la urgencia de cada cual, saludando á los que volvían y cambiando con ellos estas frases y otras análogas:—¿Vendisti?—No.—¿Había marchantes?—Pocos y probes.—E' que tú eres de gordu bocau.—¡Home, no estó pa' vender al desbarate! Y tú ¿vas á comprar?—Pocu más de nada: un quesucu y unas trencas.—El quesu dicen uue no e' muy güenu esti año.—Dentonces déxolo per allá.—Jasta la güelta!—Adios.

—¡Chachu? ¿Vienes pa' la feria?

Esta pregunta hízola el mozo que me precedía en carándose con otro que estaba á la puerta de una casa en uno de los pueblecitos próximos á Posada.

—No.—dijo el preguntado.—Ya estevi ayeri. Hoy tenis mal camín'. ¡Mira, mira!—añadió dirigiéndose á la esposa de su interlocutor.—Mira que abarconas lleva esa! Paecen dos lanchas vaporas!

—A lo payu..... Como quien las lleva—respondió la aludida.

—Pero, meti esos escarpinos pa' dientro, que vas ensiñando los cancañales..... Después que vos casais, no vos dá más por todo.....

—¡Mayor provocativu.....! ¿Per 'onde ensiño los cancañales?—Y, al decir esto alzó sucesivamente las dos piernas para probar lo calumnioso de la imputación.—Valiate más estar allá dientro y no en esa puerta envergonzando á los que pasan.

—Chacha, si falté, perdonar.....

— ¡Cuernos pa' tít

Y la moza, dando una rabonada, precipitó el paso seguida de sus compañeros, quienes se despidieron del jóven «provocativu» riéndose del lance.

Algunos minutos después avistábamos el término de nuestro viaje.

II.

La Iglesia de Posada en lo alto del pequeño cerro cuya falda roza el camino, parecía presidir el ferial: más abajo del templo y á la izquierda, la casa-escuela rodeada de ganado; á la derecha, otro respetable rebaño sembrado de cabezas humanas y, entre los |dos, la carretera seguía recta para elevarse un poco más allá, como si quisiera preparar el salto del río de San Antolín á favor de una pendiente rápida. La luz del sol, velada por una cortina de nubes, caía pálidamente sobre la escena, á la cual prestaban animación los rumores de cien conversaciones en alta voz, los mugidos de las vacas, el cascabeleo producido por el ir y venir de los coches, el relincho de los caballos, las voces de algún aldeano para tranquilizar á su res, que, aburrida de tantas horas de quietud, corneaba á la vecina por entretenerse en algo..... Ruidos y notas que se mezclaban formando un murmullo confuso y propagándose con intensidad, gracias á la calma de la tarde y al inmenso tornavoz de las nubes que ocultaban el azulado espacio.....

Este conjunto desaparece como por encanto cuando se llega á la feria. Aquella mezcolanza de rumores, aquel *rum rum*, se borra al destacarse, independientes unos de otros, los detalles que le integraban. Ya no se con-

funde el colérico juramento con la interpelación amistosa, ni el ruido con el sonido. Aquella nota, que yo distinguía á penas de los demás ecos, sonando de rato en rato como algo más intenso y claro, pero sin que pudiera formarme idea de lo que fuese, ya oigo que es la voz de un vendedor de paraguas que á intervalos grita guardando esta cadencia:

—¡A quién vendo—un paraguas—barato!

Lo mismo sucede con los colores. Ya no es una totalidad indefinible la que hiere la vista; cada persona, cada objeto, cada animal, aparece desligado de lo que le rodea, ostentando su figura distintiva y los matices que le son peculiares.

Largo rato anduve por el ferial del ganado observando curiosamente los pintorescos tipos que había en él y las escenas á que daban lugar las negociaciones entre compradores y vendedores: negociaciones que la mayor parte de las veces se detenían en sus principios por mezquina oferta ó exagerada demanda. Los que iban á comprar, conociendo los apuros que en esta época del año sufre el labrador por el vencimiento de sus débitos, que exigen pago inmediato, y por la amenaza del invierno que llega suspendiendo la vegetación y aniquilando los pastos, mostrábanse muy prudentes en sus ofrecimientos y muy perezosos para elevarlos, esperando que la parte contraria se rindiese acosada por *la negra necesidad*: los propietarios del ganado se defendían hasta el último momento, y esta tirantez de relaciones entre unos y otros era causa de que se cerrasen muy pocos tratos aquella tarde. Vi, sin embargo, llevar á fe-

liz término dos, cuyos preliminares hubiesen hecho creer que no se realizarían jamás á cualquiera poco versado en las argucias gitanescas que generalmente emplean las personas dedicadas á estos negocios.

Cerca de la casa escuela estaba un hombre de mediana estatura y como de unos 45 años. Vestía blusa azul y pantalón remendado; apoyaba la barba en ambas manos y éstas en la ahijada que se hundía en el cesped con el peso que gravitaba sobre ella; tenía delante una vaca y parecía sumido en profundas meditaciones, en tanto que su mirada vagaba de un objeto á otro sin fijarse en ninguno. Vino á sacarle de su cavilación la voz de otro sujeto no mejor vestido que él, quien le interpeló en estos términos:

—¿Cuántu quies por esi animal?

La persona preguntada miró á la que interrogaba y durante algunos momentos ni se movió ni respondió; hubièrase dicho que no había oido la pregunta. Por fin incorporóse con lentitud, dirigió la vista hácia la vaca, examinóla atentamente como si hasta entonces no se le hubiera ocurrido calcular su valor y dijo:

—Dos onzas y media.

Después volvió á tomar su primitiva postura, mirando á otra parte como un hombre que no tiene gana de conversación.

—¿Cuarenta duros por esi bellorizu?—repuso el interpelante, estupefacto al parecer.—¡Bae, tú estás delirando!

—¡Bellorizu!—exclamó el vendedor, saliendo de su apatía como si esta expresión hubiese herido todos sus

nervios.—¡Amírala bien, hombre, si tienes ojos! Muy grande no e', la verdá sea dicha; pero e' más jonda que la mar.

—Ya la amiro, ¿a, y no veo esas jonduras.

—Güenu, no lo entiendes; y como no lo entiendes, quies una vacona, porque se te revela que tendrá más juercia. Ve buscala, y depués que la jalles, hemos experimentalas xuntas; dentonces verás lo que da de sí esti animal.

Entre tanto el comprador se había acercado á la res y la observaba con detenimiento.

—Dígotte—continuó el de la ahijada—que no jallas en toa la feria otra vaca más fina. E' dura como un carbayu y tan humana que puedes echate á dormir ente las sos patas sin miedu á que te jaga nenguna vileza.....

—No me parles de cualidades, pos esas podrán pagátelas los tos vecinos que las conocen. En 'a feria, cómprase lo que se ve y no más.

—Respondo de lo que te digo....

—Tú respondes de que me viendes una vaca en güen estau de salú. No me vengas con cuentos, que ero perru vieyu. Y agora vo' dicite lo que te do'; si te convien', güenu; y, si no, tan amigos.....

—Dar, has dame los cuarenta duros.

—Cuarenta palos merecía yo dentonces. Dote quinientos riales ¿los quiés?

El vendedor arrugó el ceño a! oir esta degradante proposición y, volviendo la espalda, dijo con tono desabrido: |

—Vete con Dios.

El otro echó á andar, pero á los pocos pasos se detuvo para responder al dueño de la vaca que decía:

—Trainta y ocho e' lo últimu!

—Como si dixeras trainta. Pa' que veas que me pongo en más de lo de razón, daréte ventiocho....

—Pero home—replicó el vendedor sonriendo irónicamente—ó no estás en tí, ó no arreparesti como era debidu lá vaca.

—Arreparéla jartu. Si tien' algún defeutu per dentro, no puo 'icir, pero lo que se ve de ella bien vistu lo tengo.

—Como hay que vela e' trabayando; llévala y te digo que has dame las gracias.

—En los ventiocho, no tengo encominiente.....

—No gastemos saliva en vanu. Dame setecientos riales y e' tuya. Pierdo cinco duros en ella, como la fe; pero por no estar aquí todú el día....

—Lo dichu, ventiocho.....

—Otru dará más.

Fuese el comprador, y el de la ahijada volvió á apoyar la barba sobre los puños; pero á los pocos minutos el primero se presentò nuevamente ofreciendo «seiscientos riales.» El vendedor por toda respuesta le dijo:—Subi, hombre, subi algo más.—Reprodújose el anterior escarceo y, al fin, habiendo bajado hasta las dos onzas el dueño de la res, el otro pronunció el acostumbrado «que me preste,» y se estrecharon las manos.

Fué reconocida la vaca por dos personas inteligentes que no le encontraron lesión alguna de importancia; con unas tijeras se le cortó el pelo en forma de cruz en la

parte superior de una de las extremidades anteriores; salió á relucir (y que relucía de veras, sin duda por estar tan guardada) cierta bolsa de cuero que el comprador llevaba oculta en el pecho; la bolsa vomitó un envoltorio informe y, deshecho éste, aparecieron dos billetes de ciento y cincuenta pesetas, respectivamente, y unos cuantos duros; dos piezas de plata en unión de los billetes cambiaron de domicilio; la vaca fué amarrada á un árbol y encomendada á la vigilancia de un aldeano que estaba inmediato con otra suya y, concluidas estas diligencias, peritos y contratantes se dirigieron á un establecimiento de bebidas á «echar la robla.» Todos iban hablando á un tiempo: los peritos ampliando su informe con nuevos pormenores, el vendedor poniendo en las nubes el animal de que se había deshecho y lamentando que no le hubiera valido más, y el comprador, contando por los dedos las muchas y buenas cosas que pudieran adquirirse con las ciento sesenta pesetas que había pagado.

La otra negociación de que fuí testigo verificóse más rápidamente. El que vendía era un hombrecillo belfo, arrugado y vestido de sayal; llevaba en la cabeza una montera con el pico enhiesto apuntando al cielo y en la mano la indispensable ahijada. Su camisa, de lino sin almidonar, tenía los botones hechos á fuerza de puntadas, todos fuera de sus correspondientes ojales, por lo cual llevaba al descubierto el velludo pecho. Un detalle singular: el cuello carecía de botón, y parece que allí era considerado de necesidad, puesto que tenía los dos extremos unidos con un hilo blanco. Las medias de lana

parda (también de industria casera) sepultábanse en unos esarpines de sayal, aprisionados á su vez por madreñas toscamente labradas. A la espalda, y sujeto por un cordel deshilachado que le cruzaba el pecho á guisa de banda, llevaba un paraguas antiquísimo, á juzgar por su decrepitud; no tenía puño y su tela de un azul sucio (sin duda á causa de los numerosos temporales que habían descargado sobre ella) ostentaba el adorno de unos cuantos remiendos de diferentes colores que asomaban indiscretamente por entre los pliegues.

Me he detenido en la descripción de este tipo, en otros tiempos tan común en nuestras ferias, porque ahora va siendo cada día más raro y concluirá por desaparecer. La facilidad en las comunicaciones, poniendo en contacto frecuente las distintas provincias, borra sus modalidades particulares determinando en cambio una homogeneidad monótona y desesperante. Trajes, costumbres, dialectos y hasta caracteres, todo se transforma, fundiéndose en moldes generales.

Ei comprador vestía chaqueta y pantalón usados y nada se observaba en él digno de ser mencionado, aparte de su modo de contratar que era originalísimo: manifestábase extraordinariamente agresivo; cuando hablaba lo hacia con aspereza, clavando una mirada colérica en su interlocutor, aproximándose hasta tocarle y confirmando la violencia de las palabras con lo brusco de los ademanes. Más parecía un hombre que trataba de arrebatarse lo ajeno intimidando á su dueño, que un comprador honrado; y, al ver aquellos brazos agitarse furiosos sobre la cabeza del aldeano de la montera, temía yo

ver á este caer víctima de algún golpe. Mas, lejos de amedrentarse, el hombrecillo manifestaba una tranquilidad completa y se sonreía bondadosamente á cada nueva acometida: su lábio inferior, cuya parte más saliente formaba una línea vertical con la punta de la nariz, plégabase prolongando sus lados hasta cerca de las orejas.

Tres veces se alejó el comprador y volvió como piedra disparada por una honda apoderándose de la mano del otro y diciendo con imperio:

—La marco!

A lo cual era respondido invariablemente:

—En 'os nuevecientos riales.

La última vez replicó el primero:

—No sabes lo que dices. La vaca e' grande, pero lo e' de patas y no tien' pesu.

El de la montera no se dignó refutar la observación.

—Si me das un ochavu menos—dijo lentamente con su risita socarrona—quédome con ella.

Y el comprador tuvo que someterse á la voluntad del hombrecillo.

Cuando ví el trato concluido abandoné aquel lugar y me dirigí hácia la plaza de Parres y Piñera.

III.

Creí que en toda la tarde no salía de entre el ganado vacuno. Según iba yo subiendo, veíalo á la derecha, á la izquierda, junto á la bolera vieja, en el peñascal que está más arriba, desde cuya cúspide se domina la escuela..... Por fin llegué á la calzada que conduce á la iglesia y me vi libre de cornúpetos: iba á respirar desahogada-

mente, cuando reparé en una porción de cabraliegos escalonados á lo largo del camino vendiendo queso y suspendí mi *desahogo*.

Aunque allí me detuve muy poco, fué sin embargo lo bastante para ver á uno de los queseros dar á probar su mercancía, lo que hizo de la manera siguiente: con una navajita, cuya hoja negra y sin brillo no parecía tener parentesco alguno con el acero, practicó un corte circular en un queso y extrajo un pedazo de forma cónica del que quitó otro más pequeño, dándole en la punta de la navaja á la persona que solicitaba la prueba; después volvió lo restante al agujero abierto y, para que desapareciese la solución de continuidad, amasó en derredor con la yema del dedo pulgar.

Como viera que el comprador hacía un gesto de desagrado, le preguntó:

—Qué ¿no i sabe?

—No e' cosa—dijo aquél.

—Prebe esti otro á ver.....

Y procedieron á la prueba de otro, y yo á dirigirme á otra parte.

—Pero cristianu! ¿Elli no ve per 'onde va?

Tenía razón la cestera que me hizo la anterior pregunta.

De prisa y distraído como iba, había dado un puntapié á uno de los canastillos de la pobre mujer, haciéndole rodar buen trecho.

Con este tropiezo me detuve para excusarme, y á él debí el apercibir una ruleta colocada en frente de la vendedora de canastillos.

He dicho ruleta.... y no lo era en absoluto. En vez de la rueda numerada sobre la cual salta la diminuta esfera de marfil hasta fijar con su caída la suerte de los jugadores, el banquero tenía una cajita con bolas, y la salida de una de éstas determinaba el número afortunado. En el fondo, la misma cosa.

Pero dejemos á cada uno vivir como le parezca, ó contribuir á la vida de los demás según le aconsejen sus aficiones, y vamos adelante.

No era esto muy fácil en aquel sitio que servía de paso á las dos secciones de la feria. La gente, que hormigueaba en las calles formada por los *penduces* y tiendas al aire libre, derramábase por allí y los vendedores de frutos, alineados en el camino, hacíanle más estrecho.

Huyendo de un aldeano que llevaba al hombro sus pendidas de un palo algunas herramientas para labranza, fui á tropezar con una avellanera que me detuvo por el brazo, diciéndome con meloso acento:

—Lléveme ablanas, señor!

—Cuando vuelva—respondí.

—Pos de entonces, si va á otra, yo i lo diré.

Hecho este amistoso aperebimiento, me dejó marchar.

Con frecuencia se oye decir por ahí que los tiempos están muy malos, que no hay dinero, ni modo de conseguirlo..... Pues bien; el aspecto que la plaza de Parres y Piñera ofrecía era la refutación más elocuente de semejantes afirmaciones.

Verdad es que todos los tenderos allí instalados, unos bajo los *penduces*, otros bajo lonas sujetas á pa-

litroques y árboles por medio de un enredado laberinto de alambres y cuerdas que haría meditar á un ingeniero, y otros sencillamente bajo la capa del cielo, iban en busca del vil metal; pero aquella muchedumbre, que se empujaba yendo y viniendo, deteniéndose en una tienda, comprando en otra, volviendo á la primera para ofrecer *lo último*, guardando en las cestas lo comprado ¿no iba con objeto de vaciar los bolsillos en manos de los especuladores? Y siendo el número de éstos insignificante comparado con el de aquellos ¿no resulta palmario que hay mucha más gente dispuesta á dar dinero que á solicitarlo?

En mi concepto es indudable.

No obstante, ahí veo venir á una mujer con traza de contradecirme. Su cara amarillenta y flaca y su vestido andrajoso revelan una penuria llevada al último extremo. Esa mujer no viene á la feria á dar. ¡Desgraciada! ¿Qué más quisiera ella que poder hacerlo? Detiéndose en algunas tiendas y dirige á los tenderos palabras que no oigo por la distancia..... Le contestan no sé qué y sigue andando; sin duda pide una limosna que no le quieren dar..... Torna á detenerse, habla á otro comerciante..... ¡Vamos! Este es más caritativo que sus compañeros: no la despacha con palabras, se encamina hácia un rincón de la tienda en tanto que ella aguarda..... Pero ¿qué veo? El comerciante vuelve, no con limosna, sino con una pieza de tela que desenvuelve delante de la mujer andrajosa..... Crúzase palabras entre los dos; la mujer hace ademán de irse, el tendero la llama y mide algunas varas que ella paga en buenas moedas de plata.;

¿Y aquella que viene por la otra calle? Aquella sí es una verdadera mendiga: no es posible un aspecto más miserable..... Sin embargo, tampoco pide: se aproxima á una cacharrería y compra no sé cuantas vasijas. También es de las que dan dinero...

Ahora sí que no me equivoco. Ese viejecito apoyado en un palo que trae el pantalón lleno de girones y un morral á la espalda, debe de implorar la caridad. En efecto; se acerca á mí, extiende la mano y dice con voz quejumbrosa:

—¡Una bendita limosna, que Dios ¡ lo pagará!

Por fin hay uno que pide, ¡Pobrecillo! Y con mucha necesidad; no hace frío y está tiritando..... acaso porque no comió..... Introduzco la mano en el bolsillo para darle limosna, cuando una voz, que no me es desconocida, me dice:

— No sea inocente: esi e' un pillu muy grande y tien' *dau* dineru á reitos.

Vuelvo la cabeza. El que me habla es un hombre sincero. Además ningún interés tiene en mentir... Como yo tampoco le tengo en colocar cinco céntimos á rédito, despido al pobre con un «Dios le ampare, hermano» y me voy por otra parte convencido de lo que dije antes, á saber, que, sin perjuicio de las lamentaciones de la gente sobre escasez de dinero, hay muchas más personas dispuestas á darlo que á pedirlo.

Pero ¡si yo mismo, que no lo tengo, iba á darlo ya!

IV.

El espacio donde se hallaban los animales de cerda era un pantano intransitable. Salí á él por entre dos pen- duces con intención de cruzarlo, pero tuve que desistir y volví sobre mis pasos después de ver lo que había, que era muy poco: la epidemia que hace algunos años sufre ese ganado, va tomando tan formidables propor- ciones, que amenaza concluir con él si Dios no lo re- media.

Seguí á lo largo de las tiendas hasta la carretera de Onís. Junto á este camino hallábanse instalados los es- pecieros, los vendedores de artefactos agrícolas y..... y otra ruletita. Igual á la de arriba, con su caja de bolas, su tapete numerado y su corrillo de curiosos que, de cuando en cuando, caían en la tentación. Pero, ya que hemos dejado al banquero de arriba y á sus clientes di- vertirse á su gusto, no veo razón, ni justicia, en emplear otro procedimiento con los de abajo.

La tarde iba muy avanzada: había empezado el re- flujo de aquella marea humana y ya se notaban muchos claros en lo que antes era una masa compacta de per- sonas. Como yo todo lo había visto, excepto el ganado caballar, me encaminé hácia la carretera de Oviedo y en pocos minutos estuve al pié de la iglesia.

En verdad que no merecían el paseo los cuatro ro- cines que ví allí, y, ya iba á seguir adelante, cuando pre- sencié una escena que me hizo muchísima gracia.

Amarrado á un árbol estaba un caballejo pequeño, de pelo largo y áspero y contornos desgraciados. Su

dueño, á pocos pasos de él, esperaba la llegada de alguna persona á quien conviniese la bestia, cosa que desde luego podía considerarse difícil, sino imposible, dado el aspecto poco seductor del rocinante; más, como «de gustos no hay nada escrito», hubo un sujeto que manifestó deseos de poseerle, preguntando á su propietario:

—¿Cuántu val' esi burru?

El caballejo, si carecía de belleza, debía de tener un excesivo amor propio, porque, irritado al oír que le llamaban burro, disparó un par de coces tan vigoroso al injuriantemente cuando éste se acercaba por detrás, que, á haber dado en el blanco, diera con él en tierra.

—Sóooo!—gritó el dueño del colérico animal. Y, dirigiéndose al agredido, dijo:—Venticinco duros.

—¡Venticinco mil demonios lu lleven!—exclamó consternado el otro, alejándose precipitadamente.

La pradera de la casa-escuela, poco antes tan animada, hallábase en silencio; parecía que el pánico había dispersado las reses. Volví á subir hacia la plaza, que ofrecía un espectáculo semejante; las calles de tiendas estaban ya desiertas y los tenderos recogían sus géneros amontonándolos, unos dentro de los penduces y otros en los carros en que los habían conducido á la feria. La noche estaba próxima, y aquellos comercios al por menor se convertían en camas: lanillas y lienzos, mahones y tartanes, blanquetas, piqués y merinos, colocados ordenadamente, formaban una especie de colchón cuya blandura no correspondía á su precio. Los sacos en que los tenderos guardaban ciertas menudencias del *trato*,

como fajas, boinas, etc., y que necesariamente habían de formar parte del improvisado lecho para evitar *distracciones*, contribuían á hacerle incómodo. A uno de aquellos comerciantes, conocido mio, le estuve observando particularmente, mientras se ocupaba en esta tarea; el desventurado tenía un saco de *menudencias* tan voluminoso, que no hallaba colocación adecuada en ninguna parte. Inútil era amontonar alrededor toda clase de telas; el infame saco siempre sobresalía, formando un montículo preñado de amenazas contra el cuerpo de mi amigo. Al fin éste, harto de quitar y poner, lo dejó de la peor manera que pudo; más que cama, aquello era un quebranta-huesos que seguramente le proporcionó un fuerte dolor de riñones.

Emprendí mi regreso ya cerrada la noche, y tuve la suerte de encontrar á los pocos pasos á un conocido de los lectores de EL ORIENTE. (1) Era el gracioso tío Xico, que me hizo muy breve el camino con su chispeante conversación.

Entre otras cosas me dijo:

—¿No sabe que el mio compadre quixo ordename?

—¿Cómo así?

—Díxome que yo tevi la culpa de que lu sacaran en 'os papeles, que ero un paletu, y que torna, y que güelve..... A pocu más, echámonos las uñas.

—Mucho lo siento.....

—No tien' pa' qué. Eso de que quixo ordename, dígolo yo por burla.... ¡Güen miedu puede tener la zorra

(1) Este artículo fuó publicado en EL ORIENTE DE ASTURIAS, lo mismo que algunos otros de la colección.

á las gallinas! Y eso que si la intención valiera, la de Vitor e' de las más condenadas.

— ¡Imposible! Un hombre tan devoto...

—Pos, pos, pos, pos, por eso.— Y aquí el tío Xico, el cual, como se ve, iba de muy buen humor, dió cierta inflexión á la voz imitando el cacareo de una gallina.— A todos se nos pasia el diablu pel cuerpu daque vez, pero Vitor lu tien, siempre enroscau allá dientro. Como el mió compadre da golpes tan disconformes en pechu, óyelos el pecau, y aunque quiera salir, diz' pa' escontra sí: «¿Onde vo' yo sigún zagurren per i juera?»



UNA CONSULTA.

ALBERTSONS

¿Hay permisu?

—¡Adelante!

Haciendo uso de esta autorización, penetró en el despacho del abogado un hombre de corta estatura y faz amarillenta, que ofrecía el aspecto de un labrador regularmente acomodado. Podría tener unos cincuenta y cinco años, y de toda su persona, el rasgo más característico era una extraordinaria movilidad de labios, los cuales, tan pronto se plegaban apretándose uno con otro y formando una especie de media luna, como se separaban nerviosamente dejando al descubierto en toda su extensión el tenebroso antro de su boca desportillada.

Como se vió después, la movilidad de su lengua corría parejas con la de los labios.

—Güenos dies, D. Gil: ¿cómo i va?—dijo al entrar.

—Muy bien, Pascual: ¿y á V.?

—Como á una casa cayendo—repuso el hombrecillo sentándose á invitación de D. Gil.—Esta semana dióme un dolor salva sea la parte (y señaló hácia los riñones) que me tevo baldau jastasa ayeri pe la tardi que me

calló algo; pero no se^m joi del todo, pos tovía agora me remanez' con algunas puntadas que me jacen ver las estrellas. Mire D. Gil, que ayeri, casi no podía salendar. Coxílu sacando ocle en arenal de *Las Gaviotas* el llunes que echó la mar una barbaridá dello; díxomelo Ramona, la jiya de Quintín, no sé si la conocerá.....

—No sé quien es.

—E' una mozona que da per esa puerta. Estevo pa' casase el añu pasau con Lluques el *Oreyudu*, guapuzapaz, dichu sea sin ofender á nengunu; pero hebo dices ente los padres por «si has dar al mozu esto», y «si la moza no lleva lo otro», «si eres muy roín», «si más eres tú»: en resumidas cuentas, que se desjezo el casoriu, aunque los rapaces tovía siguen agoliéndose bien, y en 'a fiesta axúntanse guapamente. Pos, á lo que iba; jallé á Ramona con una carga de respigos del peazu que llevan en 'a eria de *La Cruz* y en cuantas que me vió (como todos saben lo muchu que me gusta jacer un güen montón de ocle) díxome á gritos: «Tiu Pascual, vaya al sable de *Las Gaviotas*, que yá está per allá mediu pueblu!» «Pos ¿qué hay, rapaza?» (dixi yo) «Hay que toa la mar está negra de tantísimu ocle como trae.» Sin pa'rar joi pa' casa 'coxí la pala 'e dientes y las trenecas, jeci 'garrar las maconas á toas las muyeres y en un decir Jesús nos plantamos en arenal de *Las Gaviotas*... ¡Aque'lo era una bendición de Dios, D. Gil! Había pa' cargar cien barcos de los que van á la Habana. Me poní á la obra de seguida y, ente sacar co' las trenecas, cargar co' la pala y ayudar á alzar, aquel día trabayé como un burru, juera el alma. El resu'tau joi que me moyé

todu, y el martes pe la mañana ya estaba trabau de los reñones; la fortuna.....

—¡Vaya, vaya!—interrumpió D. Gil impaciente.—Mucho me alegro del alivio: y ¿qué le trae á V. por aquí?

El antro desportillado, que con la interrupción había quedado abierto é inmóvil, volvió á ponerse en movimiento para arrojar las siguientes palabras:

—Vengo á saber lo que me da la ley contra mió primu Rumaldo; e' un hombre que me está comiendo la sangre va muchu tiempu con sos pillerías. Ha saber (porque las cosas han tomase dende sos prencipios) que mió tiu Santos, que en paz descanse, tenía un pasar tal cual; no digamos que muchu, muchu, pero, pa' un hombre solu como elli era, lo bastante pa' vivir jolgau y no necesitar nada del vecinu. Rumaldo y yo éramos los llamaos á heredalu, y ya dentonces Rumaldo, que e' la mesma envidia, no me podía ver ni pintau, motivu á que mió tiu Santos paecía inclinase á mí algo más que á elli y la xente decía si la herencia aquella iba á ser toa pa' mí, al fin y al cabu, y que si yo, cuando mió tiu estaba enfermu, co' 'l apa de cudialu iba á so casa y acaldaba con todo lo que me venía bien; que si los arvíos de mió tiu menguaban y los míos crecían.... Estos dichos jeciérenme condename, pos é' muchu cuentu que por cumplir con una obra de misericórdia, como nos manda la doctrina cristiana, y portase unu como güen pariente, en pagu lu tachen de lladrón. Póngase en llugar miu, D. Gil, y diga si no era pa' jacer una bien sonada. E' verdá que mió tiu dábame cosucas de pocu más ó menos, agraciadu á la conduta que oservaba con elli: ¿iba yo á dis-

precialas? De nenguna manera, pos á más de dámelas de güena voluntá, jacíanme mucha falta. De eso, y nada más que de eso tomaba pié la xente pa' quitame el creitu. En fin, ya va muchu que pasó y perdonau lo tengo: que el Señor no yos lo tome en cuenta á las lluegas mormuradoras.

—¡Al grano, Pascual, que tengo prisa!—exclamó el abogado.

-- Vo' allá—siguió diciendo el antro—y pa' no cansalu, direi lo que falta en pocas palabras. Murió mió tiu en ocasión que Rumaldo estaba folasteru. A pesar de los dichos que habían corridu, po' 'l testamentu heredábamos los dos primos. E' verdá que á mí me tocaba un poquinín más, pero el otru no era olvidau tampocu. Pos señor, que vien' Rumald'o y vamos á ver lo que había en casa de mio tiu Santos, y noalcontramos de ropa blanca más que un 'ocena de sábanos ajuracaos, una mesa-manteles muy vieya, alguna que otra camisa arre-mendada y siete pañuelos.... ¿Qué culpa tenía yo de eso? Nenguna. Pos Rumaldo se ponió como una montaña, dixo que había de jacer y acontecer y, dende aquella, no hebo paz ni güena armonía ente nós. Partiemos la pro-beza que dexó mió tiu con mil desputas y en teas las fincas tevi que dai so parte al primu, que no se conformaba de otra manera. Resulta que, como ero vecinuu su-yu en 'as tierras de esa herencia, no tengo nada seguru. En 'os peazos, la so muyer, que e' tan güena como elli, cuando cava las oriellas métese pe lo miu como si jora hacienda de lladrones, y si va á respigos, quítame tres ó cuatro ringleradas; en 'os praos, ya puedo cuntar con

que me comen ma' 'e una vara en todú el llargor de los linderos; pel monte no consigo un jelechu ni una caña seca. Y que me tiene el diablu á decir algo, que ya me rio yo, la lluenga de sacabera que tien' la muyer; tocante al hombre.....

—¿Hay testigos que puedan declarar sobre alguno de esos hechos?

—No, señor; ya saben los pícaros cuando han jaceo sin responsabilidá.

—Pues amigo; entonces, mal negocio.

—Por de cuntau. No ero tan mentecatu que vaya á demandar á Rumaldo por esas pillerías, pa' que la justicia me lleve los cuartos y elli se ria de mí. A hombres como esi hay que buscalos de otrú modú; y aquí, pa' ente los dos, yo i aseguro que tantu como esos pillos me roban, otrú tantu me restituyen cuando menos lo cuentan, sin nesecidá de echar viaxes á la Villa. Si Rumaldo me quita una maconada de herba, no falta un alma religiosa que jaz lo mesmu co' la herba de mió primu, por aquello de que «quien roba á un lladrón, ha cien años de perdón.» Y por eso Rumaldo está jechu un venenu; porque ve que nunca se sal' co' la suya y que si elli e' de Sevilla, yo ero de más arriba.

—No me parece mal esa manera de administrar justicia; pero como para emplearla no hace falta consejo de abogado, ni yo le daría tampoco, va V. á hacer el favor de decirme el papel que he de desempeñar en la historia que ha referido, la cual nada me importa.

—¿En lo que dixi? Nengunu. Son cosas de mí pa' Rumaldo y de Rumaldo pa' mi.

—¿De modo que la cuestión que viene V. á consultar no versa sobre lo que ha dicho?

—No, señor; todavía no parllé de ella.

Al oír esta frescura, D. Gil quedóse mirando fijamente á Pascual. Este, sin separar los ojos de la cara del abogado, manifestaba con su actitud impasible no darse cuenta del asombro de su interlocutor.

—¡Hombre!—exclamó al fin D. Gil.—Con que está usted charlando una hora, á pesar de decirle que tengo prisa y, por remate, sale con la gracia de que no me ha dicho una palabra del caso..... ¿Pero ha venido V. á burlarse de mi?

Con esta pregunta, el asombrado fué Pascual. Sus ojos, boca y hasta las ventanas de su nariz, se dilataron, adquiriendo unas proporciones monstruosas y sus labios se movieron varias veces sin ruido, como las alas de un mochuelo, antes de articular estas palabras:

—¡Yo jacer burla, D. Gil! ¿En qué cabeza cabe...? Si cunté las picardías de Rumaldo no joi á jumu de paya y nada más que parllar por parllar; contélas porque tienen so consecuencia y semilitú co' lo que me pasó ayeri la tardi, que e' la cuestión que me trae á la Villa. Si falté, perdone.....

El acento de Pascual era tan compungido, que la cólera de D. Gil se desvaneció.

—Vamos,—dijo éste—no hay de qué, hombre, no hay de qué. Y ahora explíqueme el asunto, pero con toda la brevedad posible.

—Explicarélu en un santiamén. Ayeri, como i dixi, estaba yo trabau de esti dolor en tal conformidá que

casi no podía andar. Cuntando que el ejerciciu me vendría bien y me soltaría los remos algo, salí de casa y con muchu trabayu, andevi jástasa una pumarada que tien' Manuel Covieilles acerca del monte, en 'onde me paré á descansar y á jacer un cigarru. Manuel, que estaba allí, asomóse per encima de la parea y díxome: «Güenas tardis, Pascual.» «Güenas te las dé Dios, Manuel», contesté yo. «¿Paez' que estás algo encollidu?» goivió elli. «Tengo un dolor aquí trás», dixi yo.....

—Prescinda V. de esos pormenores, si puede, y vamos á lo que importa—dijo D. Gil, cuya cólera empezaba á despertarse de nuevo.

—Estando en esta convesación, me enteró Manuel de que me habían quitau de raiz dos castañares polias que planté en bosque del *Pastor*. Como en esi bosque tengo de las cuatro partes, las tres, y la otra e' de Rumaldo, de siguida malicié que el ³dañador había sidu elli. Pregunté á Manuel si lo sabía; díxome que no, y siguí jacia el monte pa' ver el dañu, pos el bosque del *Pastor* está muy acerca. Con todo y con eso no sé si había podidu allegar por causa de la baldadura que me tenía enteramente imposibilitau; pero no tevi ocasión de experimentalo. Deparóme la fortuna al mesmu Rumaldo que golvía del monte con una joce al hombru Al velu, según iba yo de incomodau co' lo que me había dichu Manuel, no podí conteneme, y dando unos voces que pa' mió cuenta se oyeren en todú el términu del llugar, i dixi: «¡Grandísimu lladrón! ¿Quién te manda arrancarme los árboles que yo planté co' 'l sudor de mió frente? ¡He de encaminarte pa' un presidiu!» Nunca yo me de-

xara llevar del geniu así; apenas jablé, co' 'l palu la joce dióme tan grandísimu garrotazu en mesmu sitiú 'onde tenía el dolor, que, á pocu más, me estrello es- contra el suelu. Quixo la Divina Providencia que no ca- yera, que si cayo, 'caba conmigo, pos trató de segundar el golpe; yo, como no tenía con qué jacei frente, apreté á correr y gracias á Dios no pudo alcanzame, aunque corrió tras de mí.....

—¡Caracoles! Pues no estaba V. baldado?

—Yo no sé como joi aquello, D. Gil; pero tan pron- tu como recibí el golpe dexé de sentir la trabadura y alcontréme listu como una liebre.

—Vamos, la impresión que le produjo la acometida y la inminencia del peligro.....

—E' que, depués que pasó, y cuando yo estaba ya á sagrau en casa, podía habeme güeltu; pero nada. Ni en lo que faltaba de tardi, ni pe la noche, tevi novedá. Hoy siento daque vez algunos pinchatos que me mor- tofican no pocu, pero me dan de tardi en tardi y pasan lluego. Y vamos al cuentu: hay testigos que no estaban muy alluendi cuando asucedió el casu y dirán cómo Rumaldo me maltrató co' 'l mangu la joce.

—Esos testigos también oirían que V. llamó ladrón á su primo.....

—Ni qué decir tien'. ¿No i dixi que grité cuantu podíe?

—Bueno; resulta que V. puede hacer que impongan á Romaldo un ligero castigo por el garrotazo.

—¡Lixeru! ¡Pos el palu joi bien pesau!

—No produjo lesiones. Resulta á su vez Romaldo con derecho para formarle á V. causa criminal por ca-

lunmia, probando la existencia de este delito con los mismos testigos de que V. se vale contra él.

—¡Como calunia, si lo que i dixi á mió primu e' tan verdá como el Avangeliu!

—¿Puede V. probarlo?

—Eso no, señor.

—Por consiguiente, en la causa el dicho de V. aparecerá como una falsa imputación de las que dan lugar á procedimiento de oficio; es decir, una calumnia, y será V. castigado.

—Por manera que.....

—Que le tiene cuenta callarse, para que Romualdo se calle.

—¡Si viera, D. Gil, lo mal que me sabe eso que me diz!

—Es un consejo; V. puede seguirle ó no, según le acomode.

—Ya lo veo.

—Y ahora, si no tiene V. más que consultarme, voy á despachar un negocio.

—Nada más en por hoy. ¿Cuántu i debo?

—Una peseta.... y bien ganada por cierto.

Pascual manifestó con un gesto no estar muy conforme con la manifestación del abogado, y prévia una laboriosa rebusca por los rincones de los bolsillos de su chaleco, sacó la peseta con más trabajo que una macoñada de ocle del arenal de *Las Gaviotas*.

Al depositar en la mesa, y de muy mala gana, el precio de la consulta, dijo á media voz:

—¡Güena está la justicial!

D. Gil, que ya estaba ojeando un expediente, levantò la cabeza y, encarándose con Pascual, repuso vivamente:

—¿Qué dice V. de justicia? ¿Sabe lo que sería justo? Que fuera V. á casa de su primo Romualdo á darle las gracias.

—¿Por qué?—preguntó el aldeano asombrado.

—Porque curó á V. el reuma.

Jamás se ha visto una boca tan enorme como la que Pascual abrió al oír la respuesta del abogado.

—¡Bae, D. Gil, que tien' unas bromas! Con que mió primu róbame, encima me zagurre ¿y e' de dir á dai las las gracias...? Sí, sí; gracias i daré, ya lo creo: pero han ser apaecidas á las suyas.

—Allá V. se entenderá.

—Güenu: me vo' por no ser molestu; jasta otra vez, D. Gil.

—Adios, Pascual.

Y éste salió poniéndose el sombrero, bajó las escaleras con mucha lentitud, detúvose en el portal reflexionando sobre lo que le había dicho el letrado y se echó á la calle diciendo:

—Pa' mió conocimientu, esti señor está jollau; alguu i parlló del casu en favor de Rumaldo. Vo' ver lo que me diz' D. Teodoro... ¡Otra peseta pal demoniu!



EN LA PLÁYA.

(NOCTURNO.)

IN LA PLAYA

Bajando por el ancho y pedregoso camino que conduce á la *Fuente*, vese á lo lejos, iluminada por los pálidos rayos de la luna llena, la prolongada línea semicircular de las rompientes. El camino se hunde por su parte inferior en las arenas de la playa. sobre las cuales se desliza el arroyuelo que brota de una roca; sus aguas ondulan por el amplio arenal y allá, muy cerca de las olas, se cansan de labrar por sí mismas el cauce que les imprime dirección y se extienden sobre la unida superficie convirtiéndola en un espejo, en cuyo fondo se retrata el astro de la noche y alguna que otra nubecilla que flota en la atmósfera.

Otro obrero contribuye con el anterior á bruñir la playa. Es también arroyo de agua dulce, que nace de otro peñasco, más al oeste, y rueda entre pedruscos refunfuñando, como si protestase de las caricias nada suaves que le prodigan los agudos picos que rasgan sus aguas. Así como el primero encuentra al nacer una extensa planicie sin accidentes, cuyo imperceptible declive le sirve de vehículo, el segundo tropieza con innumera-

bles obstáculos: aquí una piedra suelta. más allá una cadena de pequeños arrecifes, un poco más lejos una inmensa mole de roca imposible de salvar.... Y el arroyo la bordea, porque es preciso ir adelante, dejando en cada hueco silíceo líquidas perlas, fragmentos de su sér.....

Ya cerca de las rompientes, los dos manantiales abandonan sus respectivos cauces, como si obrasen de acuerdo, y juntan sus aguas en una delgadísima capa que baja lentamente hasta el mar... Y la ola bebe con avidez aquellas dulzuras, y sube rugiendo por la planicie, amenazando alcanzar el nacimiento de tan delicioso néctar.....

Pero, antes de que lo consiga, una voz poderosa que parte del mismo centro de la tierra, grita: «¡Detente! Ya fuiste más lejos de lo que yo permito. Vuelve..., vuelve atrás! De nada te han de servir esos alardes. Dios me manda sujetarte... y te sujetaré!»

Es la ley de la gravedad quien habla, y la ola, oyéndola, pierde toda su energía. Ya no hierve..... ya no bulle... ¡ya no avanza! Se deja arrastrar dócilmente hacia el norte y, al encontrar á sus hermanas, parece que les da cuenta del resultado de su atrevimiento..... Parece que trata de detenerlas y les dice, mirandó tristemente hacia atrás con los moribundos ojos de los globulillos de espuma: «¡No sigais! ¡La muerte esta ahí!»

¡Vana advertencia! El joven, lleno de vigor, se ríe de los peligros que le señala el viejo experimentado y, como él, se estrella en el mismo sitio y del propio modo. Así la ola que llega, se burla del consejo de la que vuelve; como ella avanza, sintiéndose con fuerzas para inun-

dar la tierra y, como ella, tiene que retroceder falta de bríos para advertir á otras que no serán más cautas.....

Vadecemos el arroyuelo murmurador, apoyándonos en las piedras que motivan sus lamentos y pasemos á la otra playa.

Aquí no hay manantiales. El pavimento, liso é igual como el de un enorme salón de baile, ofrece al pié un apoyo sólido y enjuto. Cierra el recinto por el oeste una colina que se adelgaza y deprime al norte, concluyendo en afilada punta, algunos metros mar adentro; al este, la inmensa mole de roca viva que intenta detener el arroyuelo, se prolonga paralela á la colina.

Sigamos adelante. Ciento, doscientos, trescientos pasos..... Aún no llegamos á las rompientes... Pero ¿qué es esto? La arena se ha convertido en cristal. A través de ella vemos otro espacio..... tan hondo como el que se extiende sobre nuestras cabezas..... Otra luna que avanza con nosotros y algunas nubecillas que caminan también... Al promontorio se le ha unido por su base otro igual y vemos el perfil de éste dibujarse claramente, aunque truncado en toda su extensión por multitud de rayas verticales. Creemos hallarnos suspendidos sobre un abismo; el vértigo se apodera de nosotros y miramos instintivamente en derredor..... La tierra, es decir, la superficie mate de la playa, está cerca: Esto nos devuelve la tranquilidad y con ella podemos fácilmente comprender la causa del fenómeno. El oleaje, cuando arrecia, llega hasta aquí, y al retirarse deja la arena cubierta de una capa líquida.. Lo mismo que sucede con los manantiales de la playa que dejamos á nuestra espalda.

Nos reimos del temor pueril que hemos sentido y, dirigiendo la vista hacia el mar, quedamos asombrados ante un nuevo prodigio: el océano ha desaparecido.

Desde arriba contemplábamos una ancha sábana cuyo fondo obscuro hacía resaltar más el blanquísimo fleco de espumas; ahora vemos únicamente las cuatro ó seis olas que se desploman sin cesar y, sobre ellas, una peña con dos jorobas como la espalda de un camello; aquella peña solitaria que resiste el embate de las aguas á un kilómetro de distancia.... La sábana de fondo obscuro se ha hundido y sólo queda el fleco de espumas.

A nuestra derecha, dos islotes, centinelas avanzados de la tierra, se internan en el mar que procura rechazarlos con incesante golpeo. Hasta aquí llegan los rumores de la lucha. De cuando en cuando, estampidos semejantes á cañonazos lejanos dominan los demás ruidos, á la par que un humo blanquecino envuelve los islotes. A la izquierda, el aguzado cabo que sirve de remate á la colina, taladrado en varios puntos, deja pasar copiosos chorros de agua que caen con gran estrépito.

Las olas llegan elevando sus verdosas crestas, se arquean despidiendo á la luz de la luna un brillo metálico que recorre toda su longitud formando caprichosos *zig-zags*, y se desploman al fin, convirtiéndose en niveos cendales; y éstos saltan, caen nuevamente, se rasgan con el ruido de mil telas de seda desgarradas á la vez.... La resaca lleva los girones sobre las olas que vienen detrás, las cuales aparecen adornadas con estriás marmóreas.... Y siempre, siempre, el soberano poder que empuja esas

formidables masas liquidas sobre la costa sigue incansable su tarea.

¡Qué espectáculo tan distinto ofrecen la tierra y el océano! En aquella todo es calma, recogimiento, soledad. La luna ilumina un paisaje muerto; los árboles, ya desprovistos de hojas, presentan inmóviles sus desnudas y secas ramas; ni el más ligero soplo de viento las agita. Los seres que durante el día animan los campos, á la sazón descansan de sus fatigas; tan solo el grito plañidero de alguna ave nocturna rompe aquel solemne silencio.... En el mar, todo es movimiento, vida, agitación. La luna deja caer sus rayos sobre un paisaje que á cada instante varía, como los cuadros disolventes de una linterna mágica; golpes secos, hervores prolongados, ruidos estridentes, suaves murmullos.... Sólo las rocas azotadas por el oleaje permanecen mudas è inmóviles, dignos representantes de la tierra.

¡Vida y muerte! Como esas olas que forcejean queriendo romper la ley que las sujeta, y, pugnando por inundar el mundo, precipitan su fin, así somos nosotros. Como esa tierra que espera con los brazos abiertos, insensible á las amenazas y á las súplicas, á los gritos de cólera y á los gemidos de dolor, así es la muerte. Hacia ella vamos, sin que nos sea dado retroceder.... En su seno hemos de dormir el último sueño.... ¡Negra perspectiva, si la hermosa luz de la creencia religiosa no la rodease del brillante alborear de una nueva vida!.....

• • • • •

La marea sube invadiendo nuestro campo de observación y nos obliga á retroceder. Desandemos lo anda-

do; volvamos á pasar el arroyo murmurador apoyándonos en las piedras que motivan sus lamentos; dejemos á nuestra izquierda la silenciosa fuente cuyas aguas ondulan por el amplio arenal, caminando hácia el océano; trepemos por el ancho y pedregoso camino que hunde su parte inferior en las arenas de la playa, y, desde arriba, oyendo, muy amortiguados ya, los hervores y murmullos que lanza el oleaje, dirijamos la mirada al norte para ver por última vez la ancha sábana cuyo fondo obscuro hace resaltar más el blanquísimo fleco de espumas; y á menos distancia, el tierno abrazo de los dos arroyuelos que abandonan sus cauces de común acuerdo y convierten la planicie en bruñido espejo donde se refleja la luna, y sobre el que se deslizan rugiendo las olas para beber el néctar de aquellas dulces aguas.....

.....
.....



CUESTIONES DE VECINDAD.

QUESTIONS DE VEILLAGE

Aunque ha llovido toda la noche, la atmósfera no parece haberse satisfecho y amenaza descargar un nuevo diluvio. Las nubes, de un color gris obscuro, ofrecen gran resistencia al paso de la luz diurna, y á las nueve de la mañana (hora en que nos hallamos) creeríamos que el sol no alumbra todavía nuestro hemisferio, á no ser por el testimonio del reloj. Los espesos bardales que coronan las cercas están empapados de agua y, al menor soplo de viento, dejan caer centenares de anchas y pesadas gotas que no filtra la tierra por hallarse saturada de humedad y van á aumentar el caudal de los arroyos que cruzan en todas direcciones el camino, echándole á perder. (Si tiene algo susceptible de empeorarse, lo cual es muy problemático).

Dos casas de humilde apariencia, situadas una frente á otra á veinte metros de distancia disparan por sus respectivas chimenas un humo no muy blanco, pero que

resulta como la nieve al proyectarse delante de las negruzcas bambalinas que forman las nubes. En los veinte metros que separan las mencionadas casas, sin duda con el santo fin de que no riñan las dos familias que las habitan (propósito bastante difícil de conseguir) hállanse instaladas con escasa comodidad, las entidades siguientes: unas cuantas peñas, hasta nueve nogales de distintos tamaños y el camino aludido.

De todos estos interesantes personajes, sólo al último le es dado trasladarse á otra parte y lo hace bonitamente huyendo hácia abajo con tal rapidez, que, el seguirle, ofrece sérios peligros. Las peñas y los nogales le ven alejarse con envidia y éste espectáculo constante acrecienta de día en día su odio á todo lo existente: las primeras muéstranle poniéndose muy resbaladizas cuando llueve para hacer adorar el santo suelo al que se permita hollarlas con sus piés y regalando, generosas, pequeños fragmentos de su propia materia á los muchachos sin más objeto que el de que se rompan la cabeza unos á otros. Los nogales no poseen medios tan poderosos de manifestar su descontento, pero usan á maravilla de los que están á su alcance. Recogen la lluvia, y la retienen hasta que alguien pasa por debajo; entonces le dejan caer encima un furibundo aguacero y le azotan la cara con los ramascos poco elevados. Si el ofendido se queja de la broma, como es natural, se zumban de él echando la culpa al viento. ¡Buenos perillanes están los tales!

Algo más abajo de ésta malévola sociedad y en una depresión del terreno, junto al camino, hay un pequeño

lago cuyas aguas lodosas reciben incesante refuerzo de los riachuelos que en él desembocan. Acurrucada á la orilla de esta especie de mar negro, vese una niña como de seis ó siete años, de facciones agraciadas aunque curtidas por la intemperie: su pelo negro sale en revueltos mechones por debajo del pañuelo agujereado que apenas cubre su cabeza. Otro pañuelo, más grande y más roto aún, cruza su pecho anudándose á la espalda, y un refajo, que es todo un mosaico de remiendos de diferentes colores, completa su traje. Calzado..... el natural, ó sea, la misma piel; no usa otro. Entretiéndose en sumergir los dos brazos en el charco y sacar puñados de fango que deposita en la orilla formando montón. Su nombre de pila es Antonia, pero sólomente responde cuando la llaman *Antona*.

Presenciando aquella operación de dragaje hállase en pié, á la margen opuesta del charco, otra niña mucho más pequeña, rubia, que viste una bata de cretona en buen uso y calza diminutas madreñas; sus grandes ojos azules vigilan con profunda atención la tarea de Antona, mientras que su puño derecho, del tamaño de una nuez y colorado como un tomate á causa del frio, introduce el pulgar en la boca.

Las dos niñas guardan un grave silencio. Antona levanta la cabeza algunas veces para mirar á Margarita (este es el nombre de la rubia); después, viendo que el microscópico testigo de sus habilidades permanece como clavado enfrente de ella sin decir «esta boca es mia,» vuelve á fijar su mirada en las aguas del charco, más negras y sucias cuanto más las revuelve.

Por fin, Margarita ó Lita (que de ambas maneras la llaman) saca el pulgar de la boca, echa los brazos á la espalda enlazando las manos y, en un momento en que Antona la mira, dice inclinando la cabeza hacia adelante, á modo de desafío:

—¡Antonela! (1)

En el rostro de la aludida se pinta un asombro extraordinario; parece que no se explica tamaño atrevimiento en aquel renacuajo. Saca las manos del agua y manifiesta en su actitud que siente vehementísimos deseos de castigar enérgicamente el insulto; pero con la volubilidad propia de sus años pasa de la cólera al desprecio y haciendo un mohín, contesta:

—¡Margaloxu!

Y torna á revolver el cenagoso charco.

La rubita no pestañea; sigue mirando impasible á su antagonista y no despliega los labios en tanto que ésta permanece con la cabeza baja. Trascurridos algunos minutos, Antona dirige sus negros ojos hacia Lita, la cual aprovecha la ocasión para repetir, marcando las palabras con dos profundas cabezadas:

—¡Antonela.... y Antonela!

Si, al oír estas terribles injurias, aquella á quien se refieren hubiese quedado muda, por un milagro de Dios, es seguro que estallaba como una bomba; por que, tan pronto como son pronunciadas, replica briosamente acentuando cada palabra, no sólo con la cabeza, sino con los dos índices rígidos:

—¡Margaloxu, Margaloxu, Margaloxu!

(1) ¡Antonera!

Y, satisfecha de haber triplicado el degradante apodo, hunde de golpe los brazos hasta el fondo del agua y extrae una respetable cantidad de cieno.

Nadie podría decir si á Margarita le produce buen ó mal efecto el verse convertida en trinidad por medio de la puntiaguda lengua de Antona; oye los tres abominables insultos sin hacer gesto alguno que indique el estado de su ánimo, y calla.

Así pasa un minuto. El montón de lodo crece, merced á los esfuerzos de la morenita; el pulgar de la rubia se ha vuelto á refugiar en la boca de su propietaria y las hostilidades no se reanudan.

De pronto, Margarita se aproxima á la orilla del charco, agáchase y empieza á jugar con el agua.

Antona la mira de reojo; es evidente que desconfía, y que por su cerebro anda la siguiente pregunta en busca de una respuesta un tanto difícil de hallar:—¿Qué estará 'maginando agora esi butiellu?

Pero el *butiellu* muestra cuidarse muy poco de su enemiga. Recoge el agua en el hueco de sus manos juntas y se divierte viéndola deslizarse por entre los dedos; su actitud no puede ser más inofensiva.

Tranquilizada Antona, continúa revolviendo el fango y pronto su atención es enteramente absorbida por lo que hacen sus manos.

Este es el momento que esperaba Lita, si hemos de juzgar por su conducta. En cuanto ve la distracción de Antona, le arroja á la cara toda el agua que cabe en sus manos y emprende precipitada fuga, encaminándose á una de las mal avenidas casas.

¡Desdichada! Antes de que pueda salvar dos tercios de la distancia que la separa de aquel puerto de refugio, cae sobre ella, como nube de pedrisco, la colérica Antona quien, cogiendo al diablillo rubio por el moño, le propina una prolongada tanda de golpes en la parte más prominente de su reverso.

Los agudísimos gritos de Lita no tienen la virtud de ablandar el corazón de su verdugo, pero sí logran atraer á dos nuevos personajes que aparecen á la puerta de sus respectivos domicilios; son las madres de las contendientes.

La de Antona permanece inmóvil en el umbral contemplando la escena. Ignoro si no se atreve á avanzar más por temor á las malas pasadas que pudieran jugarle las peñas y nogales, ó es que goza con el suplicio de la hija de su vecina y desea que se prolongue; lo cierto es que no da un paso. Una contracción, que bien pudiera pasar por sonrisa, se estereotipa en su cara, la cual, á cierta distancia, tiene el aspecto de una tierra acabada de labrar; el mismo color y los propios surcos.

Muy diferente conducta observa la madre de Lita. No bien se ha hecho cargo de la situación, por medio de una ojeada rápida, baja ligeramente hasta el sitio de la catástrofe y de un puñetazo bien asentado echa por tierra á la enemiga de su hija.

Esta solución ha sido llevada á cabo con tanta prisa y silencio que, ni Antona pudo apercibirse á la defensa, ni su madre vió á su aborrecida vecina hasta después de consumado el hecho. Entonces, temblorosa por efecto de la cólera que hierve en su interior, con los surcos de

su cara en desordenado movimiento, como si un terremoto repentino agitase aquella costra, se dirige en línea recta á la otra madre, lanzándola unas miradas que hubieran infundido pavor á un regimiento de veteranos. Detiéndose á pocos pasos de ella, como se detiene la leona para disponerse á saltar sobre su presa, y dice con voz reconcentrada, prolongando sordamente los finales de las palabras:

—¡Grandísimaaa lobaaa! ¿Quién te mandaa pegarr á la mió jiyaaa?

Por desgracia todo este aparato aterrador se estrella en un corazón tan inaccesible al miedo como pronto á encolerizarse. A la madre de Lita bastábale ver la actitud de su vecina para tomar sin darse siquiera cuenta, apariencias tan agresivas por lo menos como las de aquella. No necesitaba el calificativo de *loba* para prepararse á la batalla. Pónese en jarras, avanza dos pasos y devolviendo mirada por mirada y mueca por mueca, exclama:

—¡Miren la porconzona perra sarnosa! Era mejor que yo viese macuciar á la mió Lita co' los brazos plegaos, pa' que la peoyosa que me óe se divirtiera co' la comedia dende so palaciu..... Amírame bien, babayina! —Esto se lo dice á Antona, que se ha levantado y solloza recostada en un árbol.—El día que güelvas á propasate á poner la mano en esti angelucu, aquel día te desuello viva!

—Eso jorá si yo no tuviera jígados pa' defendela y desollate á tí primero, borrachona!

—¿Borrachona yooo? ¿Borrachona yooo? ¿Cuándo me 'pañesti en 'as caleyas?

—Si esperabas á que yo te ‘pañara.....

—Pos mira; no jaz muchu que te ‘pañé yo á tí. Acuérdate de aquella noche que vinisti pa’ casa con una filoseira que no caltenías.....

—¡Animas benditas! ¿Habrás vistu una muyer más caluniadora que ésta sinvergüenza? Por que Dios me dió un dolor que no era de salendar, ya diz’..... ¡Ojalá te dé á tí pa’ todos los días de to vida..... amén!

—¡Un dolor! Puede què jora el dolor de no poder beber más aguardiente por que no te cabía en cuerpu,... ¡Calla, embustera, calla, que tovía se me regüelva el pechu si me acuerdo del afedor á bebida que echabas por esa bocona podre!

—¡Bae co’ la señorita mística, que i agüele mal el aguardiente y todos los días vien’ de la taberna co’ la botellina debaxu ‘el mandill!..... Y toas las noches vase pa’ la cama jecha una cabra! ¿Qué crees, que no sé lo que tú eres, por muchu que te atapes?

Esta acusación parece mortificar poderosamente á la madre de Margarita; su furia redobla, da algunos pasos adelante, manotea sin concierto y lanza á su antagonista una descarga cerrada de palabrotas cuya crudeza nos impide transcribirlas.

Desde este momento el debate adquiere un color subidísimo. Las rabiosas hembras gritan hasta enronquecer, las dos á un tiempo, á veces aproximándose como si fuesen á devorarse, á veces retrocediendo para volver á la carga con nuevos alientos..... Y aquellos brazos giran en todas direcciones, aquellas lenguas convulsas forman espantables cargos que salen por las bocas en-

vueltos en una saliva reseca y espumosa. Los ojos, cargados de odio, anuncian que el rayo está próximo á partir.....

Y parte, en efecto. Las dos arpías concluyen por echarse las uñas precisamente cuando, en lo alto del camino, aparece la atlética humanidad de Niceto (a) el *Güey*.

Jamás se vió de un modo tan evidente la intervención de la Providencia: de no haber llegado tan á tiempo el forzado Niceto, sólo Dios sabe lo que allí hubiera pasado, aunque podemos asegurar desde luego que no hubiera sido nada bueno.

En cuanto el *Güey* ve á las dos mujeres hechas un ovillo, baja corriendo y las separa brúscamente, no sin trabajo.

—Heba paz ente dos roinas—dice en tono de broma.

Las hembras, que apenas han tomado gusto al combate, se acometen nuevamente; pero como Niceto se interpone, las garras de la madre de Lita se clavan en la oreja derecha del pobre hombre, á la vez que la otra fiera le ribetea el ojo izquierdo con sus afladas uñas.

Aquí da fin el buen humor del *Güey*. Exasperado con esta doble agresión, empieza á repartir golpes á diestro y siniestro sin reparar sobre quien ni en qué sitio caen. Las furias, que en un principio tratan de resistir, viendo el grave carácter que va tomando el negocio, suspenden sus odios y huyen cada una hácia su casa.

No entran sin embargo; se detienen al llegar á la puerta, considerándose á salvo, puesto que Niceto no las persigue, y revuelven contra él sus ponzoñosas lenguas.

Aquellos energúmenos han olvidado ya sus rencores y hacen causa común, vomitando torrentes de veneno sobre el hombre que en mal hora quiso pacificarlas. De tal calibre son las afrentas que le arrojan al rostro, que Niceto cobra miedo y se pone en fuga tapándose las orejas.

Aún sigue la grito más de un cuarto de hora. Por fin óyense dos formidables portazos y al alboroto sucede un profundo silencio.

Para dejar las cosas en su verdadero punto debo decir por qué se retiraron las reñidoras hembras. No era causa suficiente la desaparición del enemigo; al contrario, esta circunstancia constituía un estimulante para mayores atrevimientos. Tampoco diré que pudieran haber callado por no tener más que decir; semejante aseveración, sobre ser falsa, resultaría inverosímil para todo el que conozca á las dos mujeres. Primero se agotarían las fuentes que sus imaginaciones, tratándose de ofender al prójimo.

La verdadera, la única razón de aquel silencio, fué que los ruidosos marimachos habían quedado afónicos.



DEL OTRO MUNDO.

THE OTTO WINDO

¡Extraños espejismos los de la imaginación! Cuando, hace veinte años, Blas salió de Santander para cruzar los mares en busca de un porvenir, no le parecía que dejaba en aquel momento á su querida patria. Figurábase que la había abandonado días antes, cuando con los ojos llenos de lágrimas, perdió de vista la pintoresca villa de Llanes. Las diez y ocho leguas recorridas hasta la ciudad montañesa constituían a sus ojos una distancia incomensurable; y luego el aspecto de la población, tan extraño para el joven aldeano, hacían de ella un mundo aparte, sin parecido alguno con el que dejaba: aquella era otra gente con diversas costumbres, trajes y hasta caras; aquel era ya país extranjero para Blas. Ahora que, hartado de correr mundo, vuelve á la aldea que le vió nacer, ansioso de refrescar en su memoria los recuerdos de sus infantiles años, el entrar en aquella ciudad considéralo casi como trasponer la portilla que cierra la corrada de la casa de su padre.

—¡Ya estoy en mi tierra!—dice con el corazón lleno de gozo.

Y después, contemplando la magnífica línea de suntuosas edificaciones, desde la Dársena hasta Puerto Chico, añade dirigiéndose á un compañero de viaje á quien había oído decir en todos los tonos que «en España no hay más que miseria»:—Compadre: ¿Qué le parece á usted *esa miseria*?

Poco tiempo se detuvo en la capital santanderina. Lo preciso para arreglar sus asuntos; y una mañana en que el sol brillaba en todo su esplendor, anunciando con la elevada temperatura de sus rayos los ardores del verano, ya próximo, tomaba asiento Blas en la diligencia de Horga, y ésta, momentos después, salía á escape, de la Plazuela del Correo, levantando una espesa nube de polvo y cortando bruscamente el sueño á los vecinos poco madrugadores de las Alamedas con la alegre desarmonía de los cascabeles uuida al hondo y desagradable ruido de la rodada, al chasquear de la tralla y al repiqueo que el tiro producía sobre la carretera con su galope.

Blas había comunicado su salida de Cuba, pero no la de Santander, y hé aquí por qué, al llegar á Llanes, nadie le esperaba.

Eso precisamente quería el indiano: presentarse de improviso y meterse de rondón en la casa paterna sin anuncio previo, para gozar de la sorpresa del pobre viejo y oír las exclamaciones y comentarios que el asombro arrancaría á los labios de las dos hermanas del viajero,

una de las cuales quedaba en la cuna cuando él marchó á América, y la otra aún no había nacido por entonces.

Muy confusos eran los recuerdos que conservaba de la villa de Llanes, Háblala frecuentado muy poco en sus tiernos años y tenía como una vaga idea de algo grande y majestuoso que en otro tiempo deslumbró sus ojos de aldeano. Por eso, al volver á ella, después de su largo destierro, parecióle más modesta de lo que era antes, no obstante lo mucho que ha adelantado en los últimos años esta Villa que parecía petrificada cuando la carretera que la cruza estaba en construcción. Todo es relativo en este mundo y Blas, que venía de admirar magníficas poblaciones, encontraba algo pálida la de Llanes, á pesar de los muchos y hermosos edificios nuevos que hoy se ven hasta en sus calles más humildes.

Y como no quería retardar por más tiempo la felicidad que le esperaba, tan pronto como se aseguró nuestro indiano del depósito de su baul, echó á andar por la carretera sin otro equipaje que el gabán al hombro y el bastón en la mano.

El sol, próximo á su ocaso, descendía majestuosamente tiñendo de rojo unos *stratus* que, á manera de fajas, se extendían por encima de las colinas de Niembro y San Antolín; y los dorados rayos, después de trasponer aquella cortina húmeda, iban á quebrarse en los picos de la cordillera, cuyas sombras se alargaban á medida que la tarde caía. Aquellas mezclas de luz y sombra derramaban un tinte melancólico sobre las sinuosidades del terreno. En el valle la claridad imperaba

aún, pero palidecía por grados presintiendo la llegada de la noche.

El espectáculo era sublime y Blas encontraba en él una fuente de inefables placeres. Cuando el alma se halla en presencia de emociones no sentidas durante muchos años, pero que se identificaron con su sér en épocas remotas, parece que da un salto atrás en el camino de esa misteriosa negación que se llama tiempo. Reconstitúyese la escena; los personajes se mueven con admirable verdad, repítense los dramas y comedias con el mismo colorido..... Pero hay una diferencia esencial; el actor se ha convertido en espectador y, como éste, halla encantos hasta en los detalles más amargos.

Al llegar á la cima de una pendiente del camino apareció de pronto ante los ojos asombrados del indiano la aldea que fué su cuna.

Quedóse extasiado mirándola.

—Lo mismo que cuando marché, (murmuró). Aquél es el cueto de la *Torca*, á donde los muchachos íbamos á nidos. A esa higuerona de enfrente la cobraba yo el diezmo antes que nadie..... Por cierto que si buenos higos me comía, buenos coscorrones me costaba alguna vez.... ¡Qué hermoso! Entre aquellos árboles está nuestra casa. ¿Qué hará mi padre? ¿Pensará que vengo? Y mi pobre madre..... ¡Que no haya podido vivir hasta disfrutar este día tan feliz! Bien me lo decía ella.... me acuerdo como si fuera hoy: «Hiju del alma, yo no te güelvo á ver!» Que Dios la haya dado su Gloria. Pero calle.... esa casa blanca es nueva. Debe de ser la que hizo Pepe cuando vino de Cuba, según me decía mi padre. Allí es-

tá la escuela. ¡Pícaro maestro, qué correazos me dabas! Sobre todo aquella vez que yo había amarrado una cuerda á dos bancos para que los rapaces se rompiesen las narices, y por poco se las rompe él..... He de recordárselo en cuanto le vea. ¿Y esa choza que se ve un poco más lejos? Ah! Ya me recuerdo: ahí vivía el tío Juanín el *Inxanu* á quien yo tenía tanto miedo..... ¡Pobre hombre! Ya murió también.....

Y Blas escudriñaba con ansia incansable la aldea que se extendía á sus piés, encontrando en cada detalle un mundo de recuerdos que se presentaban atropelladamente á su espíritu.....

¿No os ha sucedido alguna vez, al escuchar los ecos de una canción ya olvidada que os fué familiar, ó el sonido de una voz amiga no oída en un gran lapso de tiempo, sentir que vuestro corazón saltaba en el pecho, como si aquellas vibraciones hiriesen las cuerdas más sensibles de vuestro sér?

Pues esto le ocurrió á Blas en aquellos instantes en que sus sentimientos se desbordaban, al oír las graves notas de las campanas de la aldea que rompieron de pronto el silencio del crepúsculo recordando á las almas cristianas la hora de las plegarias. Fué la última pincelada que acabó de restaurar el cuadro del pasado. Los recuerdos aparecieron con más claridad, como si una luz intensísima los iluminase; y, descollando sobre todos el de la madre querida, cuyas caricias no recibiría ya el indiano. Contemplola éste cariñosa y tierna, en las intimidades de su infancia, desolada, al darle el postrer adios; muda y fría ahora, reposando para siempre en el

cementerio, detrás de aquella torre cuyas campanas parecían decirle: «¡Aquí está! Piensa en ella..... y reza»

Y Blas se quitó el sombrero con mano temblorosa, levantó hacia el espacio sin límites los ojos llenos de lágrimas y dirigió á Dios una de esas oraciones mudas, en las que el alma desdeña la palabra y emplea el lenguaje increado del sentimiento puro, que pone al espíritu humano en comunicación directa con la Divinidad.

.....

—¡Padre, padre! Aquí está un señor que pregunta por elli.

—¿Quién e'!

—Diz' que e' amigu de Blas.

—Enciendi un candil y allumbra, rapaza!—exclamó el anciano levantándose y dirigiendo hacia la escalera sus pasos vacilantes.

—Ello, vienes ó no?—gritó viendo que la muchacha tardaba.

—Allá vo' al instante, padre! E' que, por correr, engavitóseme la saya en un clavu.... Bae, ya está acá.

Padre é hija bajaron y se dirigieron á la puerta, donde esperaba el señor con un gaban al hombro y un bastón en la mano.

A la primera mirada tuvo el buen viejo como una revelación. Sus ojos brillaron. Aquellas facciones, aunque más abultadas, eran las mismas: aquella sonrisa tenía el sello especial de la que él recordaba á pesar del bigote..... Sí, sí, él mesmu, él mesmu e'..... Pero no; la rapaza dixo que era un amigu de Blas.....

—Tú....., quió icir, usté é'.....

—Yo soy, padre!—dijo el indiano abriendo los brazos.

Precipitóse en ellos aquél llorando de alegría. En tanto la joven colgó el candil para recibir á su turno las caricias del recién llegado.

—No, si á mí no me engañabas tú—decía el padre después de pasada la primera efusión.—Bien te conocí! bien; pero no me atreví á abrazate. ¡Y cómo crecisti, Estás jechu un mozón atroz!

—En cambio yo tenía la idea de que era V, un hombre muy alto y le encuentro.,...

—¡Ay, mio jiyu! E' que tú justí pa' arriba y yo jaz tiempu que vo' pa' baxu. Las penas y los trabayos abaten muchu al hombre....—No ves que corcobau estó?

En aquel momento entró la más joven de las hijas, que nada sabía de la llegada de su hermano.

—Aquí tienes á Joaquina—dijo el padre. Y volviéndose hácia ésta, añadió:—Vamos, ¿Qué jaces que no lu abrazas?

—¿Yo?—exclamó Joaquina echándose atrás casi con terror.—¿Por qué tengo de abrazalu?

--Porqué e' Blas, bobona—dijo riéndose María, la otra hermana.

Sin embargo, Joaquina no se convencía. Se dejó acariciar por Blas con una actitud en que se pintaba la desconfianza y el temor á la vez que una extraordinaria curiosidad.

Cundió la noticia por el pueblo y, poco después, la casa estaba llena de parientes y amigos.

La primera persona que llegó fué una tía del indiano.

—¡Ave María Purísima!—dijo haciéndose cruces al verle—Pero ¿e' ésti? ¡Si paez' un médicu!

—Yo soy. El mismo Blas, tia Ramona. Venga un abrazo de los más apretados que V. sepa dar.

—Si casi no me atrevo.....

—Bae, muyer, dailu y no seas mueca—repuso el padre de Blas.

—Pos allá va.

No acabaría nunca si me propusiese describir las escenas de esta índole que se sucedieron.

La velada se prolongó hasta muy tarde. En tanto que Blas refería á su padre y á los parientes que le rodeaban algunas de las muchas fatigas que había pasado en Ultramar, sus dos hermanas, ocultas en la sombra proyectada por el candil en un angulo de la habitación, miraban al indiano con insistencia y sostenían en voz baja un dialogo muy animado.

—Pero si no lu e'!—decía Joaquina.—Ésti e' un señor..... ¿No ves que bigotón tien'?

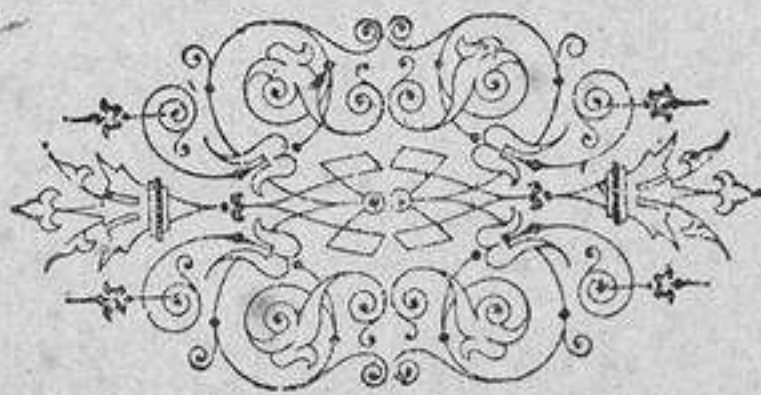
—Y porque tú seas una magüeta—contestaba incomodada María—¿no puedes tener un hermanu que sea señor y use bigote?

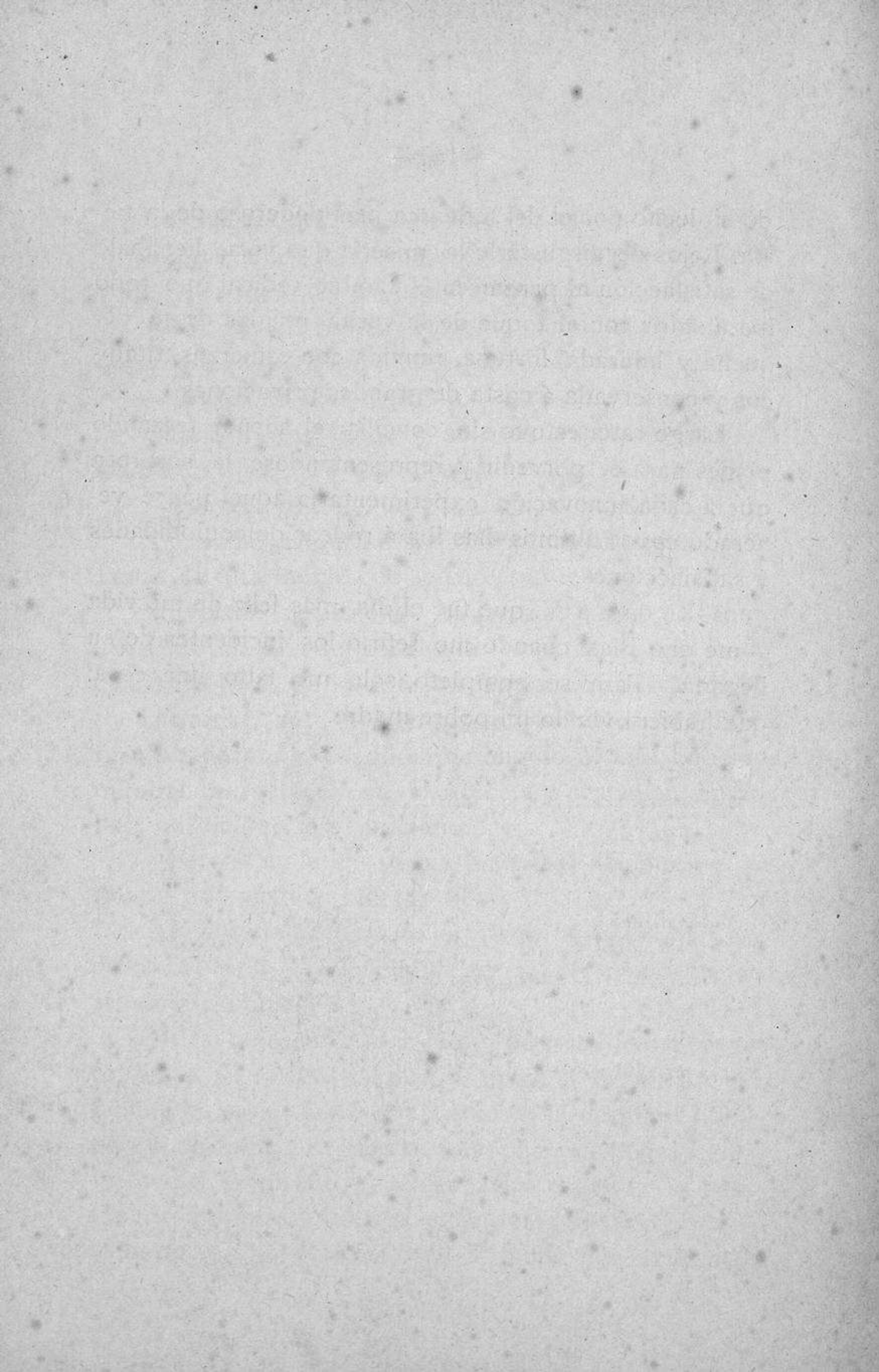
Por fin marcháronse todos y, después de nuevos testimonios de cariño cambiados entre el repatriado y la familia de casa, quedó aquél solo en la mezquina alcoba que le estaba destinada. Las paredes ennegrecidas, los pocos y ruinosos muebles y las ropas de la cama, de la estofa mas ordinaria, eran claros testimonios de la pobreza que allí reinaba. Pero Blas no hubiera cambia-

do su lecho por el del monarca más poderoso de la tierra. Lejos de disgustarle la miseria que veía, llenábale de satisfacción al pensar en el cambio radical que todo iba á sufrir con el toque de la varita mágica de su pequeña y honrada fortuna, reunida con esfuerzos titánicos y conservada á costa de grandes privaciones.

Largo rato estuvo sin conciliar el sueño, trazando planes para el porvenir y representándose la sorpresa que á cada innovación experimentaría aquel padre venerado cuyos últimos días iba á rodear de comodidades y satisfacciones.....

—Le digo á V. que fué el día más feliz de mi vida —me dijo Blas cuando me refirió los incidentes de su llegada.— Para ser completo, sólo me faltó una cosa: que hubiera vivido mi pobre madre.





ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo.	V
Al otro mundo.	I
La aguyeta de Dolores.	II
El conde Muñazán (leyenda)..	21
La esbilla del tío Xico..	35
Fa' la tiyera.	55
La cueva de las Mantas (memorias de un colegial).	65
In æternum.	77
Correspondencia..	87
Más correspondencia.	97
Las doce perronas de Antón.	III
La feria de Santa Lucía.	121
Una consulta.	145
En la playa (Nocturno).	157
Cuestiones de vecindad.	165
Del otro mundo.	177

BOOKS

1870-1875

1. The History of the United States
by George Catlin

2. The History of the United States
by George Catlin

3. The History of the United States
by George Catlin

4. The History of the United States
by George Catlin

5. The History of the United States
by George Catlin

6. The History of the United States
by George Catlin

7. The History of the United States
by George Catlin

8. The History of the United States
by George Catlin



